

Rudolf Steiner

**EL EVANGELIO SEGÚN
SAN LUCAS**

Das Lukas – Evangelium, 1909



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

*Diez Conferencias Pronunciadas en Basilea (Suiza)
del 15 al 24 de Septiembre de 1909*

ÍNDICE

Notas del Traductor, página 3.

Capítulo I

Los Distintos Aspectos de la Iniciación, página 4.

Capítulo II

La Crónica del Akasha y la Misión de los Bodisatvas y del Buda, página 19.

Capítulo III

El Budismo en el Evangelio de Lucas, página 35.

Capítulo IV

El Nuevo Adán y la Individualidad de Zoroastro, página 52.

Capítulo V

Budismo y Zaratustrismo Confluyen en el Acontecimiento de Palestina, página 66.

Capítulo VI

Buda, Moisés, Elías y Juan, página 79.

Capítulo VII

Los Dos Niños Jesús. Vishva Karman – Ahura Mazda – Cristo, página 92.

Capítulo VIII

Las Fuerzas Espirituales de la Humanidad. El Advenimiento de Cristo, página 107.

Capítulo IX

La Ley del Sinaí. La Fuerza del Amor, página 122.

Capítulo X

Los Reinos Celestes en el Nacimiento Virgíneo. El Evangelio del Amor, la Fe y la Esperanza, página 134.

NOTA DEL TRADUCTOR

Entre los años 1906 y 1912, Rudolf Steiner pronunció cerca de 150 conferencias sobre los cuatro Evangelios (Lucas, Mateo, Marcos y Juan) en diversas ciudades de Alemania, Suiza y Noruega.

Según el autor, el contenido de estas conferencias es el resultado de su propia investigación espiritual, de modo que no se trata de comentarios, ni interpretaciones o exégesis de estos documento bíblicos. No obstante, el lector encontrará aquí revelaciones que eventualmente le permitirán comprender mejor diversos pasajes de las Escrituras; entre ellos los que tradicionalmente se consideran de difícil acceso o en que incluso pareciesen contradecirse los testimonios de los distintos Evangelistas.

Hacemos notar que los textos de estas conferencias se basan en apuntes taquigráficos que luego fueron dados a la publicación sin revisión previa de parte del autor.

Además, para formarse un juicio adecuado de su contenido, es preciso estar familiarizado con los conocimientos básicos de la Antroposofía. No obstante, se puede afirmar que aun sin tal requisito, el lector exento de prejuicios se verá beneficiado con nuevos y profundos conocimientos relativos al tema en particular.

CAPÍTULO I

LOS DISTINTOS ASPECTOS DE LA INICIACIÓN

En conferencias pronunciadas en esta ciudad (Basilea) en el año 1907 hemos podido estudiar las profundas corrientes del cristianismo desde el punto de vista del Evangelio de Juan, y hemos visto cuán profundas se revelan en el estudio de este documento. Ahora se podría preguntar: ¿Es posible ampliar lo expuesto en aquellas conferencias, mediante el estudio de los demás documentos bíblicos, por ejemplo de los otros tres Evangelios, de Lucas, de Mateo y de Marcos?. Podría pensarse que después de haber tratado el Evangelio de Juan, en que se presentan las más profundas verdades del cristianismo, no fuese necesario ampliar su estudio desde el punto de vista de los otros tres Evangelios, sobre todo con relación al aparentemente menos profundo, es decir, al de Lucas.

Quien sostuviera tal punto de vista, estaría en un error. Pues no sólo es verdad que el cristianismo es, en su esencia, de inmensa profundidad, y que se lo puede contemplar desde los más diversos puntos de vista, sino que también es cierto - y lo demostrará este ciclo de conferencias - que si bien el Evangelio de Juan es un documento infinitamente profundo, hay muchas otras cosas que se pueden aprender con el estudio del Evangelio de Lucas. Aparte de lo que, en las conferencias sobre el Evangelio de Juan, hemos llamado las profundas ideas del cristianismo, existe la posibilidad de penetrar en él desde otro punto de partida, y éste consiste en contemplar el contenido del Evangelio de Lucas bajo la luz de la ciencia espiritual antroposófica.

Para ellos hemos de partir del hecho, ya comprobado por el estudio del Evangelio de Juan, de que los Evangelios son documentos concebidos por hombres con la más profunda visión de la naturaleza de la vida y de la existencia; pues ellos contemplaron las profundidades del mundo como clarividentes, como iniciados. Hablando en forma general, podemos emplear los términos “iniciado” y “clarividente” como equivalentes. Pero si en el curso de nuestras contemplaciones antroposóficas queremos penetrar más profundamente en la vida espiritual, debemos distinguirlos como dos categorías de hombres que han encontrado el camino a los dominios suprasensibles de la existencia. En cierto sentido existe una diferencia entre un iniciado y un clarividente, aunque también se puede decir que el iniciado es a

la vez un clarividente, y que éste es un iniciado de cierto grado. Para discernir exactamente entre una y otra categoría de hombres - el iniciado y el clarividente - debe recordarse lo expuesto en mi libro “¿Como se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?”. Debe tenerse presente que hay esencialmente tres grados por los cuales se llega más allá de la percepción común del mundo. El conocimiento que es accesible al hombre en primer lugar, puede caracterizarse diciendo que el hombre percibe el mundo con los sentidos y que por medio del intelecto y las demás fuerzas del alma se apropia de lo que ha percibido. Más allá existen tres grados superiores del conocimiento del mundo: el primero es el llamado conocimiento imaginativo, el segundo es el del conocimiento inspirativo, y el tercer grado es el del conocimiento intuitivo, si concebimos la palabra “intuitivo” en su verdadero significado, según la ciencia espiritual.

¿Quién posee el “conocimiento imaginativo”? Lo posee aquel para cuyo ojo espiritual se extiende en imágenes lo que está detrás del mundo de los sentidos, como en un grandioso cuadro, el cual, sin embargo, no se asemeja a lo que se llama “cuadro” en la vida común. Para el conocimiento imaginativo no existen las leyes del espacio tridimensional; además, hay otras peculiaridades de las imágenes de este primer grado, que no pueden compararse con propiedad alguna del mundo común de los sentidos.

Podemos formarnos una idea del mundo imaginativo, suponiendo que ante nosotros haya una planta, y que seamos capaces de extraer de ella todo lo que el ojo percibe como “color”, de manera que éste flote libremente en el aire. Si no hiciéramos otra cosa que extraer así el color de la planta, haciéndolo flotar libremente, tendríamos ante nosotros una forma muerta de color. Pero para el clarividente, esta forma no permanece muerta como imagen de color; sino que al extraer lo que en un objeto es color, esta imagen, gracias a la preparación y los ejercicios que él ha practicado, empieza a ser vivificada por el espíritu, de la misma manera como era vivificada en el mundo de los sentidos por lo material de la planta. El hombre tiene entonces, ante sí, no una forma de color sin vida, sino luz en colores, flotando libremente, irisante y resplandeciente de la manera más variada, pero con vida interior. De modo que cada color es la expresión de la peculiaridad de una entidad espiritual-anímica no perceptible en el mundo de los sentidos; vale decir que para el clarividente el color de la planta física empieza a ser la expresión de una entidad anímico-espiritual. Imagínense un mundo lleno de semejantes formas de colores irisantes, cambiando y transformándose incesantemente, pero no limiten la mirada a los colores como en el caso de un cuadro de relucientes

reflejos en colores, sino imagíenlo como expresión de entidades espirituales-anímicas. Así podría decirse: “Si aquí destella una imagen de color verde, será para mí la expresión de un ser inteligente; o si destella una imagen de color rojizo claro, será para mí la expresión de una entidad pasional”. Representense ahora todo este mar de colores que se confunden - (también podría decir: un mar de sensaciones de sonidos que se confunden, o también de sensaciones de olores, de sabores, porque todas ellas son expresiones de entidades espirituales-anímicas que se hallan detrás de lo físico) -, entonces tienen ustedes lo que se llama el mundo imaginativo. No es lo que se entiende comúnmente por “imaginación”, o sea, lo que uno se imagina, sino que es un mundo real. Es una percepción de índole diferente de la sensorial.

En este mundo imaginativo se presenta al hombre todo lo que hay detrás del mundo de los sentidos y que él no percibe con sus “sentidos sensorios”, si queremos emplear este término: por ejemplo, el cuerpo etéreo y el cuerpo astral del hombre. Quien como clarividente llegue a conocer el mundo por medio de este conocimiento imaginativo, conocerá entidades superiores, en cierto modo en su aspecto exterior; así como se observa el aspecto sensorio exterior de las gentes al verlas pasar. Se llega a conocerlas mejor, si se presenta la oportunidad de conversar con ellas, porque a través de sus palabras los hombres nos revelan algo más de lo que se percibe al verlos pasar simplemente. En este caso, no es posible ver, por ejemplo, si la persona que pasa experimenta en su alma dolor o alegría, si la agobia la tristeza o la inspira el encanto. Pero todo esto puede saberse cuando se habla con ella. En el primer caso, esa persona ostenta pasivamente su aspecto exterior; en el otro caso, ella misma nos revela algo de su ser. Lo mismo ocurre con las entidades del mundo suprasensible. Quien como clarividente llegue a conocerlas por medio del conocimiento suprasensible, en cierto modo va a conocerlas solamente en su aspecto espiritual-anímico exterior. En cambio, si se eleva del conocimiento imaginativo al de la inspiración, llegará a oír lo que ellas mismas le comunican. Habrá entonces realmente un contacto directo con estas entidades. Ellas le comunican desde su propia interioridad ***lo que son y quienes son***. Debido a ello, la inspiración es un grado de conocimiento superior a la simple imaginación; y cuando se asciende a la inspiración, se llega a saber mucho más de lo concerniente a los seres del mundo espiritual-anímico, que lo alcanzable por medio del conocimiento imaginativo. Un grado de conocimiento aún superior es la intuición, no en el sentido habitual de la palabra con que suele llamarse “intuición” a todo lo confuso que se le ocurra a una persona, sino en su verdadero significado según la ciencia espiritual. Para

esta ciencia, la intuición es un grado de conocimiento para el cual no es suficiente escuchar lo que las entidades comunican al hombre por sí mismas, sino en que él llega a la unificación con estas entidades, sumergiéndose en la propia naturaleza de ellas. Es un grado muy elevado del conocimiento espiritual, pues requiere ante todo que el hombre haya desarrollado en sí mismo el amor hacia todos los seres; y que no haga distinción entre él y las demás entidades del ambiente espiritual, sino que haya derramado, por así decirlo, su propio ser en todo el ambiente espiritual. De modo que verdaderamente no se halle más fuera, sino dentro de las entidades mismas con las que se relaciona espiritualmente. Y como esto sólo puede ser en el caso de un mundo divino espiritual, se justifica plenamente el término “intuición”, esto es, “estar en Dios”. Así se nos presentan por ahora los tres grados de conocimiento del mundo suprasensible: la imaginación, la inspiración y la intuición.

Naturalmente, el hombre tiene la posibilidad de adquirir estos tres grados del conocimiento suprasensible. Pero también puede ser, por ejemplo, que en una determinada encarnación se alcance solamente el grado de la imaginación, en cuyo caso permanecen ocultas las regiones del mundo espiritual que sólo son accesibles a la inspiración y la intuición. En estas condiciones, el hombre es un “clarividente”. En nuestros tiempos no es usual que los hombres adquieran los grados superiores del conocimiento suprasensible, sin antes haber pasado por el grado de la imaginación; de modo que en las condiciones actuales difícilmente puede suceder que alguien “omita”, en cierto modo, el grado de la imaginación, para ser conducido directamente a la inspiración o a la intuición. Más lo que actualmente no sería lo correcto, pudo suceder en otras épocas de la evolución de la humanidad, y efectivamente solía suceder.

Hubo épocas en que los distintos grados de conocimiento estaban repartidos, en cierto modo, entre varios individuos; o sea, la imaginación por un lado, la inspiración e intuición por el otro. Así existían Misterios donde había personalidades con el ojo espiritual abierto; de tal manera, eran clarividentes para el ámbito de la imaginación, es decir, tenían acceso al mundo simbólico de las imágenes. Debido a que esos hombres, dotados de la clarividencia señalada, se decían: “Para esta encarnación renuncié a los grados superiores de la inspiración e intuición”, eran capaces de percibir exacta y claramente dentro del mundo de la imaginación. Se habían ejercitado particularmente para la percepción en ese mundo. Pero para ello les hacía falta algo más. Quien se limita a la percepción en el mundo de lo imaginativo y

renuncia a penetrar en el mundo de la inspiración y la intuición, vive, en cierto modo, en la incertidumbre. Este mundo de lo imaginativo fluye y es, por decirlo así, “sin orillas”, y si el hombre queda abandonado a sí mismo, flota en él con su alma sin tener exacto conocimiento de una dirección y de una finalidad. Por esta razón, en aquellos tiempos y en los pueblos donde determinados hombres habían renunciado a los grados superiores del conocimiento, fue necesario que esos hombres clarividentes para la imaginación se vinculasen con absoluta devoción a sus guías, a aquellos que habían desarrollado la facultad de la visión espiritual de la inspiración y de la intuición. Sólo la inspiración y la intuición dan la certidumbre en el mundo espiritual, para saber exactamente: “Este es el camino que conduce a la meta”. En cambio, si no se posee el conocimiento inspirativo, no se puede saber: “Este es el camino que me conduce a la meta”. Y si ello no puede saberse, uno debe confiarse al conocedor que indica la dirección. Con toda razón, se ha insistido en muchos lugares que quien ascienda al conocimiento imaginativo debe vincularse íntimamente al “gurú”, quien lo guía y le indica la dirección y la meta para sus experiencias. Por otra parte, ha sido útil en cierta época (no más, en la actualidad), hacer “saltar” el grado del conocimiento imaginativo a determinados hombres, para conducirlos directamente al conocimiento inspirativo o bien, si era posible, al conocimiento intuitivo. Ellos renunciaban a percibir los aspectos imaginativos del mundo espiritual circundante, sólo se entregaban a las impresiones del mundo espiritual que emanan de la interioridad de las entidades espirituales. Con los oídos del espíritu percibían lo que dicen las entidades del mundo espiritual. Es como si se sintiera hablar a una persona detrás de una pared; no se la ve, pero se oye lo que dice. Realmente existe la posibilidad de que alguien renuncie, en cierto modo, a la visión en el mundo espiritual, con el fin de ser conducido más rápidamente a escuchar espiritualmente la palabra de las entidades superiores. No importa si un hombre ve o no las imágenes del mundo imaginativo: si él es capaz de percibir con el oído espiritual lo que dicen de sí las entidades del mundo suprasensible, puede decirse que ese hombre está dotado del “Verbo interior”, en contraste con la palabra exterior empleada entre los hombres en el mundo físico.

Así se comprende que puede haber hombres que sin percibir el mundo imaginativo poseen el verbo interior y pueden oír y transmitir lo que dicen las entidades espirituales. Hubo tiempos en la evolución de la humanidad en que ambos caminos de las experiencias suprasensibles se practicaban en los Misterios. Debido a que cada uno de aquellos hombres renunciaba a la

facultad específica del otro, era capaz de desarrollar sus propias facultades más exactas y marcadamente, y así hubo en determinada época una maravillosa cooperación dentro de los Misterios. Se puede decir que existían entonces clarividentes imaginativos que se habían preparado especialmente para percibir el mundo de las imágenes, y había otros que habían omitido el mundo de lo imaginativo y se habían preparado para acoger en el alma el verbo interior que se recibe por la inspiración. Así cada uno podía comunicar al otro lo que había experimentado gracias a su preparación especial. Esto era posible en los tiempos en que existió entre los hombres un alto grado de confianza - que hoy no puede haber - simplemente debido al cambio operado en el curso de la evolución. El hombre de hoy no le “cree” al prójimo en forma tan absoluta como para escuchar sin reservas lo que éste le describe en términos de imágenes del mundo espiritual, para luego agregar sobre esa base lo que él mismo sabe por inspiración. Hoy en día cada uno quiere ver por sí mismo. Esta forma se justifica para nuestros tiempos. Muy pocos se contentarían actualmente con un desarrollo exclusivo de la imaginación como se acostumbraba en otros tiempos. Por la misma razón es ahora necesario que el hombre sea conducido a través de los tres grados del conocimiento superior, sin omitir ninguno.

En todos los grados del conocimiento suprasensible se nos presentan los profundos misterios relacionados con el acontecimiento al que llamamos el advenimiento de Cristo. Los tres grados del conocimiento superior, el imaginativo, el inspirado y el intuitivo, nos pueden revelar una infinidad de hechos relacionados con este acontecimiento.

Volviendo entonces la mirada hacia los cuatro Evangelios, podemos decir que el Evangelio de Juan fue escrito desde el punto de vista de un iniciado en los misterios del mundo hasta el grado de la intuición, por lo que describe el advenimiento de Cristo como se presenta precisamente a la visión suprasensible que se eleva hasta la intuición. Pero quien observe exactamente las peculiaridades del Evangelio de Juan, debe reconocer (como lo veremos en este ciclo de conferencias) que todo aquello que en este Evangelio se presenta con particular precisión, está dicho desde el punto de vista de la inspiración y la intuición, mientras que todo lo resultante de la visión imaginativa, es pálido e indefinido. De modo que al autor del Evangelio de Juan (prescindiendo de lo que él ha tomado de la imaginación), lo podemos llamar el mensajero de todo aquello que con relación al advenimiento de Cristo se presenta al iniciado que posee el verbo interior en el grado de la intuición; él caracteriza los misterios

del Reino de Cristo, hondamente compenetrado del Verbo interior o Logos. El Evangelio de Juan se basa en un conocimiento inspirado-intuitivo.

Para los otros tres Evangelios el caso es distinto. Nadie lo ha explicado tan claramente como el autor del Evangelio de Lucas. Precede a este Evangelio una breve y singular introducción, que dice aproximadamente lo siguiente: “en el pasado, muchos habían tentado a poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas” sobre los acontecimientos de Palestina, y que, con el fin de hacerla en forma más exacta y más ordenada, el autor del Evangelio de Lucas se propone exponer - y aquí vienen palabras significativas - lo que pueden comunicar aquellos que “desde el principio lo vieron por sus ojos y que fueron ministros del Verbo”. Vale decir que el autor de este Evangelio quiere transmitir lo que pueden decir los que fueron testigos oculares - mejor sería emplear la palabra “videntes” - y ministros del Verbo. En el sentido del Evangelio de Lucas, los “videntes” son hombres que poseen el conocimiento imaginativo, por lo que pueden penetrar en el mundo de las imágenes para percibir el advenimiento de Cristo; son videntes que perciben exacta y claramente y, al mismo tiempo, “ministros (o servidores) del Verbo”. ¡Una palabra significativa!. No dice “poseedores” del Verbo, pues en tal caso se trataría de personas en poder del pleno conocimiento inspirado, sino “servidores” del Verbo. Esto significa que no tienen inspiraciones en la misma medida en que disponen de las imaginaciones en virtud de su propia visión, sino que tienen a su disposición lo que *se les hace saber* del mundo de lo inspirado. A ellos, que son los servidores, se les comunica lo que percibe el inspirado, de manera que lo pueden transmitir porque sus maestros inspirados se lo han dicho. Ellos son servidores, no poseedores del Verbo.

Así se comprende que el Evangelio de Lucas se basa en las comunicaciones de los que ven y experimentan por sí mismos los mundos imaginativos, quienes han aprendido a expresar con los medios que posee el inspirado lo que ellos mismos perciben en el mundo imaginativo, constituyéndose así en servidores del Verbo.

Esto es otro ejemplo que demuestra cuán exactos son los Evangelios; es preciso tomar cada palabra literalmente. Todo es exacto y preciso en estos documentos cuyo fundamento es la ciencia espiritual, y frecuentemente el hombre moderno no tiene idea de la precisión y exactitud con que en ellos se eligen las palabras.

Pero una vez más, como siempre cuando hacemos semejantes contemplaciones desde el punto de vista antroposófico, debemos recordar que para la ciencia espiritual los Evangelios no son realmente la fuente del

conocimiento. El hecho de que algo figure en los Evangelios, no ha de significar que se trate de una verdad absoluta para aquel que se halla firmemente sobre el terreno de la ciencia espiritual. El investigador espiritual no se inspira en documentos escritos, sino que se basa en lo que a su tiempo le concede la propia investigación en el campo de la ciencia espiritual. Lo que en nuestros tiempos las entidades del mundo espiritual tienen que decir al iniciado y al clarividente, es para ellos la fuente de la verdadera ciencia espiritual. En cierto modo, esta fuente es actualmente la misma que en los tiempos de los cuales acabo de hablar. Por esta razón, aún hoy se puede llamar clarividentes a los hombres que tienen la visión del mundo imaginativo, mientras que se reserva el término de “iniciados” a los que pueden elevarse a los grados de la inspiración y la intuición. De modo que, para nuestros tiempos, el término “clarividente” no es necesariamente idéntico a “iniciado”.

Lo que encontramos en el Evangelio de Juan, sólo pudo fundarse en la investigación del iniciado que fue capaz de elevarse al conocimiento inspirado e intuitivo. El contenido de los demás Evangelios pudo fundarse en lo que nos comunican hombres clarividentes poseedores del conocimiento imaginativo que todavía no pudieron elevarse al mundo inspirativo e intuitivo. Si nos atenemos estrictamente a la diferencia antes indicada, resulta que el Evangelio de Juan se basa en la iniciación; los otros tres, principalmente el de Lucas - incluso según el propio testimonio de su autor - en la clarividencia. Debido a que se basa principalmente en la clarividencia, sirviéndose de todo lo que el más experto clarividente puede percibir, el Evangelio de Lucas nos ofrece una imagen exacta de lo que en el Evangelio de Juan sólo puede expresarse en pálidas imágenes. Para destacar la diferencia más claramente, quisiera agregar lo siguiente.

Supóngase - lo que difícilmente podría ocurrir en nuestra época - que un hombre fuese iniciado de manera que para él estuviera abierto el mundo de la inspiración y la intuición, pero sin que fuera clarividente, o sea conocedor del mundo imaginativo. Podría suceder entonces que semejante hombre encontrase a otro que acaso no estuviese iniciado, pero para quien, debido a ciertas circunstancias, estuviese abierto el mundo imaginativo. Este último podría comunicar al primero, mucho de lo que éste no ve, pero que él podría quizás explicar por medio de la inspiración, sin poder percibirlo, porque le falta la clarividencia. Hoy son numerosos los hombres clarividentes, sin ser iniciados; en cambio, difícilmente puede haber el caso contrario. A pesar de todo podría darse el caso que un iniciado tuviera el don de la clarividencia, pero que por cualquier razón en cierta circunstancia no pudiera alcanzar la

visión imaginativa; entonces un hombre clarividente podría comunicarle ciertos hechos que el iniciado no ha podido conocer.

Una vez más debemos destacar expresamente que la antroposofía o ciencia espiritual se basa únicamente en la investigación de los iniciados, por lo que ni el Evangelio de Juan, ni los demás son la fuente de su conocimiento. Su única fuente consiste en lo que se puede investigar sin apoyarse en ningún documento histórico. Pero después empleamos los documentos y tratamos de comparar con ellos lo que hoy puede encontrar la investigación espiritual. Lo que la investigación espiritual puede encontrar hoy y en cualquier momento acerca de los hechos en torno del Cristo, sin apoyarse en documento alguno, lo reencontramos en el Evangelio de Juan de la manera más grandiosa. Lo consideramos muy valioso porque nos muestra que ha sido creado por alguien que escribió como hoy sabe escribir el que está iniciado en el mundo espiritual. En cierto modo, la voz que hoy se puede escuchar es la misma que nos llega desde las profundidades de los siglos.

Algo similar se puede decir respecto a los otros Evangelios, incluso para el Evangelio de Lucas. Las imágenes que describe su autor no son para nosotros la fuente del conocimiento de los mundos superiores, sino aquello que nos da el elevarse a los mundos suprasensibles mismos. Y cuando hablamos de los hechos en torno del Cristo, nuestra fuente es aquel grandioso cuadro de imaginaciones que se nos presenta al dirigir la mirada espiritual sobre lo que sucedió al principio de la era cristiana. Lo que se nos presenta de esta manera, lo comparamos con los cuadros e imaginaciones que se describen en el Evangelio de Lucas. Este ciclo de conferencias ha de mostrarnos cómo se relacionan los cuadros imaginativos que obtiene el hombre actual, frente a las descripciones del Evangelio de Lucas.

Es cierto que para la investigación espiritual de lo sucedido en el pasado, existe *una sola* fuente, la cual no reside en los documentos exteriores. Ni las piedras que sacamos del suelo, ni los documentos que se guardan en los archivos, ni las crónicas de los historiadores - inspirados o no - constituyen la fuente de la ciencia espiritual.

La fuente de nuestra investigación espiritual consiste en lo que somos capaces de leer en la crónica eterna e imperecedera que es la *Crónica del Akasha*. Existe pues la posibilidad de conocer lo que ha sucedido, sin recurrir a ningún documento exterior. El hombre actual puede optar por dos caminos con el fin de obtener noticias del pasado. Por un lado, puede tomar los documentos históricos (si quiere conocer algo de los acontecimientos exteriores), o bien, los documentos religiosos (si quiere saber algo de las

condiciones espirituales). Por el otro lado puede preguntar: ¿Qué saben decirnos los hombres a cuyo ojo espiritual es asequible esa crónica eterna que llamamos la crónica del Akasha: el grandioso panorama en que está registrado con una escritura indeleble todo lo que ha sucedido en el curso de la evolución del universo, de la Tierra y de la humanidad?.

Quien se eleva a los mundos suprasensibles, aprende a leer esta crónica paso a paso. No se trata de una escritura común. Imagínense tener ante el ojo espiritual el curso de los acontecimientos del pasado, en forma de una imagen nebulosa, por ejemplo, hazañas y personalidad de César Augusto. Así se presenta ante el investigador espiritual y en cualquier momento puede volver a percibirlo. No necesita testimonios exteriores; basta que él dirija su mirada espiritual hacia un punto determinado del devenir cósmico o de la humanidad, y se le presentarán los acontecimientos respectivos en una imagen espiritual. La mirada espiritual puede recorrer el pasado, y lo que así percibe, se registra como resultado de la investigación espiritual.

¿Qué sucedió en los tiempos en que se inició la era cristiana?.

Lo que sucedió en esa época se percibe mediante la vista espiritual y puede compararse con lo que se relata, por ejemplo, en el Evangelio de Lucas. El investigador espiritual verifica que hubo entonces hombres que también veían lo sucedido en el pasado, a través de la visión espiritual; y podemos confrontar lo que ellos describen como su mundo contemporáneo, con lo que la mirada retrospectiva puede revelarnos acerca de aquellos tiempos a través de la Crónica del Akasha. Siempre hay que tener presente que no nos atenemos a los documentos, sino que nos inspiramos en la investigación espiritual, para después buscar en los documentos lo que nos dice la propia investigación espiritual. Debido a ello, las Escrituras adquieren mayor valor, porque podemos verificar su contenido a través de nuestra propia investigación. Crece su valor como expresión de la verdad, porque nosotros mismos podemos escudriñarla. Al referirnos a estos hechos, debemos señalar al mismo tiempo, que “leer en la Crónica del Akasha” no es tan fácil como la observación de los hechos del mundo físico. Tomemos un ejemplo para explicar en qué consisten ciertas dificultades de la lectura en la Crónica del Akasha. Lo voy a poner en evidencia refiriéndome al hombre mismo.

Sabemos que una de las verdades elementales de la antroposofía es que el ser humano está constituido por el cuerpo físico, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral y el Yo. Las dificultades se presentan desde el momento en que se observe al hombre no solamente en el plano físico, sino en la elevación al mundo espiritual. Al observar al hombre en su estado de vigilia, tenemos ante

nosotros la unidad de cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y Yo. Las dificultades comienzan cuando es necesario elevarse a los mundos superiores para observar al ser humano. Si por ejemplo nos elevamos en la noche al mundo de la imaginación para ver el cuerpo astral que se halla fuera del cuerpo físico, tenemos el ser humano dividido en dos organizaciones separadas entre sí.

Imagínense lo siguiente. Alguien entra en un ambiente donde duermen varias personas. Verá acostados los cuerpos físicos con sus cuerpos etéreos; estos últimos los verá si posee la clarividencia; después, si intensifica su facultad clarividente, verá los cuerpos astrales. Pero el mundo astral es un mundo donde todo se penetra, de modo que los cuerpos astrales se interpenetran entre sí. Y podría acontecer (aunque difícilmente sucederá al clarividente de experiencia) que observando a un grupo de personas durmientes, él no sepa distinguir qué cuerpo astral pertenece a un determinado cuerpo físico. Es algo que no sucede fácilmente, porque esta visión pertenece más bien a los grados inferiores y el hombre que la posee estará bien preparado para saber distinguir en un caso de esa índole. Pero las dificultades crecen enormemente cuando en los mundos superiores se observan, en vez del ser humano, a otras entidades espirituales. Las dificultades son ya muy grandes con respecto al ser humano, cuando no se lo contempla como hombre actual, sino como entidad que pasa por encarnaciones sucesivas. Si para un hombre que vive ahora, se pregunta: “¿Dónde estuvo su Yo en la encarnación precedente?”, hay que pasar por la región espiritual superior para dar con su encarnación anterior, y es preciso poder verificar cuál Yo había pertenecido a ese hombre en cada encarnación. De un modo bastante complicado es necesario entonces, poder abarcar con la visión espiritual la continuidad del Yo junto con sus diversas etapas terrestres. Cuando se busca la morada de un Yo en cuerpos del pasado, es muy fácil equivocarse. Al elevarse a los mundos superiores, no es tan fácil establecer la relación de todo aquello que pertenece a una personalidad con lo que está registrado en la Crónica del Akasha como sus encarnaciones anteriores.

Supóngase que un clarividente o iniciado se propusiera averiguar cuáles fueron los antepasados físicos de un tal José Pérez. Puede darse el caso que todos los documentos exteriores se hayan perdido, de modo que sólo se pudiera recurrir a la Crónica del Akasha para identificar sus antepasados físicos: padre, madre, abuelo, etc. Así se tendría una idea de cómo se había formado el cuerpo físico en la línea de la descendencia física. Luego podría preguntarse: ¿Cuáles fueron las *encarnaciones* anteriores de este José Pérez?.

Para responder a esta pregunta hay que tomar otro camino que para establecer los antepasados físicos. Quizás uno deba remontarse a un pasado muy lejano, si se quiere llegar a las encarnaciones precedentes del *Yo* de este hombre. Resulta pues que tenemos dos corrientes, porque el cuerpo físico tal como es ahora, no es una creación nueva; ha descendido de los antepasados por la línea hereditaria. Pero el *Yo* tampoco es una creación nueva, puesto que se retrotrae a las encarnaciones anteriores. Y lo que vale para el cuerpo físico y para el *Yo*, vale también para el cuerpo etéreo y para el cuerpo astral, pues el cuerpo etéreo tampoco es una creación totalmente nueva, sino que de algún modo puede haber evolucionado a través de las formas más diversas. En otra oportunidad les he dicho que el cuerpo etéreo de Zaratustra (o Zoroastro) reapareció en el cuerpo etéreo de Moisés. En los antepasados físicos de Moisés tenemos entonces una de las dos corrientes, mientras que los antepasados de su cuerpo etéreo nos dan la otra. Esta nos conduciría al cuerpo etéreo de Zoroastro y a otros cuerpos etéreos. Así como distintas corrientes corresponden a los cuerpos físico y etéreo, así sucede con el cuerpo astral. Cada uno de los vehículos de la naturaleza humana puede seguir el curso de las más diversas corrientes. Se puede decir: el cuerpo etéreo es la reencarnación etérea de un cuerpo etéreo que estaba en otra individualidad, no en la misma en que se encontraba el *Yo*. Lo mismo se puede decir para el cuerpo astral.

Cuando nos elevemos a los mundos superiores para averiguar lo concerniente a los vehículos anteriores de un hombre, veremos que las distintas corrientes toman distintas direcciones. Una conduce a ésta, la otra a aquella dirección, de modo que se nos presentan procesos muy complicados en el mundo espiritual. Por lo tanto, para comprender a un hombre desde el punto de vista de la investigación espiritual, no basta con describirlo como descendiente de sus antepasados, ni el hecho de que su cuerpo etéreo o su cuerpo astral provienen de esta o aquella personalidad, sino que se debe dar una descripción completa del camino de cada uno de los cuatro vehículos hasta su unión en el ser humano actual. No se puede hacer todo de una vez. Uno puede, por ejemplo, estudiar el camino recorrido por el cuerpo etéreo y quizá llegar a datos instructivos. Otro puede estudiar el camino del cuerpo astral, de modo que ambos darán a conocer los resultados correspondientes. Para el que no sea capaz de observar lo que los clarividentes pueden decir de una individualidad, será totalmente indistinto lo que diga este o aquel; le parecerá que se describe siempre lo mismo. La descripción de la personalidad

física le dará la misma impresión que la del cuerpo etéreo, siempre pensará que se trata simplemente de la descripción de José Pérez.

Todo esto les permitirá comprender lo complicado de las condiciones que se nos presentan, si desde el punto de vista de la investigación espiritual queremos referirnos a la naturaleza de cualquier hecho del mundo - sea del hombre o de otras entidades - y también comprenderán que solo la investigación más amplia y extensa en la Crónica del Akasha hará ver claramente la naturaleza de un ser mediante el ojo espiritual.

La entidad del Cristo Jesús, incluso si la consideramos en el sentido como la describe el Evangelio de Juan, ya sea antes o después del bautismo en el Jordán, quiere decir si la consideramos como Jesús de Nazareth antes del bautismo, o como Cristo después del bautismo, se nos presenta con su Yo, su cuerpo astral, su cuerpo etéreo y su cuerpo físico. Para describirla íntegramente desde el punto de vista de la Crónica del Akasha, debemos investigar los caminos que habían recorrido estos cuatro vehículos de la entidad de Cristo Jesús, tal como fue en aquel entonces. Solo así la podemos comprender correctamente. Se trata de comprender lo que se nos comunica sobre los hechos en torno del Cristo, desde el punto de vista de la investigación espiritual; ésta puede proyectar una luz sobre aparentes contradicciones en los cuatro Evangelios.

Frecuentemente he señalado por qué la investigación actual, puramente materialista, no puede comprender el gran valor de las verdades del Evangelio de Juan. Esta ciencia no puede comprender que un iniciado de grados más elevados tiene una penetración más profunda que los demás. Los que objetan el contenido del Evangelio de Juan, tratan de establecer una especie de armonía en los otros tres, los Evangelios sinópticos; esto es, sin embargo, muy difícil, si tal armonía se busca solamente en base a los sucesos exteriores. Pues sobre la vida de Jesús de Nazareth antes del bautismo en el Jordán (a que nos referiremos en la próxima conferencia) nos hablan dos evangelistas, el del Evangelio de Mateo y el del Evangelio de Lucas. Para la consideración materialista hay entre las dos descripciones diferencias tan grandes que en nada son inferiores a la discrepancia que supuestamente existe entre los tres Evangelios sinópticos y el de Juan.

Tomemos por ahora los siguientes hechos: El autor del Evangelio de Mateo relata que se preanuncia el nacimiento del fundador del cristianismo, que este nacimiento tiene lugar, y que del Oriente llegan los Magos que habían visto la estrella y que ésta los ha guiado al lugar donde nace el Redentor. Esto llama la atención de Herodes que ordena la muerte de los niños de Belén. Para

salvarse, los padres del Redentor huyen con el niño a Egipto. Después de la muerte de Herodes, se hace saber a José, padre de Jesús, que ya puede volver, pero por temor al sucesor de Herodes, José no vuelve a Belén, sino que se va a Nazareth.

Por ahora prescindo de la anunciación del Bautista, pero quiero llamar la atención sobre el hecho siguiente: si comparamos el Evangelio de Lucas con el de Mateo, notamos que en ellos el preanuncio del nacimiento de Jesús se hace de distintas maneras; en un caso a José, en el otro a María. El Evangelio de Lucas nos relata que los padres de Jesús son oriundos de Nazareth y que para cumplir con el censo se trasladan a Belén, donde nace Jesús. A los ocho días se practica la circuncisión - nada se dice de una fuga a Egipto -. Al cabo de poco tiempo, el niño es presentado en el Templo y se cumple el sacrificio habitual del rito, después de lo cual los padres vuelven con el niño a Nazareth, y siguen viviendo allí. Luego se relata un rasgo muy notable: el hecho de que, a la edad de doce años, en oportunidad de la visita de sus padres a Jerusalén, Jesús se queda en el Templo. Los padres lo buscan y lo encuentran en el Templo en medio de los que explican la Escritura. Aparece ante ellos como versado y sabio entre los doctores. Después se agrega que los padres vuelven con el niño a Nazareth y que éste va creciendo, sin que se llegue a saber nada en particular hasta el bautismo en el Jordán.

Tenemos pues dos relatos distintos con relación a Jesús de Nazareth *antes* de la incorporación del Cristo. Quien trate de unificarlos, partiendo de los conceptos materialistas corrientes, tendrá que preguntarse ante todo como se puede conciliar el relato de que los padres, José y María, son inducidos a huir a Egipto inmediatamente después del nacimiento de Jesús - para volver más tarde - con el relato de la presentación en el Templo, según Lucas.

Veremos que la absoluta contradicción que se da para la concepción física, se presentará como verdad a la luz de la investigación espiritual. **¡Ambos relatos son verídicos!**. Precisamente los tres Evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas debieran obligarnos a una concepción espiritual de los acontecimientos de la evolución. Debiérase admitir que frente a estos documentos no se llega a nada, si no se reflexiona sobre las aparentes contradicciones, o si se habla de “relatos poéticos”, cuando no se llega a ver las realidades.

En las conferencias sobre el Evangelio de Juan, no hubo motivo para hablar sobre lo sucedido antes del bautismo en el Jordán. En este ciclo de conferencias, en cambio, se ofrece la oportunidad de hacerla; y si por la investigación en la Crónica del Akasha vemos cómo fue la naturaleza de Jesús

Rudolf Steiner – El Evangelio Según San Lucas

de Nazareth antes de incorporarse el Cristo en sus tres envolturas, será posible solucionar ciertos enigmas concernientes al cristianismo.

En la próxima conferencia empezaremos a examinar la naturaleza y la vida de Jesús de Nazareth, según la Crónica del Akasha, para poder preguntar si lo que esta fuente nos revela sobre el verdadero ser de Jesús de Nazareth coincide con lo que describe el Evangelio de Lucas, como narración hecha por los que a la sazón fueron los “videntes” o ministros del Verbo que es el Logos.

CAPÍTULO II

LA CRÓNICA DEL AKASHA

Y LA MISIÓN DE LOS BODISATVAS Y DEL BUDA

A través de los tiempos de la evolución del cristianismo, el Evangelio de Juan siempre ha sido el documento que ha producido la más profunda impresión en todos aquellos que quisieron ahondarse íntimamente en las corrientes crísticas del mundo, por lo cual fue también el libro de todos los místicos crísticos con el afán de imitar en su propia vida lo que el Evangelio de Juan expone como la personalidad y la esencia del Cristo Jesús.

Algo distinta ha sido la actitud de la humanidad cristiana frente al Evangelio de Lucas, en el curso de los siglos, lo que concuerda, desde otro punto de vista, con lo indicado en la conferencia anterior sobre la diferencia entre los Evangelios de Juan y de Lucas. Así como el Evangelio de Juan, en cierto sentido fue el libro de los místicos, el de Lucas siempre fue una fuente de edificación para todos aquellos que desde la sencillez del corazón supieron elevarse a las esferas del sentir cristiano. El Evangelio de Lucas acompaña el correr de los tiempos como libro devocional. Siempre ha sido fuente de consuelo interior para todos los hombres oprimidos por el dolor. Pues este Evangelio habla mucho del gran consolador y benefactor de la humanidad, del Salvador de los afligidos y oprimidos. Siempre ha sido un libro al que particularmente acudieron los que quisieron compenetrarse del amor cristiano, porque en este Evangelio, más que en otros documentos crísticos, se describe el poder y la profundidad del amor. Todos aquellos que de algún modo son conscientes - y en el fondo se puede decir esto de todos los hombres - de haber agraviado el propio corazón, por cualquier falta, siempre han encontrado, en este Evangelio, edificación y consuelo para el alma oprimida, al decirse que el Cristo no vino sólo para los justos, sino también para los pecadores, pues ha comido en la misma mesa con pecadores y publicanos. Si para experimentar lo profundo del Evangelio de Juan se requiere una elevada preparación, se puede decir, en cambio, que no hubo alma tan baja, humilde e inmadura, que no sintiese plenamente todo el calor que emana del Evangelio de Lucas, y por ello fue siempre un libro edificante, aun para el ánimo más simple. Todo lo que en el alma humana conserva su carácter infantil, desde la niñez hasta la

ancianidad, se sintió siempre atraído por este Evangelio. Sobre todo lo que en el *arte* ha servido para la representación *gráfica* de las verdades del cristianismo, y lo que en el arte y en la pintura siempre ha hablado más profundamente al corazón humano, lo encontramos principalmente en el Evangelio de Lucas, y de él fluye en el arte, aunque también se ha tomado mucho de los demás Evangelios. Todos los profundos vínculos entre el Cristo Jesús y Juan Bautista, que encontraron su expresión en tantas obras de arte, tienen su origen en este libro de eterno valor. Quien desde este punto de vista se compenetre de su contenido, verificará que desde el comienzo al fin es la expresión del principio del amor, de la piedad y de la ingenuidad y, hasta cierto grado, de la inocencia infantil. Esta inocencia encuentra, por cierto, su más cálida expresión, justamente en la narración del nacimiento de Jesús de Nazareth que nos da el autor del Evangelio de Lucas. A medida que vayamos penetrando en este singular documento, lo comprenderemos cada vez mejor.

No es posible dar la verdad, en todo su alcance, con una sola exposición; y hoy será necesario señalar un aspecto de las verdades del cristianismo que podría parecer contradictorio a lo expuesto en otras conferencias. Al exponer las distintas corrientes de la verdad, se podrá mostrar que todas guardan entre sí la más perfecta armonía y concordancia, incluso lo expuesto sobre el Evangelio de Juan. Hoy me incumbe contemplar una parte más bien desconocida de las verdades del cristianismo.

Un maravilloso pasaje del Evangelio de Lucas nos indica que, a los pastores en el campo, se les hace visible el Ángel del Señor que les anuncia que ha nacido el “Salvador del Mundo”. Luego se dice que después de la anunciación acompañó al ángel una “multitud de los ejércitos celestiales”. De modo que debemos representarnos toda esta imagen: que los pastores alzan la vista y aparece ante ellos “el cielo abierto”, y las entidades del mundo espiritual se asoman ante ellos en una grandiosa imagen.

¿Qué es lo que se anuncia a los pastores?

Se les anuncia con monumentales palabras, que siempre fueron repetidas en el curso de toda la evolución de la humanidad, y que se convirtieron en las palabras navideñas de la evolución cristiana. En el oído de los pastores resonaron las palabras que en su correcta versión dicen aproximadamente así: “Se manifiestan las entidades divinas de las Alturas para que la paz reine sobre la Tierra entre los hombres compenetrados de buena voluntad”. La palabra “gloria” usada generalmente se debe a una traducción errónea. La traducción correcta es la que acabo de dar. Debiera destacarse expresamente el contraste de que los pastores perciben la

manifestación de las entidades espirituales de las Alturas y que esto ocurre en aquel preciso momento, para que la paz penetre en los corazones humanos que estén compenetrados de buena voluntad. Veremos que en estas palabras correctamente comprendidas reside, bien mirado, muchísimo de los misterios del cristianismo. Pero hemos de recurrir a ciertas consideraciones con el fin de arrojar luz sobre estas palabras paradigmáticas. Ante todo debemos tratar de considerar lo que el sentido clarividente del hombre percibe en la Crónica del Akasha. Se trata ante todo de dirigir la mirada del ojo espiritual hacia la época en que el Cristo Jesús apareció para la humanidad y preguntarnos: ¿Cómo se presenta lo que entonces entró espiritualmente en la evolución terrestre, si lo estudiamos en todo el devenir histórico y si preguntamos: De dónde ha venido?.

En aquel momento entró algo en la evolución de la humanidad que fue como una confluencia de corrientes espirituales desde las más diversas direcciones. Todo lo que había surgido en el curso de los tiempos, como las más diversas concepciones del mundo, en las distintas regiones de la Tierra, confluyó entonces en el territorio de Palestina y de algún modo encontró su expresión en aquellos acontecimientos palestinenses. Nos podemos preguntar: ¿Cuál es el origen de estas corrientes que confluyen, como en su centro, en los acontecimientos palestinenses?.

En la conferencia anterior ya se ha dicho que en el Evangelio de Lucas se da lo que llamamos el “conocimiento imaginativo” que se adquiere en forma de panoramas o imágenes. Es también una imagen cuando se nos dice que para los pastores aparece en lo alto la manifestación de las entidades espirituales de la Altura; primero la imagen de un solo ser espiritual, un ángel, después la imagen de una *multitud de ángeles*. Debemos preguntar: El hombre clarividente y al mismo tiempo iniciado en los misterios de la existencia, ¿Cómo considera esta imagen, que él puede reproducir en todo momento en que dirige la mirada retrospectiva a la Crónica del Akasha?. ¿Qué es lo que se presentó a los pastores y qué hubo en esa multitud de ángeles y de dónde había venido?.

En esta imagen se manifestó una de las grandes corrientes espirituales de la evolución de la humanidad que paso a paso había progresado, cada vez más, de modo que en los tiempos de los acontecimientos palestinenses resplandeció sobre la Tierra desde las Alturas espirituales. Si desciframos lo que nos dice la Crónica del Akasha, y si partimos de la visión de los pastores de esta “multitud de ángeles”, hemos de remontarnos a una de las más grandes corrientes espirituales de la evolución de la humanidad, la que, por última vez,

varios siglos antes del advenimiento del Cristo Jesús en la Tierra, se había manifestado como “budismo”. El que, partiendo de la revelación dada a los pastores, se remonta a los tiempos pasados de la humanidad, guiado por la Crónica del Akasha, es conducido - si bien podría parecer extraño - a lo que fue la “iluminación” del gran Buda. En la revelación dada a los pastores reapareció lo que allá en la India había resplandecido como la religión de la piedad y del amor, una concepción del mundo que entonces había conmovido el espíritu y el corazón de los hombres y que aún en nuestros tiempos es alimento espiritual para gran parte de la humanidad. Fue una de las corrientes que debieron volcarse en la revelación palestina. Para comprenderlo bien, desde el punto de vista de la investigación de la ciencia espiritual, debemos echar una mirada a lo que el Buda fue para la humanidad y los efectos de la revelación del Buda en el curso de la evolución. Se trata de lo siguiente:

Cuando el Buda compareció en el lejano Oriente, cinco a seis siglos antes de nuestra era, reapareció en él una individualidad que anteriormente se había reencarnado muchísimas veces y que a través de sus múltiples vidas terrenales se había elevado a un alto grado de evolución humana. El Buda pudo llegar a ser lo que fue, solo porque en sus encarnaciones anteriores ya había alcanzado un altísimo grado de evolución, en toda la extensión de la palabra. Con un término oriental se llama “Bodisatva” el grado de evolución de una entidad cósmica que el Buda había alcanzado. (En varios ciclos de conferencias anteriores he hablado sobre la naturaleza de los Bodisatva: “Jerarquías Espirituales y su reflejo en el mundo físico”, Düsseldorf, 1909; “El Oriente a la luz del Occidente”, Munich, 1909.) Ahora hablaré sobre la naturaleza de los Bodisatvas bajo otro aspecto, y paso a paso se podrá verificar la concordancia de las distintas verdades.

Para llegar a ser “Buda”, primero se debe haber sido “Bodisatva”, que es el grado anterior al del Buda en el desarrollo individual. Examinemos ahora la naturaleza del Bodisatva desde el punto de vista de la evolución de la humanidad, lo que sólo es posible por medio de la ciencia espiritual.

Las capacidades y las facultades que los hombres poseen en una determinada época, no las tuvieron siempre. Sólo un pensar de miras estrechas que no es capaz de juzgar el curso de la evolución, puede creer que ya en tiempos remotos existieron las mismas facultades que los hombres poseen ahora. Las facultades humanas, lo que los hombres pueden realizar y saber, cambian de época en época. En nuestros tiempos, estas facultades alcanzan tal grado de desarrollo que el hombre - digamos - mediante su propio intelecto puede conocer esto o aquello, y decir con razón: “Comprendo que esto o

aquello es verdad, la comprendo por medio de mi intelecto y de mi razón, puedo discernir entre lo moral y lo inmoral, entre lo que, en cierto sentido, es lógico o ilógico”. Pero sería un error creer que estas facultades del discernimiento fueron siempre inherentes a la naturaleza humana. Por el contrario, se han formado y desarrollado en el curso de los tiempos. Como el niño aprende de sus padres o de sus maestros, así el hombre ha tenido que aprender lo que hoy es capaz de hacer, mediante sus propias facultades, de entidades, las cuales, si bien vivieron encarnadas entre los hombres, pudieron comunicarse en los Misterios con entidades divino-espirituales superiores a ellas mismas, debido a sus propias facultades espirituales superiores. En el curso de la evolución, siempre hubo tales individualidades superiores, incorporadas en cuerpos físicos, con la capacidad de comunicarse con entidades espirituales más excelsas. Por ejemplo, antes que los hombres hubieran adquirido el don del pensamiento lógico, que hoy les permite usar su propia lógica, dependían de maestros mediadores que tampoco poseían la facultad de pensar lógico que se desarrolla en el cuerpo físico, pero que, no obstante, supieron pensar lógicamente debido al contacto que ellos tuvieron en los Misterios con entidades divino-espirituales que moran en regiones superiores.

Antes de que el hombre sobre la Tierra, por su propia naturaleza, fuese capaz de pensar lógicamente o de encontrar lo que exige la ética, hubo tales maestros que le enseñaron la lógica y la ética por la revelación que ellos recibieron de los mundos superiores. Fue precisamente una categoría de semejantes seres mediadores que llevan el nombre de “Bodisatva”. Ellos son, por lo tanto, entidades incorporadas en un cuerpo físico humano que con sus facultades se elevan hasta el comunicarse con las entidades divino-espirituales.

Antes de elevarse al grado de “Buda”, él fue, precisamente, un “Bodisatva”, vale decir una individualidad que en los Misterios pudo mantener comunicación con las entidades divino-espirituales. Una entidad como lo es el Bodisatva ha recibido en el mundo superior, en tiempos antiguos de la evolución, una determinada misión, y después permanece unida a ella.

Hablando entonces del Buda, hemos de decir que como Bodisatva había tenido una determinada misión que él había recibido en etapas de evolución anteriores a las épocas de Atlántida y de Lemuria y a que siempre se mantuvo unido. En el curso de los tiempos debió obrar de época en época y en cada una agregar a la evolución terrestre lo que ésta pudiera asimilar en virtud de su respectiva naturaleza. Para cada una de estas entidades que son los Bodisatvas

llega, por lo tanto, un momento en que con respecto a su misión alcanza un determinado punto en que todo aquello que él “desde lo alto” ha podido verter en la humanidad, ha llegado a transformarse en su propia facultad humana. Pues lo que hoy es facultad humana, había sido antes facultad de entidades divino-espirituales, y desde las alturas espirituales, los Bodisatvas lo bajaron y lo dieron a los hombres. De modo que tal misionero espiritual llega a un punto en que puede decirse: “He cumplido mi misión; a la humanidad fue dado todo aquello para lo cual ha sido preparada a través de muchísimas etapas”. Es el punto en que el Bodisatva puede ser “Buda”. Y esto significa que ya no tendrá necesidad de volver a encarnarse en un cuerpo físico humano como tal entidad y con tal misión como acabo de caracterizarlo. Ha venido a encarnarse por última vez en el cuerpo físico-humano, y de ese momento en adelante ya no precisa encarnarse como semejante misionero. Para cumplir esa misión fue conducido a la Tierra de época en época, pero con su iluminación a Buda había llegado a su última encarnación. Se incorporó entonces en un cuerpo humano que había desarrollado al máximo las facultades que antes debieron enseñarse desde lo alto para transformarse paso a paso en propias facultades del hombre. Cuando el Bodisatva se ha desarrollado a tal grado que pueda dar a un cuerpo humano la perfección para que en éste puedan formarse las facultades que corresponden a las cualidades que se relacionan con la misión del Bodisatva, entonces cesa para él la necesidad de reencarnarse. Permanecerá en las regiones espirituales obrando desde ellas para promover y guiar el quehacer terrestre de los hombres. Los hombres tienen entonces la misión de seguir desarrollando lo que antes habían recibido desde las alturas celestes y deben decirse: “Ahora debemos desarrollarnos de manera tal que llegaremos a desenvolver las facultades que por primera vez fueron alcanzadas plenamente en aquella encarnación en que el Bodisatva las transformara en lo que fue el Buda”. Ser Buda significa representar en un hombre individual lo que el Bodisatva es capaz de representar; es decir, mostrar como tal entidad, después de haber obrado como Bodisatva de época en época, se presenta como ser humano individual en que se ha centralizado todo lo que antes fluía de las alturas celestes. Si el Bodisatva se hubiera retirado antes de su misión, los hombres no hubieran sido beneficiados de recibir estas facultades desde las alturas. Pero el hecho de haberlas reunido en un ser humano individual sobre la Tierra, se convirtió a la vez en germen para que en el porvenir los hombres pudiesen desarrollarlas *en si mismos*. La individualidad que en el curso de su evolución de Bodisatva jamás se incorporó totalmente en un cuerpo humano, sino que emergía hasta las alturas celestes, se aúna una vez íntegramente con

un ser humano, de modo que es aprehendida enteramente por esta encarnación. Pero después de ello vuelve a retirarse. Porque con esta encarnación como Buda se ha dado a la humanidad cierta cantidad de revelaciones que debieron obrar en la ulterior evolución de la humanidad, y la entidad que fue Bodisatva y se convirtió en Buda, ha podido retirarse de la Tierra y elevarse a las alturas espirituales, a fin permanecer allí y dirigir el quehacer de la humanidad, desde regiones en que sólo es posible verla mediante ciertas facultades clarividentes.

¿Cuál fue la misión de aquella maravillosa, grande y poderosa individualidad a que comúnmente se le llama el “Buda”?

Para comprenderlo, en el sentido del genuino esoterismo, hemos de considerar lo siguiente: la facultad cognoscitiva de la humanidad se ha desarrollado gradualmente. Frecuentemente hemos llamado la atención sobre el hecho de que en la época atlante, gran parte de la humanidad fue capaz de percibir el mundo espiritual de una manera clarividente, y que remanentes de la antigua clarividencia aún subsistían en la época posatlante. Si descendiéramos de la época atlante a la antigua época india, a la antigua persa, la egipto-caldea y hasta la greco-romana,¹ encontraríamos muchos hombres - bastante más de lo que se podría suponer - que poseían capacidades hereditarias de la antigua clarividencia, permitiéndoseles percibir el plano astral y las profundidades ocultas de la existencia. Aún en la época greco-romana era natural, para gran parte de los hombres, percibir el cuerpo etéreo humano, principalmente la parte cefálica, dentro de la nube etérea, la que se internó poco a poco en el interior de la parte física cerebral. Pero la humanidad debió ascender a la capacidad del conocer que paulatinamente llegó al perfectamente desarrollado conocimiento sensorial, el que se adquiere por medio de los sentidos exteriores y mediante las facultades espirituales que se basan en dichos sentidos. El hombre debió, por decirlo así, retirarse del mundo espiritual y entrar en la simple percepción sensorial, como asimismo en el pensar racional y lógico; debió decidirse a adquirir tal conocimiento no clarividente, porque es necesario atravesarlo para volver a adquirir en el porvenir el conocimiento clarividente, pero entonces unido con cuanto le es posible conquistar como conocimiento sensorial e intelectual. Actualmente, vivimos en una transición de los tiempos, entre el pasado en que la humanidad fue clarividente y un futuro en que el hombre será nuevamente clarividente. En este tiempo intermedio, la mayor parte de los hombres debe limitarse a lo

¹ **Nota del traductor:** Son las épocas de la evolución de la humanidad, como Rudolf Steiner las describe en su “Ciencia Oculta”.

que se percibe con los sentidos y lo que se comprende con el intelecto y el razonamiento, si bien es cierto que por doquier existen ciertos grados más elevados de la percepción sensorial y del conocimiento intelectual y racional. Hay quienes en una encarnación tienen poca noción de lo que constituye la “moralidad”, y que sienten poca compasión del destino de sus semejantes; los llamamos hombres de bajo nivel moral. Otros tienen las fuerzas intelectuales poco desarrolladas; los llamamos hombres de bajo nivel intelectual. Pero sabemos que estas fuerzas intelectuales del conocimiento son susceptibles de un alto grado de desarrollo, de modo que existen múltiples grados intermedios entre los hombres de poca moralidad o de bajo nivel intelectual hasta aquel grado que, según Fichte, puede llamarse “genio en moralidad” y que en su desarrollo llega a la más alta “fantasía moral”.² También sabemos que en nuestra época es posible llegar a este grado de la perfección humana sin que el hombre posea fuerzas clarividentes, sino sólo por el desarrollo de las aptitudes de que dispone por la conciencia común. Pero a esta altura sólo ha podido llegar en el curso de la evolución. El hombre de los tiempos antiguos no hubiera podido alcanzar, por sí mismo, lo que el hombre actual llega a conocer hasta cierto grado por su propia inteligencia, y lo que es capaz de realizar en virtud de su propia fuerza moral, o sea, que debe sentir compasión de los dolores y penas de los demás. Se puede decir que el sano sentido moral del hombre de nuestros tiempos se eleva a esta comprensión sin tener clarividencia, y que comprenderá cada vez mejor que la piedad y la compasión representan la virtud suprema, y que sin amor la humanidad no podría progresar.

Esto, seguramente, lo puede reconocer el sentido moral que se intensificará más y más, mientras que en tiempos pasados este sentido moral no había sido capaz de reconocerlo por sí mismo, ni tampoco podía el hombre comprender, por sí mismo, que la piedad y el amor pudiesen pertenecer al superior desarrollo del alma humana. Es por esta razón que entidades espirituales tuvieron que incorporarse en cuerpos humanos, y entre ellas figuran los Bodisatvas que desde los mundos superiores recibieron la revelación de las fuerzas que obran en la piedad y en el amor, para decir a los hombres cómo debían obrar a través de la piedad y del amor, puesto que los hombres aún no habían madurado para saberlo por sus propias fuerzas. En el curso de muchas épocas había sido necesario enseñar desde las alturas celestes lo que hoy los hombres llegan a conocer por su propia fuerza como la suprema

² **Nota del traductor:** “Fantasía moral” es un término que Rudolf Steiner usa en su “Filosofía de la Libertad”.

virtud de la piedad y del amor a que se eleva el sentido moral. El maestro de la piedad y del amor fue en aquellos tiempos el Bodisatva que, como Gautama Buda, se encarnó por última vez. De modo que el Buda anteriormente había sido el Bodisatva, el maestro del amor y de la piedad y de todo lo que a ello concierne, a través de las épocas caracterizadas en que los hombres eran, en cierto modo, clarividentes por naturaleza; y él, como Bodisatva, encarnó en tales cuerpos humanos clarividentes. Y cuando había encarnado como “Buda” y dirigió la mirada retrospectiva al curso de sus encarnaciones anteriores, pudo saber lo que el alma había sentido interiormente cuando había visto las profundidades de la existencia que se ocultan detrás de la apariencia sensorial. En sus encarnaciones anteriores había poseído esta facultad, y con ella nació dentro de la estirpe de Sakia a la cual pertenecía Sudodana, el padre del Gautama. Cuando nació, era todavía Bodisatva, quiere decir que reapareció con el grado de evolución que había alcanzado en sus encarnaciones precedentes. Hijo de Sudodana, el padre, y Mayadevi, la madre, nació como Bodisatva. Pero, precisamente, por haber nacido como “Bodisatva” poseía desde niño la facultad clarividente en alto grado, capaz de penetrar en las profundidades de la existencia.

Tengamos presente que el “penetrar en las profundidades de la existencia” ha tomado diversas formas específicas en el curso de la evolución de la humanidad. Fue la finalidad de la evolución de la humanidad sobre la Tierra, hacer disminuir paulatinamente el don de la antigua clarividencia opaca; y lo que como remanente de ella había quedado, no era la parte mejor, pues ésta se había perdido primero. Lo que había quedado, era justamente una visión de las potencias demoníacas que hacen descender al hombre a la esfera inferior de sus instintos y pasiones. Mediante la iniciación, podemos percibir las fuerzas y entidades del mundo espiritual que se vinculan con los mejores pensamientos y sentimientos de la humanidad, pero también percibimos las potencias espirituales que están detrás de la desenfrenada pasión, de la impetuosa sensualidad y del egoísmo devorador. Esta visión de las potencias demoníacas subsistía en la gran mayoría de los hombres, no así en los “iniciados”. Naturalmente, quien posee en verdad la visión del mundo espiritual, puede percibir todo esto, según el desarrollo de las facultades del hombre. No es posible alcanzar una visión sin la otra.

El Buda, al nacer como Bodisatva, tuvo que encarnarse naturalmente en un cuerpo humano que poseía la organización típica de aquel tiempo, un cuerpo que le proporcionaba la facultad de mirar profundamente en los fundamentos astrales de la existencia. Ya de niño era capaz de percibir las

potencias astrales de las cuales dependen las pasiones impetuosas y la sensualidad devoradora y ávida. Se le había preservado de ver el mundo externo con su perversidad física, sus dolores y sufrimientos. Aislado en el palacio, guarecido de toda influencia exterior, mimado y mal acostumbrado, porque esto se consideraba adecuado a su posición social, según los prejuicios de la época. Pero debido a este aislamiento, su fuerza de visión interior llegó a manifestarse tanto más. Mientras así quedaba guarecido de todo lo que tiene que ver con enfermedades y sufrimientos, tenía, en medio de su aislamiento, el ojo espiritual abierto a las imágenes astrales. Se cernían en torno suyo las imágenes astrales de todas las pasiones impetuosas que pueden tirar al hombre hacia abajo. Esto lo podrá entrever, después de enterarse de lo expuesto ahora, quien sepa leer con el ojo espiritual y con verdadero esoterismo, la biografía del Buda. Pues hay que hacer notar que de las descripciones exotéricas, mucho no es comprensible, sin que se penetre en los fundamentos esotéricos, y justamente la vida del Buda es lo que menos se comprende a través de los relatos exotéricos.

En realidad, debería parecer extraño que los orientalistas y otros que se ocupan de la vida del Buda, digan que según su biografía, estaba rodeado en su palacio de “cuarenta mil bailarinas y ochenta y cuatro mil mujeres”. Esto se encuentra descrito hasta en las ediciones populares, pero sus autores, al parecer, no se extrañan mucho de un harén de “cuarenta mil bailarinas y ochenta y cuatro mil mujeres”. Pero ¿Qué significa esto?. La gente no sabe que esto se refiere a lo que el Buda, por medio de la visión astral, ha vivenciado en el máximo grado posible y en lo más profundo del corazón. Se refiere a lo que él, desde la infancia, vio como fuerzas activas en el mundo espiritual, sin experimentar directamente todo el sufrimiento y las penas del mundo físico humano. Lo vio porque en aquel tiempo pudo nacer en un cuerpo adecuado, y porque desde el principio estuvo protegido, fortalecido y elevado sobre todas las terribles imágenes que él percibía en torno suyo, debido a que en sus encarnaciones anteriores se había elevado a la altura del Bodisatva. Pero como en esta encarnación vivió como la individualidad del Bodisatva, se sintió impulsado a dejar el palacio para ver lo que le indicaba cada una de las imágenes de ese mundo astral que en el palacio le circundaba. Se sintió impulsado a abandonar su “prisión” para conocer el mundo. Esta fue la fuerza impulsiva de su alma, pues, como Bodisatva, vivió en él una suprema fuerza espiritual. Fue la fuerza espiritual vinculada a la misión de enseñar a la humanidad todo el poder de la piedad y del amor y todo lo que a esto concierne. Para ello debía salir al mundo para conocer la humanidad, debía

verla en aquel mundo en que ella puede compenetrarse de la doctrina de la piedad y del amor, en virtud del sentido moral. ¡En el mundo físico debía conocerla!. Debió elevarse del Bodisatva al Buda como *hombre entre hombres*. Esto sólo le fue posible si renunciaba a todas las facultades que le habían quedado de sus encarnaciones anteriores, y si entraba en el plano físico para vivir con los hombres de manera que en el seno de la humanidad representaba un prototipo, un ideal y un ejemplo para el desarrollo de las referidas cualidades singulares.

Naturalmente, para elevarse así del Bodisatva al Buda, hay que cumplir diversos grados intermedios de desarrollo, pues esto no se realiza de por sí. Se sintió impulsado a dejar el palacio real, y la reseña nos dice que un día, al haberse “evadido” del palacio-prisión encontró a un *anciano*. Hasta entonces sólo había quedado rodeado de aspectos de juventud; se le había hecho creer que únicamente existe la pujante fuerza de la juventud; pero ahora, al ver al anciano, había llegado a conocer la “vejez” en el plano físico. Después vio a un hombre *enfermo* y más tarde a un *cadáver*, quiere decir que llegó a conocer la “muerte” en el plano físico. Todo esto se presentó ante su alma, al conocer el plano físico. Más que la ciencia exterior, nos dice la verdad una leyenda sobre lo que realmente es el Buda: Al dejar el palacio real, sucedió que el caballo que tiraba la carroza, sufrió tanto porque el Buda estaba por dejar todo lo que le rodeaba desde su nacimiento, que lleno de tristeza murió, y que luego fue transferido al mundo espiritual como entidad espiritual. En esta imagen se expresa una profunda verdad. Nos apartaría del tema, si quisiera explicar extensamente por qué se elige justamente el caballo para significar una fuerza espiritual humana. Sólo recordaré que Platón habla de un caballo que él lleva de la rienda, como imagen de ciertas facultades humanas, dadas aún desde lo alto, y no desarrolladas en la propia interioridad del hombre. Cuando el Buda sale del palacio real, *deja atrás* las facultades no desarrolladas en el interior del alma propia; las deja en los mundos espirituales, desde donde siempre le habían guiado. A esto alude la imagen del caballo que muere al abandonarlo, y que luego es transferido al mundo espiritual. Pero sólo paso a paso puede el Buda alcanzar lo que debió ser en su última encarnación sobre la Tierra, pues debió llegar a conocer en el plano físico lo que como Bodisatva sólo había conocido por la visión espiritual.

Primero va a conocer a dos maestros. Uno es representante de aquella concepción de la antigua India que se denomina filosofía del Sankya; el otro es representante de la filosofía del Yoga. El Buda estudia lo que ambas pueden ofrecerle, y vive en ello; pues por más alto que sea el grado de desarrollo de

un ser, debe cada vez familiarizarse con lo externo que la humanidad ha adquirido. Si bien el Bodisatva es capaz de aprenderlo más pronto, es preciso que lo aprenda. Si hoy renaciese el Bodisatva que vivió seis o siete siglos antes de nuestra era, debería aprender como los niños en la escuela, para apropiarse de lo que ha sucedido en la Tierra, mientras él vivía en las alturas celestes. Así también, el Buda debió aprender lo que había sucedido desde su encarnación precedente.

De uno de los maestros aprendió la filosofía del Sankya, del otro la del Yoga. Así pudo orientarse acerca de las concepciones del mundo que para muchos solucionaban entonces los enigmas de la vida; también pudo saber lo que experimentaba un alma bajo la influencia de aquellas filosofías. En la filosofía del Sankya conoció una concepción del mundo de un sutil pensamiento lógico, pero cuanto más profundamente penetraba en ella, tanto menos satisfacción le daba, hasta que se convertía en una telaraña, carente de vida. Él sintió que debía buscar la fuente de su misión, no en la tradicional filosofía del Sankya, sino en otra dirección. La filosofía del Yoga de Patanjali era la que por medio de ciertos procesos anímicos interiores buscaba la unión con lo divino. La estudió igualmente, la hizo suya como si fuera una parte de su ser; pero ella tampoco le daba satisfacción, pues se dio cuenta que era algo que había venido transmitiéndose desde tiempos antiguos, pero que los hombres necesitaban otras facultades y debían realizar en sí mismos un desarrollo moral. Después de haber examinado la filosofía del Yoga en su propia alma, el Buda vio que no pudo ser la fuente de su misión de entonces. Luego tuvo contacto con cinco ermitaños que mediante una severa autodisciplina con mortificaciones y privaciones habían tratado de penetrar en los misterios de la existencia. El Buda probó también este camino, mas tampoco pudo considerarlo como fuente de su misión en aquella época. Durante algún tiempo se sometió a las privaciones y mortificaciones de los monjes, sufrió hambre como ellos a fin de extinguir la avidez y de suscitar fuerzas más profundas, que surgen precisamente cuando el cuerpo está debilitado por el ayunar, y que desde lo hondo de la corporalidad humana pueden elevar al hombre rápidamente al mundo espiritual. Pero justamente por haber alcanzado su alto grado evolutivo, el Buda se dio cuenta de lo inútil de la mortificación, del ayunar y sufrir hambre, pues, por ser el Bodisatva, y debido a su evolución en las encarnaciones anteriores le había sido posible desarrollar el cuerpo humano hasta el más alto grado de perfección en aquel tiempo. El que se eleve a cierto grado de la filosofía del Sankya o del Yoga, sin haber desarrollado lo que el Buda ya había cumplido, y el que quiera

elevarse a las alturas del espíritu divino por medio del pensar lógico, sin haber adquirido el sentido moral como lo enseña el Buda, se encontrará ante la tentación que el Buda experimentó en forma de prueba y a que se alude cuando se habla de la tentación por el demonio Mara. En esta tentación, todos los demonios de la arrogancia, de la vanidad y de la ambición atacan al hombre. El Buda llegó a conocerla al enfrentarse a Mara, el demonio de la vanidad y de la ambición, pero por encontrarse en el alto grado del Bodisatva, lo reconoció y estuvo protegido contra él. Pudo entonces decirse: Si los hombres en su evolución siguen el viejo camino, sin dejarse guiar por el sentido moral y la enseñanza del amor y de la piedad, deberán caer, puesto que no todos son Bodisatvas, bajo la influencia del demonio Mara, que hace penetrar en el alma todas las fuerzas de la arrogancia y de la vanidad. Esto es lo que el Buda experimentó en sí mismo, al compenetrarse de las filosofías del Sankya y del Yoga, hasta sus últimas consecuencias. En cambio, al encontrarse con los monjes, experimentó algo distinto. En este caso, el demonio tomó otro aspecto que se caracteriza por el hecho de que él presenta al hombre todos los bienes físicos exteriores, algo así como “los reinos del mundo y sus tesoros”, para distraer su atención de lo que es el mundo espiritual. Justamente se sucumbe a esa tentación cuando se practica la mortificación; esto lo vio Buda frente al demonio Mara que le decía: “¡No te dejes inducir a abandonar todo lo que posees como el hijo del rey, sino que vuelve otra vez al palacio!”. Cualquiera otro se hubiera dejado vencer por tal halago, pero el Buda fue capaz de desenmascarar al seductor; él pudo ver lo que habría tocado a la humanidad, si hubiera seguido el camino de buscar lo espiritual por la senda del ayunar y del hambre. Como él mismo estuvo protegido contra ello, pudo señalar a los hombres el gran peligro que sobrevendría, si se propusieran penetrar en el mundo espiritual sólo mediante el ayunar y otros medios externos, sin el amplio fundamento del activo sentido moral.

De este modo, el Buda, como Bodisatva, había alcanzado los dos extremos límites del desarrollo humano, que el hombre en general, como no es Bodisatva, debiera eludir totalmente. Traduciéndolo en lenguaje común, podríamos decir: “El supremo saber es soberbio y hermoso, pero búscalo con el corazón puro, con sentimiento noble y con ánimo purificado; de lo contrario serás presa del diablo de la arrogancia, de la vanidad y de la ambición” y la otra enseñanza es la siguiente: “No trates de penetrar en el mundo espiritual por cualquier sendero externo, por medio de mortificaciones y el ayuno, antes de haber purificado debidamente tu sentido moral; de lo contrario, el seductor

te acosará desde el otro lado”. Estas son las dos enseñanzas del Buda cuya luz llega a nuestros tiempos. Así nos enseñó el Buda, cuando aún era Bodisatva, lo que es la esencia de su misión. Pues su misión en aquel tiempo fue traer a la humanidad este sentido moral, cuando los hombres aún no eran capaces de desarrollarlo con la fuerza de su corazón. Habiendo reconocido el peligro del ascetismo para la humanidad, abandonó a los cinco ermitaños y se dirigió al lugar donde, concentrándose interiormente, de una manera adecuada a nuestra época actual, en las facultades de la naturaleza humana que pueden desarrollarse sin la antigua clarividencia y sin lo heredado de tiempos pasados, él pudo realizar en el máximo grado todo lo que la humanidad, mediante estas facultades, a su debido tiempo, podrá lograr.

Bajo el “Árbol Bodi”, a los veintinueve años de edad, después de haber abandonado el sendero del ascetismo exclusivo, en siete días de contemplación, se le revelaron las siete grandes verdades que al hombre se revelan, cuando en la quietud de la concentración interior, trata de encontrar lo que las facultades humanas de nuestros tiempos actuales le pueden dar.

Se le revelaron entonces las grandes enseñanzas que él formuló en las así llamadas *cuatro verdades* y aquella gran doctrina de la piedad y del amor como la enseñó en el *sendero de ocho etapas*. De estas enseñanzas del Buda volveremos a ocuparnos. Hoy nos limitamos a señalar que estas enseñanzas son una expresión del sentido moral, de la purísima doctrina de la piedad y del amor. Surgieron por primera vez en la humanidad en aquel momento en que bajo el Árbol Bodi, el Bodisatva de la India se convirtió en el “Buda”, surgieron como facultad humana propia, y desde aquel tiempo los hombres poseen la capacidad de desarrollar por si mismos la doctrina de la piedad y del amor. En esto reside lo esencial, por lo que el Buda poco antes de morir dijo a sus íntimos discípulos: “No sufráis porque el maestro os abandona, yo os dejo algo; os dejo la ley de la sabiduría y la ley de la disciplina, que en el porvenir sustituirán al maestro”. Esto significa: “El Bodisatva que hasta ahora os ha enseñado lo que se expresa en esa enseñanza, puede retirarse ahora, al haber cumplido su encarnación sobre la Tierra. Pues los hombres habrán infundido en su propio corazón lo que antes fuera enseñado por un Bodisatva, y de la fuerza del propio corazón podrán desarrollado como la religión de la piedad y del amor”. Esto es lo que sucedió en la antigua India cuando en siete días de contemplación interior el Bodisatva se hizo Buda, y esto fue lo que él, en diversas formas, enseñó a sus discípulos. Más adelante hablaremos de la característica de esas formas.

Tuvimos que remontarnos a lo que sucedió seis siglos antes de nuestra era, porque sin la mirada retrospectiva por medio de la Crónica del Akasha, desde los acontecimientos de Palestina hasta el Sermón de Benarés, no sería posible comprender el camino del cristianismo; ante todo, no sería posible comprender al autor del Evangelio de Lucas que tan altamente describe este camino. El Buda, después de haber alcanzado este grado de su evolución, no tuvo ya necesidad de volver a encarnarse sobre la Tierra; se había convertido en entidad espiritual que se halla en los mundos espirituales, desde donde tuvo que obrar en todo cuanto sucediera en la Tierra. Y al prepararse el más importante acontecimiento sobre la Tierra, y encontrándose los pastores en la campiña, les apareció una individualidad que desde las alturas espirituales les anunció lo que se relata en el Evangelio de Lucas: “Y fue con el ángel una multitud de los ejércitos celestiales”. Aquí hemos de preguntar: ¿Qué fue lo que se les apareció?

La imagen que se presentó a los pastores fue el ***Buda glorificado***, el Bodisatva de los tiempos antiguos, la entidad que a través de milenios y milenios había dado a los hombres el mensaje del amor y de la piedad. Ahora, después de su última encarnación sobre la Tierra, permaneció en las alturas celestiales, y en el cielo apareció a los pastores, junto con el ángel que les anunció el gran acontecimiento palestino.

Esto es el resultado de la investigación espiritual que nos evidencia que en lo alto, sobre los pastores, apareció el Bodisatva glorificado de los tiempos antiguos. La Crónica del Akasha nos enseña, por cierto, que en Palestina en la “Ciudad de David” nació un niño proveniente de la línea sacerdotal de la estirpe de David. Este niño (lo digo expresamente) que nació como hijo de padres que - al menos de la parte paterna descendían de la línea sacerdotal de la casa de David, estaba predestinado a recibir en su ser desde el nacimiento, la luz y la fuerza que del Buda pudo irradiar, después de haber sido elevado a las alturas espirituales. Con los pastores miramos pues hacia el pesebre donde nació “Jesús de Nazareth” (como se acostumbra llamarlo) y al mirar, percibimos la aureola y sabemos que en esta imagen se expresa la fuerza del Bodisatva convertido en Buda; es la misma fuerza que antes fluía a los hombres y que ahora actuó sobre la humanidad desde las alturas espirituales y cumplió su acción más importante al irradiar su luz sobre el niño de Belén para que éste pudiera entrar adecuadamente en la corriente evolutiva de la humanidad.

Cuando esta individualidad que en aquel momento irradió su fuerza sobre el niño de la estirpe de David, había nacido en la antigua India, quiere

decir cuando el Buda había nacido como Bodisatva, hubo un sabio que tuvo la visión de toda la grandiosidad de lo que acabo de relatar. Lo percibido en los mundos espirituales le indujo al sabio, llamado Asita, a entrar en el palacio del rey para ver ese Niño-Bodisatva y al verlo, profetizó su grandiosa misión como Buda, prediciendo, para la consternación del rey, que ese niño no seguiría a su padre en el reinado, sino que sería Buda. Luego rompió a llorar, y al preguntársele, si alguna desventura sobrevendría al niño, Asita respondió: “No, pero lloro porque soy tan viejo que no podré ver el día en que este Salvador, el Bodisatva, caminará sobre la Tierra como Buda”. Asita murió antes de que el Bodisatva se convirtiera en Buda, de modo que tenía motivo para llorar. Mas aquel Asita que en el palacio de Sudodana sólo había visto al Bodisatva como recién nacido, renació más tarde en la personalidad de Simeón que, según el Evangelio de Lucas, presenció la “presentación en el templo”. Y el Evangelio relata que “el Espíritu Santo era sobre él”, cuando a Simeón le trajeron el niño. Asita se había puesto a llorar porque en aquella encarnación era demasiado viejo como para ver al Bodisatva convertirse en Buda. Ahora le fue dado ver el ulterior desarrollo de esta individualidad. Y porque el “Espíritu era sobre él” cuando el niño fue presentado en el templo, le fue posible percibir la aureola del Bodisatva glorificado sobre el Niño Jesús de la estirpe de David. Decía entonces a si mismo: “Ya no tengo por qué llorar, pues ahora veo lo que entonces no pude ver; veo sobre este niño a mi Salvador glorificado. Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz”.

CAPÍTULO III

EL BUDISMO EN EL EVANGELIO DE LUCAS

La lectura del Evangelio de Lucas podrá proporcionarnos, aparte de una profunda sensación, una idea de que su contenido abarca realmente amplias y grandiosas esferas espirituales. Esto será comprensible por lo que hemos visto en la conferencia precedente, puesto que la investigación espiritual nos enseña que en este Evangelio se ha vertido el Budismo con todo lo que ha podido dar a la humanidad. En cierto modo, se puede decir que es budismo lo que en el Evangelio de Lucas se presenta al hombre. Pero el “budismo” fluye de este documento de una manera singular, se manifiesta a través de este Evangelio en tal forma que lo puede comprender el ánimo más ingenuo y más simple.

Ya lo hemos visto en la conferencia precedente, y hoy se evidenciará más claramente, que el budismo como enseñanza del Buda es una concepción del mundo que sólo comprenderá quien se eleve a ciertas grandes ideas, a las puras alturas etéreas del espíritu; y esto requiere mucha preparación. El Evangelio de Lucas contiene la esencia espiritual de tal manera que, en cierto modo, puede obrar sobre todo ser humano que haya aprendido a recoger en su corazón las más elementales ideas y conceptos humanos. Esto también lo veremos mejor, cuando profundicemos el misterio de este Evangelio. En él se nos presentan las conquistas espirituales del budismo en una forma desarrollada a un grado más elevado del que tenían cuando allá en la antigua India fueron dadas a la humanidad, cerca de seiscientos años antes de nuestra era. Con algunos ejemplos, nuestra alma sentirá en qué consiste este grado más elevado del budismo.

En la conferencia precedente hemos llamado al budismo la “doctrina más pura de la piedad y del amor”. Efectivamente, desde el lugar en el mundo donde el Buda actuó, fluye un evangelio del amor y de la piedad que penetra en toda la evolución espiritual de la Tierra y aparece con su vida en el verdadero budista, cuando éste, con el calor de su corazón, comparte el sufrimiento que se le presenta en todos los seres vivientes del mundo circundante. Pero en el Evangelio de Lucas fluye algo que es aún superior a la piedad y al amor budistas que todo abarcan. Lo que fluye de este Evangelio, lo podríamos señalar como la transformación de la piedad y el amor en la *acción* que el alma necesariamente ha de emprender. El budista quiere que haya

“piedad” en el sentido más eminente de la palabra; en cambio, el que vive en el sentido del Evangelio de Lucas, quiere practicar el *amor activo*. El budista es capaz de sentir con el enfermo su dolor; el Evangelio de Lucas induce al hombre a actuar y hacer lo posible para curar. El budismo hace que el hombre pueda comprender todo cuanto vive en el alma humana, y del Evangelio de Lucas surge el singular postulado de no juzgar, sino de hacer para el prójimo más de lo que él hace para uno mismo, y de dar *más* de lo que se recibe. El amor transformado en acción, esto es lo que hemos de considerar como un grado mayor de desarrollo, a pesar de que el Evangelio de Lucas involucre el más puro y genuino budismo.

Para describir este aspecto del cristianismo, o sea el budismo elevado a un nivel superior por medio del cristianismo, era necesaria la fuerza del corazón del autor del Evangelio de Lucas; él ante todo era capaz de comprender al Cristo Jesús como salvador del cuerpo y del alma. El supo hablar tan profundamente al corazón porque él mismo se había desempeñado como médico; y desde el punto de vista de médico del cuerpo y del alma escribió lo que sobre el Cristo Jesús tenía que decir. Esto lo veremos cada vez más claramente, al profundizar el Evangelio de Lucas. Pero algo más llama nuestra atención, si consideramos cómo este Evangelio - según lo expuesto anteriormente - impresiona hasta al ánimo más inocente: vemos entonces que la suprema enseñanza budista, que sólo la madurez de la inteligencia y de la facultad anímica humana es capaz de comprender, aparece en este Evangelio como rejuvenecida, como nacida nuevamente de una fuente de juventud. A través de este Evangelio, el budismo se nos presenta como fruto del árbol de la humanidad, como rejuvenecimiento de lo que antes existía. Esto nos induce a preguntar: ¿Cómo se ha producido este rejuvenecimiento del budismo?. Para comprenderlo, hemos de fijarnos exactamente en la enseñanza misma del gran Buda y, en base a nuestra preparación antroposófica, poner ante nuestro ojo espiritual lo que conmovió el alma del Buda.

Ante todo tengamos presente que el Buda había sido Bodisatva, es decir, una entidad altamente evolucionada, capaz de penetrar en los misterios de la existencia. Por el hecho de haber sido Bodisatva, el Buda había participado de todo lo que sucedió en la evolución de la humanidad en el curso de todos los tiempos. Al iniciarse los tiempos post-atlantes, ya estuvo actuando el Buda como Bodisatva, para fundar la primera cultura post-atlante y para proseguir su evolución, dando a los hombres desde los mundos espirituales lo que en la conferencia anterior se ha explicado. Estuvo también presente en la época atlante, y aun antes en los tiempos de la Lemuria. Y

puesto que había llegado a tan alto grado de su evolución, le fue posible, durante su vida de Bodisatva, en los veintinueve años de su última encarnación, antes de ser el Buda, recordar una tras otra todas las vivencias en comunidades humanas, antes de encarnarse en la India por última vez. Le fue posible remontarse a los tiempos pasados de su obrar en la humanidad, y a su existencia en los mundos divino-espirituales para traer desde ellos lo que tuvo que dar a los hombres en la Tierra. Ya hemos dicho que aun una individualidad de tan alto grado de desarrollo debe - aunque brevemente - volver a aprender lo adquirido anteriormente. Y el Buda nos describe que durante su vida de Bodisatva se desarrolló, paso a paso, hasta llegar finalmente a la perfección de la visión espiritual, como asimismo de la iluminación espiritual. Sabemos cómo lo describió a sus adeptos. Para describir el camino recorrido por su alma, a fin de poder recordar lo experimentado en los tiempos pasados, decía a ellos: “Hubo un tiempo, Oh monjes, en que desde el mundo espiritual se me presentó un esplendor de luz universal, pero no me fue posible distinguir nada, ni formas, ni imágenes, pues mi iluminación aún no fue suficientemente pura. Después empecé a percibir no sólo la luz, sino distintas imágenes y formas dentro de la luz; pero aún no pude reconocer el significado de esas formas e imágenes, pues mi iluminación aún no fue suficientemente pura. Después empecé a saber que esas formas eran la expresión de entidades espirituales, pero no me fue posible definir a qué reinos del mundo espiritual estas entidades pertenecían, pues mi iluminación aún no fue suficientemente pura. Después aprendí a saber a qué reinos del mundo espiritual pertenecían las distintas entidades espirituales, pero no pude discernir con cuáles acciones ellas habían conquistado su posición en los reinos espirituales, y cuál era el estado de alma de cada una de ellas; pues mi iluminación aún no fue suficientemente pura. Después llegó para mí el tiempo en que pude discernir en virtud de qué acciones esas entidades espirituales habían alcanzado su posición en aquellos reinos y cuáles eran sus estados de ánimo, pero no me fue posible distinguir con cuáles entidades espirituales yo mismo había vivido en tiempos pasados, y qué había sido mi propio actuar juntamente con ellas; pues mi iluminación aún no fue suficientemente pura. Finalmente llegó el tiempo en que pude saber que yo había vivido con estas y aquellas entidades en esta y aquella época, y que conjuntamente con ellas había tenido que realizar esto o aquello, de modo que llegué a saber cómo habían sido mis vidas anteriores. Ahora, mi iluminación fue pura”.

Con este relato, el Buda describió a sus adeptos cómo gradualmente se había desarrollado hasta una capacidad del conocimiento que ya había poseído

en tiempos pasados, pero que en cada encarnación debió adquirir nuevamente, según las condiciones de cada época; y que en su última encarnación tuvo que adquirir en concordancia con su completo descender en un cuerpo físico humano. Esto nos puede dar una idea de la importancia y de la grandeza de la individualidad que se encarnó en aquella época en el hijo del rey de la estirpe de Sakia. Pero el Buda sabía también que lo que él nuevamente pudo conocer y percibir era un mundo al que los hombres, con su percepción común de aquel tiempo e inmediato porvenir, debieron renunciar. Sólo los “iniciados” a los que el Buda mismo pertenecía, pueden penetrar con su visión en el mundo espiritual; pero para la humanidad común, dentro de la evolución corriente, se había perdido esta posibilidad; los restos heredados de la antigua clarividencia estaban perdiéndose gradualmente. Pero puesto que el Buda no sólo debía hablar de lo que el iniciado puede decir, sino que tenía ante todo la misión de hablar a los hombres de las fuerzas que deben emanar de la propia alma humana, no podía sólo dar los resultados de su iluminación, sino que se decía a sí mismo: “Debo hablar de lo que los hombres pueden alcanzar por medio de un desarrollo superior, de su propio ser interior, un desarrollo según las condiciones de la época. En el curso de la evolución terrena, los hombres llegarán a conocer, paso a paso, desde lo hondo de su alma y de su corazón, el contenido de la enseñanza del Buda, como algo que su propia razón, y su propio ánimo les puede decir. Empero, muchísimo tiempo ha de transcurrir hasta que todos los hombres adquirirán la madurez para extraer, por decirlo así, de la propia alma lo que primero el Buda ha enunciado como conocimiento puramente humano. Pues una cosa es desarrollar ciertas facultades en el curso de mucho tiempo, otra cosa es extraerlas *primero* de las profundidades del alma humana. Al respecto, tómese otro ejemplo. Hoy el hombre, desde joven, se apropia de las reglas de la lógica. El pensar lógico es hoy una de las facultades humanas comunes, que el hombre desenvuelve en su interior. Pero para que esta facultad pudiera surgir por primera vez en un pecho humano, fue necesario el genio del pensador griego Aristóteles. Son dos cosas diferentes: extraer algo por primera vez de las profundidades del alma humana, y extraerlo después de haberse desarrollado en la humanidad durante cierto tiempo.

Lo que el Buda tenía que dar a la humanidad forma parte de las supremas enseñanzas para largas épocas. Y para evidenciarlo por primera vez en un hombre, hacia falta la magnitud del ánimo de un Bodisatva de tan elevada iluminación. Sólo un hombre iluminado en el sentido más alto, pudo producir en su alma por primera vez, lo que, paso a paso, debió convertirse en

patrimonio común de la humanidad, esto es, la doctrina de la piedad y el amor y todo lo que a ella concierne. Lo que el Buda tenía que decir, lo tuvo que expresar con palabras y conceptos de uso corriente en aquella época, principalmente de sus compatriotas. Ya nos hemos referido a que en la antigua India, en los tiempos del Buda, se enseñaban la filosofía del Sankya y del Yoga, que proveían los términos y conceptos corrientes; los debía emplear incluso quien tenía que hablar de algo nuevo. El Buda también debió usarlos para expresar lo que vivía en su alma, aunque dando a esos conceptos e ideas una forma enteramente nueva. Toda evolución debe tomar un curso en que lo venidero se base en lo pasado. Así también el Buda expresó su sublime sabiduría en términos corrientes de la enseñanza india de la época. No obstante, hemos de hacernos un claro concepto de la enseñanza que bajo el árbol Bodi el Buda concibió en los siete días de su iluminación. Tratemos pues, aunque sea con pensamientos aproximados, de contemplar lo que como expresión de las más profundas vivencias del alma se suscitó en el Buda, al recibir la iluminación bajo el árbol Bodi.

En aquel momento, el Buda pudo decirse lo siguiente: Hubo tiempos antiguos de la evolución de la humanidad en que muchos hombres estaban dotados de una opaca y vaga clarividencia, pero hubo también tiempos más antiguos aún en que todos los hombres eran clarividentes. ¿Qué quiere decir: poseer una opaca y vaga clarividencia y, en general, qué significa ser clarividente?”. Ser clarividente significa: saber servirse de los órganos del propio cuerpo *etéreo*. Quien sólo pueda servirse de los órganos del cuerpo astral, podrá sentir y vivenciar interiormente los misterios más profundos, pero no será capaz de tener la *visión* de ellos. Sólo puede haber clarividencia, cuando aquello que se experimenta en el cuerpo astral, haya producido su “impronta” en el cuerpo etéreo. También la antigua opaca clarividencia de la humanidad se había producido por el hecho de que el cuerpo etéreo, aún no sumergido enteramente en el cuerpo físico, poseía órganos que aquella humanidad podía utilizar. Por lo tanto, hemos de preguntarnos: ¿Qué es lo que la humanidad ha perdido en el curso de los tiempos?. Ha perdido la capacidad de servirse de los órganos del cuerpo etéreo. Paso a paso, tuvo que contentarse con utilizar solamente los órganos exteriores del cuerpo físico, experimentando en el cuerpo astral, en forma de pensamientos, sentimientos y representaciones, lo que el cuerpo físico le proporciona. Todo esto encontró su expresión en la grandiosa alma del Buda, y él se decía: “Veo que los hombres han perdido la capacidad de servirse de los órganos del cuerpo etéreo, y que

experimentan, en el cuerpo astral, lo que les llega desde el mundo circundante por medio de los instrumentos del cuerpo físico”.

Entonces, el Buda se formuló una importante pregunta: “Cuando el ojo percibe un color, cuando el oído oye algún sonido, cuando se siente algún sabor, resulta que, en condiciones normales, estas sensaciones tienen lugar en el hombre y se convierten en sus representaciones; el hombre las experimenta interiormente en el cuerpo astral. Pero si las experimentara simplemente así, no podrían, en estado normal, estar acompañadas de lo que se llama dolor y sufrimiento. Con otras palabras: Si el hombre simplemente se abandonara a las impresiones del mundo externo, tal como éste influye en sus sentidos y como se le presenta con sus colores, con sus efectos de la luz, sus sonidos, etc., él andaría por el mundo sin que estas sensaciones pudiesen causarle dolor y sufrimiento. Sólo bajo determinadas condiciones puede el hombre sentir el dolor.

El Buda escudriñó pues las condiciones bajo las cuales el hombre experimenta dolor y pena, preocupaciones y pesadumbre, preguntándose: “¿Cuándo se tornan dolorosas las impresiones del mundo externo y por qué lo son bajo ciertas condiciones?”.

Y se decía: Si nos remontamos a los tiempos antiguos, encontramos que, cuando el hombre habitaba la Tierra en sus encarnaciones de tiempos pasados, sufría en su naturaleza interior, en su cuerpo astral, la influencia de entidades que obraban desde dos lados. En el curso de sus encarnaciones, a través de las épocas de Lemuria y Atlántida, actuaron sobre la naturaleza humana las entidades que denominamos luciféricas, de modo que en el correr de los tiempos el hombre recibió, en su cuerpo astral, las impresiones e influencias de las entidades luciféricas. A partir de la época atlante obraron además sobre el hombre las entidades bajo la dirección de Arimán; así que el hombre sufrió en sus encarnaciones del pasado la influencia de ambas entidades: las luciféricas y las arimánicas. Si ellas no hubieran actuado sobre el hombre, éste no podría haber conquistado el ser libre, ni tampoco el don de discernir entre el Bien y el Mal y de determinar libremente sus actos de voluntad. Desde un punto de vista superior fue por lo tanto benéfico que el hombre haya sufrido estas influencias; pero en otro sentido le hicieron descender de las alturas divino-espirituales a la existencia sensorial, más de lo que hubiera descendido sin ellas. A consecuencia de ello - así se decía el Buda - el hombre lleva ahora en sí mismo ciertas influencias, por herencia del obrar de Lucifer, por un lado, y de Arimán, por el otro. En tiempos pasados, cuando el hombre, en virtud de su clarividencia opaca, aún podía penetrar con su

visión en el mundo espiritual, percibía las influencias de Lucifer y Arimán, pudiendo claramente distinguir: aquí hay una influencia de Lucifer y allí otra de Arimán. Al percibir estas influencias perjudiciales en el mundo astral, pudo juzgarlas debidamente y protegerse de ellas. Sabía también como se había producido su contacto con estas entidades. Hubo un tiempo - así se decía el Buda - en que los hombres sabían de dónde provenían aquellas influencias que desde tiempos antiguos llevaban en sí mismos a través de sus encarnaciones. Pero con la pérdida de la antigua clarividencia también se perdió, en el curso de sus encarnaciones, la conciencia de la existencia de estas entidades y de su influencia sobre el alma del hombre; de modo que le envuelve la oscuridad: no es capaz de conocer de donde provienen estas influencias de Lucifer y Arimán, pero las lleva en sí. Lleva en sí mismo algo, cuya naturaleza ignora. Naturalmente, sería ingenuo negar la realidad y el efecto de lo que existe, aun cuando nada se sepa de ello. A través de sus encarnaciones, el hombre sufre las influencias que en él han penetrado. Ellas existen y actúan durante toda la vida, sin que el hombre tenga conciencia de ello. Esto lo decía a sí mismo el gran Buda.

¿Cómo actúan estas influencias en el hombre?.

Aunque el hombre no pueda conocerlas, las siente, nota su presencia, obran en él como una fuerza, que es la expresión de lo que ha sido activo en el curso de sus encarnaciones y hasta en su existencia actual. Estas fuerzas cuya naturaleza el hombre no puede conocer encuentran su expresión en la concupiscencia de la vida exterior, en el deseo de experimentar las impresiones del mundo externo, en la sed y el deseo de vivir. Así actúan en el hombre, desde tiempos antiguos, las influencias luciféricas y arimánicas como la sed y el vivo deseo de existencia. Y esta “sed de existencia” sigue transmitiéndose de una encarnación a otra. Esto lo decía el gran Buda, pero a sus íntimos discípulos explicaba más exactamente de qué se trata.

Sólo podrá comprender *como* el Buda lo describió y lo que él vivenció, quien haya pasado por cierta preparación antroposófica. Sabemos que cuando el hombre muere, su Yo, su cuerpo astral y su cuerpo etéreo abandonan el cuerpo físico. El hombre experimenta entonces, por un breve tiempo, aquella extensa imagen recordatoria de su vida finalizada, que se presenta ante él cual un inmenso cuadro. Sabemos, también, que después se desprende la parte principal del cuerpo etéreo como un segundo cadáver, y que resta una especie de extracto o esencia del cuerpo etéreo, que el hombre lleva consigo a través de los períodos del kamaloka y del devacán, para volver a traerlo a la próxima existencia. Mientras el hombre atraviesa el período del kamaloka, se imprime

en este extracto de su vida todo lo que el hombre ha experimentado en sus acciones, todo lo que obra con relación al karma humano, y por lo cual deberá conseguir la compensación correspondiente. Todo esto se une, en cierto modo, con este extracto del cuerpo etéreo que se transmite de una encarnación a otra. Este extracto del cuerpo etéreo contiene todo lo que el hombre lleva de una encarnación a otra, y él lo trae consigo cuando vuelve a nacer a una nueva existencia. En la literatura oriental se llama Linga sharira, lo que nosotros denominamos “cuerpo etéreo”, de modo que es un extracto de Linga sharira lo que el hombre lleva consigo de una encarnación a otra.

El Buda decía entonces: “Observad al hombre que, al nacer, trae en su Linga sharira lo que en éste ha quedado depositado de las encarnaciones anteriores, y de lo cual el hombre del actual ciclo evolutivo de la humanidad no tiene conciencia, porque todo está cubierto por la oscuridad del no conocer, pero que, no obstante, se manifiesta como la sed de existencia, el “deseo de vivir”. En lo que se llama el “deseo de vivir”, veía el Buda todo lo que proviene de encarnaciones anteriores y que induce al hombre a la pasión de gozar del mundo, no solamente como peregrino por el mundo de los colores, de los sonidos y las demás sensaciones, sino de desear y de codiciarlo. Esto existe en el hombre como una tendencia, una fuerza que proviene de sus encarnaciones anteriores. Los discípulos del Buda lo llaman “Samskara”; y él decía a sus íntimos discípulos: “Lo característico del hombre actual es su desconocimiento de algo importante que en él mismo existe. Debido a este hecho del no conocer se transforma en sed de existencia, en todas las fuerzas latentes que agitan al hombre y que provienen de encarnaciones anteriores, lo que, de otro modo, se presentaría a él como proveniente de las entidades luciféricas y arimánicas, y con lo cual podría relacionarse conscientemente”. Bajo la influencia del gran Buda, esas fuerzas se llamaban “Samskara”. Y de este Samskara se formó lo que el hombre posee como su pensar actual, y lo que hace que en el actual ciclo evolutivo de la humanidad el hombre, sin esforzarse, no es capaz de pensar objetivamente. Obsérvese bien con qué sutil distinción el Buda aclara a sus discípulos la diferencia entre el pensar objetivo que se basa solamente en los hechos, y el pensar influenciado por las fuerzas que se originan en el “Linga sharira”. Pregúntese cada uno en qué medida se va formando su “opinión” sobre las cosas y las acepta porque le agradan, o, en cambio, porque las considera objetivamente. Todo lo que se considera como verdad, no por el pensar objetivo, sino porque uno ha traído las viejas inclinaciones de encarnaciones anteriores, todo esto forma, según el Buda, un “órgano de pensar interior”. Este órgano de pensar es la totalidad de lo que el

hombre piensa porque en encarnaciones anteriores había tenido estas o aquellas experiencias que como remanentes han quedado en su Linga sharira. De modo que el Buda veía una especie de órgano de pensar interior formado por el complejo del Samskara en el alma del hombre, y decía: “Es esta sustancia del pensamiento que del hombre actual forma lo que se llama su individualidad del presente” - en el budismo es “nombre y forma” o Kamarupa- Otra escuela filosófica lo llama Ahamkara.

El Buda decía a sus discípulos: “En tiempos antiguos, cuando los hombres poseían aún clarividencia y percibían el mundo detrás de la existencia física, veían en cierto modo todos lo mismo, pues el mundo objetivo es igual para todos. Pero cuando el no conocer se había generalizado en el mundo, como oscuridad, cada uno traía predisposiciones individuales que le distinguían de los demás”. Esto hacia de cada individuo un ser que se puede calificar adecuadamente como que posee “esta o aquella forma del alma”. Cada uno tenía un nombre determinado que lo distinguía de su prójimo, un “Ahamkara”, y lo que de la referida manera se engendra en el interior del hombre por efecto de cuanto se ha traído de sus encarnaciones anteriores, habiendo formado “nombre y forma”, o sea la individualidad, va formando ahora desde su interior Manas y los cinco órganos de los sentidos, los así llamados *seis órganos*. Nótese bien que el Buda no decía: “El ojo se ha formado solamente desde lo interior”, sino que decía: “En el ojo se ha involucrado algo que había estado en el Linga sharira y que el hombre ha traído de anteriores estados de existencia”. Por eso la visión del ojo no es pura; percibiría el mundo de la existencia exterior de otra manera, si no estuviese compenetrado interiormente de lo que ha quedado de los anteriores estados de existencia. Y por ello el oído no tiene percepción pura, sino enturbiada, modificada por lo que ha quedado de los anteriores estados de existencia; y esto hace que toda percepción sensorial resulte entremezclada con el deseo de ver esto o aquello, de oír esto o aquello, de gustar o de percibir de esta o aquella manera. En todo lo que se presenta al hombre en el actual ciclo evolutivo, se introduce así cuanto de encarnaciones anteriores ha quedado y que se manifiesta como el “deseo”. Si este deseo que proviene de las encarnaciones anteriores, no se entremezclara en tal sentido - decía el Buda - el hombre percibiría el mundo cual un ser divino, dejaría obrar el mundo sobre sí mismo, sin exigir más y sin desear más de cuanto le es dado. Con su saber y conocer no pasaría de lo que le deparan las potencias divinas; no haría distinción alguna entre sí y el mundo exterior, y se sentiría como parte de éste. Pues sólo por el hecho de que el hombre quiere más y cosas distintas de lo que

el mundo espontáneamente le ofrece para su satisfacción, se siente como un ser separado del resto del mundo, y debido a ello surge en su alma la conciencia de que él es algo distinto del mundo. Si se contentara con lo que el mundo le ofrece, no haría distinción entre sí y el mundo, sino que tendría la sensación de que su propia existencia encuentra su continuación en el mundo externo. Jamás experimentaría lo que se llama contacto con el mundo externo; pues como no estaría separado del mundo, tampoco podría tener contacto con él. Por haberse formado los “seis órganos”, se suscitó paulatinamente el “contacto con el mundo externo” y sólo a través de éste, lo que en la vida del hombre se llama la *sensación*; y debido a ella el “afecto al mundo externo”; mas debido a que el hombre está buscando el afecto al mundo externo, se suscita el dolor, la pena, la preocupación y la pesadumbre.

Esto lo decía el Buda a sus discípulos con referencia a la “interioridad del hombre”, una interioridad que es la causa del dolor y la pena, de la pesadumbre y la preocupación en el mundo humano. Fue una teoría de elevado y fino espíritu, pero una teoría cuya fuente era la vida misma, puesto que un “iluminado” la había concebido como profundísima verdad acerca de la humanidad actual. Al Bodisatva que por muchos milenios había guiado a la humanidad de acuerdo con la doctrina de la piedad y del amor, se le habían revelado ahora, después de haberse elevado al grado de Buda, las causas de la verdadera naturaleza del dolor en la humanidad actual. Así pudo comprender por qué los hombres sufren y de esta manera lo explicó a sus discípulos. Y cuando había llegado a sentir la esencia de la vida humana del actual ciclo evolutivo de la humanidad, lo sintetizó todo en aquel célebre sermón con que inició su actividad como Buda: el *Sermón de Benarés*. Con él enseñó de un modo popular, lo que antes había transmitido a sus discípulos de una manera más íntima: “El que conoce las causas de la existencia humana, sabe que la vida tal cual es, debe contener sufrimiento y dolor. La primera enseñanza que os debo dar, es la *doctrina del sufrimiento*”. La segunda es la de las *causas* del sufrimiento. ¿En qué consisten estas causas?. Residen en el hecho de que en el hombre se introduce el deseo, la sed de existencia, debido a lo que en él ha quedado de sus encarnaciones anteriores. La “sed de existencia” es la causa del sufrimiento. La tercera doctrina es ésta: ¿Cómo se puede eliminar del mundo el sufrimiento?. Se entiende que para eliminarlo habrá que extirpar la “causa”, es decir procurar apagar la sed de existencia que proviene del no conocer. Pues los hombres han pasado del conocimiento clarividente de antes, al no conocer, y éste les oculta el mundo espiritual. El no conocer es la causa de la sed de existencia, y ésta, a su vez, es la causa del sufrimiento y del dolor,

de la preocupación y la pesadumbre. Y para que todo esto desaparezca del mundo, es preciso que desaparezca la sed de existencia. El antiguo conocimiento se ha desvanecido, pues los hombres ya no pueden servirse de los órganos del cuerpo etéreo. Pero un *nuevo conocimiento* es posible para el hombre, o sea del que el hombre se apropia, si se sumerge enteramente en lo que su *cuerpo astral* le puede dar en virtud de sus fuerzas más profundas, apoyándose en lo que los órganos exteriores de los sentidos le permiten observar en el mundo físico externo. Pero lo que por esta observación se suscita en las más profundas fuerzas del cuerpo astral, o sea, lo que se desenvuelve *por medio* del uso del cuerpo físico, pero no *por efecto* de este uso, esto es lo único que al principio puede ayudar al hombre y darle un conocimiento; aquel conocimiento que al principio le es dado. En este sentido habló el Buda en su gran peroración inicial.

Con ello quiso decir: “Debo transmitir a la humanidad aquel conocimiento que le es asequible mediante el máximo desarrollo de las fuerzas del cuerpo astral”. Y por eso el Buda debió enseñar lo que el hombre puede adquirir mediante la poderosa profundización y el sumergimiento en las fuerzas del cuerpo astral. De tal manera, el hombre adquiere un conocimiento que ahora le corresponde y que le es asequible, pero que nada tiene que ver con las influencias de encarnaciones anteriores. El Buda quiso dar a los hombres un conocimiento que en nada se relaciona con lo que oscuramente, merced al no conocer, dormita en el alma humana como Samskara, sino que es un conocimiento que el hombre adquiere, si en una encarnación evoca todas las fuerzas del cuerpo astral. El Buda decía: “La causa del sufrimiento en el mundo proviene del hecho de que de las encarnaciones anteriores subsiste algo de que el hombre nada sabe. Lo que él retiene de sus encarnaciones anteriores es la causa de su no conocer nada del mundo, y esto es la causa del sufrimiento y del dolor, de la pesadumbre y la preocupación. Pero si él llega a ser consciente de las fuerzas que se hallan en su cuerpo astral y que él puede emplear, entonces puede, si él quiere, adquirir un conocimiento independiente de todo lo anterior, un conocimiento suyo propio”.

Esto es el conocimiento que el Buda quiso dar a los hombres por medio del “Sendero de ocho etapas”, en que se indican las fuerzas que el hombre debe desarrollar a fin de adquirir en el actual ciclo evolutivo de la humanidad un conocimiento no influenciado por las reencarnaciones sucesivas. Por la fuerza que el Buda mismo había alcanzado, él elevó su alma a lo que es posible adquirir por las fuerzas supremas del cuerpo astral; y en el “Sendero de ocho etapas” quiso señalar a la humanidad el camino que conduce al

conocimiento no influido por Samskara. Lo definió de la siguiente manera: El hombre llega a obtener semejante conocimiento del mundo, si con relación a cada cosa se forma un correcto concepto, que nada tenga que ver con simpatía o antipatía o, quizá, porque sea de su agrado, sino esforzándose en obtener el concepto correcto de cada cosa, puramente según los fenómenos que se le presentan en su aspecto exterior. Esto es lo primero: formarse el “concepto correcto” de una cosa. En segundo lugar es preciso volverse independiente de cuanto ha quedado de las encarnaciones anteriores y esforzarse en juzgar también de acuerdo con nuestro concepto correcto; no por cualesquiera otras influencias, sino únicamente de acuerdo con el concepto correcto que nos hayamos formado al respecto. El segundo factor consiste, pues, en el “juzgar correcto”. En tercer lugar se trata de que, cuando nos dirigimos al mundo, hemos de esforzarnos en expresar también correctamente lo que queremos comunicar, de acuerdo con nuestro concepto correcto y juicio correcto; esto requiere que a nuestras palabras no agreguemos nada, aparte de aquello que realmente es nuestra opinión; y no solamente a nuestras palabras, sino a todo lo que sea expresión de nuestro ser. En el sentido de Buda, esto es la “palabra correcta”. En cuarto lugar es preciso esforzarnos en no actuar según nuestras simpatías y antipatías, ni tampoco según aquello que sombríamente nos agita como Samskara, sino en tratar que se convierta en acción lo que hayamos captado como el concepto correcto, el juicio correcto y la palabra correcta. Esto es, por consiguiente, la acción correcta, el “modo correcto de actuar”. La quinta capacidad que el hombre necesita para liberarse de lo que vive en él, es adquirir la correcta posición, la situación correcta en el mundo. Veremos claramente a que se refería el Buda, si nos decimos: hay tantas gentes que no están contentas con su quehacer en el mundo y que piensan que en esta o aquella posición podrían desenvolverse mejor. Pero el hombre debiera hacer lo posible a fin de alcanzar lo mejor que pueda dentro de la situación en que ha nacido o en que el destino le ha colocado, quiere decir, situarse en la mejor “posición”. Quien no se sienta conforme con la situación en que se encuentra, tampoco podrá ganar de ella la fuerza que le pueda conducir al correcto actuar en el mundo. A esto el Buda lo llama conquistar la “posición correcta”. El sexto paso consiste en que hagamos todo lo posible para que lo ya alcanzado, o sea, el concepto correcto, el correcto juzgar, etc., se transforme en nuestra actitud habitual. En la infancia tenemos esta o aquella inclinación o hábito. Pero el hombre debe esforzarse en no conservar los hábitos que provienen del Samskara, sino en adquirir los hábitos en que se convierten gradualmente el correcto concepto, el correcto juzgar, la correcta palabra, etc. Estos son los

“correctos hábitos” que debemos adquirir. En séptimo lugar debiéramos poner orden en nuestra vida de tal manera que en nuestro actuar de hoy jamás nos olvidemos de lo realizado ayer. No alcanzaríamos nada en la vida, si cada vezuviésemos que volver a aprender nuestras habilidades. El hombre debiera tratar de formarse pensamientos y memoria de todo lo relativo a su existencia y, constantemente debiera aprovechar lo ya aprendido, enlazando el presente con el pasado. Esta es la “memoria correcta” - sentido budista - del que el hombre debe apropiarse en el sendero de ocho etapas. La octava facultad consiste en que el hombre, sin predilección por esta o aquella opinión, sin dejarse guiar por lo que le ha quedado de encarnaciones anteriores, logre entregarse puramente a las cosas, las contemple y las deje hablar a si mismo, con exclusión de todo lo demás. Esta es la “contemplación correcta”.

He aquí el “Sendero de ocho etapas” del cual el Buda decía a sus discípulos que su observancia conduciría, paso a paso, a apagar la sed de existencia que es la causa del sufrimiento, y a dar al alma lo que la libera de todo aquello que proviene de las vidas pasadas y que la reduce a la esclavitud. Con ello también pudimos acoger algo del verdadero espíritu y del origen del budismo, pero también sabemos lo que significa que el antiguo Bodisatva se haya convertido en Buda. Sabemos que el antiguo Bodisatva siempre había dado a la humanidad todo lo relacionado con su misión. En los tiempos antiguos, antes que el Buda entrase en el mundo, la humanidad no fue capaz, de modo alguno, de emplear las fuerzas interiores para suscitar espontáneamente la correcta palabra, el correcto juicio, etc. Para tal fin, influencias de los mundos espirituales debieron obrar sobre el hombre. El antiguo Bodisatva las hacia descender. Y por ello fue un acontecimiento único en su género, cuando el Bodisatva llegó a ser Buda para enseñar lo que en tiempos pasados había hecho fluir en la humanidad. Esto quiere decir que finalmente pudo encarnarse en un cuerpo capaz de desarrollar en si mismo las fuerzas que antes sólo descendían de lo alto. Fue un primer cuerpo de este género, con el cual se hizo presente en el mundo todo aquello que el Buda anteriormente había hecho descender. Pero tal hecho tiene una enorme importancia, de gran alcance para toda la evolución terrestre, cuando lo que de época en época fluía desde lo alto a la Tierra, haya vivido una vez sobre ella, personificado en una individualidad. Desde entonces constituye una fuerza que puede transmitirse a todos los hombres. Y en el cuerpo del Gautama Buda tenemos las causas por las que los hombres pueden desarrollar en sí mismos las fuerzas del Sendero de ocho etapas, en todos los tiempos y hasta el lejano porvenir; de modo que el Sendero de ocho etapas puede convertirse en

patrimonio de todo hombre. El hecho de que el Buda haya vivido sobre la Tierra, dio a los hombres la posibilidad del correcto pensar, y todo lo que en este sentido sucederá hasta que toda la humanidad haya adquirido las fuerzas del sendero de ocho etapas, lo tendrá que agradecer a la existencia del Buda. Todo lo que el Buda tenía en sí, lo donó al hombre como alimento espiritual.

Semejantes verdades de la evolución humana aún no forman parte de la ciencia exterior. Sin embargo, frecuentemente las encontramos en los más simples cuentos y leyendas. Muchas veces he destacado que en cuentos y leyendas puede haber más sabiduría y más ciencia que en nuestra ciencia objetiva. En lo profundo, el alma humana siempre ha sentido lo importante de la verdad que hay en una entidad como el Bodisatva en cuanto al hecho de que primero fluye algo desde lo alto que más tarde se convierte gradualmente en idoneidad del alma humana y que después resplandece del alma humana hacia el espacio cósmico. Los hombres que lo sintieron hasta cierto grado, lo formularon así: “Así como los rayos del sol irradian al espacio celeste, así también la fuerza del Bodisatva, en tiempos pasados, irradiaba hacia la Tierra las fuerzas de la doctrina de la piedad y del amor, que son las fuerzas del sendero de ocho etapas; pero más tarde el Bodisatva vino a habitar un cuerpo humano y donó a los hombres lo que antes había sido lo suyo propio. Esto vive ahora en la humanidad e irradia hacia el espacio cósmico del mismo modo que la luz de la luna refleja en el espacio cósmico los rayos del sol”. A esto siempre se ha dado mucha importancia en los lugares en que semejante verdad se expresaba por medio de cuentos y leyendas, y para expresar esta verdad referente al Buda, se ha creado una memorable leyenda en las regiones donde él ha actuado. A este gran acontecimiento se ha dado expresión mediante el sencillo relato siguiente.

Una vez el Buda vivió como liebre, y esto sucedió en un tiempo en que los más diversos seres vivientes estaban buscando alimento, sin encontrarlo, pues todo se había agotado. Los vegetales que para la liebre servían de alimento apropiado, no servían, en cambio, a los seres carnívoros. Entonces la liebre, que en realidad era el Buda, viendo venir a un Brahmán, decidió sacrificarse y ofrecerse como alimento. En el mismo instante vino el Dios Sakra y vio la abnegada disposición al sacrificio de la liebre. Súbitamente se abrió entonces una hendidura en la roca y recogió a la liebre. Acto seguido, el Dios tomó una tintura y dibujó en la luna la imagen de esta liebre. Desde aquel tiempo se ve en la luna la imagen del Buda como liebre. En Occidente no se habla de la liebre sino del “hombre en la luna”, lo que se debe al aspecto distinto que el disco lunar ofrece allí en el hemisferio septentrional.

Más comprensible aún lo expresa un cuento calmuco: “En la luna vive una liebre desde que en tiempos pasados el Buda se ofreció en sacrificio y el Espíritu de la Tierra mismo dibujó en la luna la imagen de la liebre”. Esto es la expresión de la gran verdad de que el Bodisatva llegó a ser el Buda y que el Buda mismo se ofreció en sacrificio para dar a la humanidad, como nutrición, lo que era el contenido de todo su ser, para que ahora, el corazón de los hombres pueda irradiar en el mundo.

De una entidad como el Bodisatva que se ha hecho Buda, hemos dicho (y esto coincide con las enseñanzas de los iniciados): el hecho de que tal entidad del grado de Bodisatva se haya elevado al Buda, significa que se trata de su última encarnación en la Tierra, encarnación en que todo su ser se manifiesta en un cuerpo humano, y semejante entidad ya no vuelve a pasar por otra encarnación de tal índole. Por esta razón, cuando el Buda sintió lo que era el significado de aquella existencia, pudo decir: “Esta es la última de mis encarnaciones; no habrá otra más sobre la Tierra”. A pesar de ello, sería un error creer que semejante entidad se retirara entonces de toda existencia terrena; por el contrario, sigue obrando sobre esta vida; no penetra, por cierto, directamente en un cuerpo físico, sino que adopta un cuerpo de otra índole - sea que esté formado de naturaleza astral, o bien etérea - y actúa así en el mundo. La manera cómo obra después de haber cumplido su última encarnación, será como sigue.

Puede suceder que a un hombre; constituido por cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y el yo, lo compenetre, por decirlo así, semejante entidad. Ella, que no volverá a vivir en un cuerpo físico, pero que aún posee un cuerpo astral, puede penetrar en el cuerpo astral de otro hombre. Obra entonces en tal hombre físico, y éste puede llegar a ser una importante personalidad, desde que en él actúan entonces las fuerzas de una entidad que ya ha pasado por su última encarnación sobre la Tierra. De esta manera, semejante entidad astral se une con la naturaleza astral de un hombre sobre la Tierra. Una conjunción de esta índole puede tener lugar de la manera más complicada. Cuando el Buda apareció a los pastores en la imagen de los “ejércitos celestiales”, no se les apareció en un cuerpo físico sino en un cuerpo astral. Se había revestido de un cuerpo mediante el cual le fue posible obrar sobre la Tierra, desde las alturas. En semejante entidad que se ha hecho Buda, se hace pues distinción entre tres cuerpos:

1. El cuerpo que esta entidad posee, antes de ser el Buda, cuando como Bodisatva obra desde las alturas; este cuerpo no contiene todos los

requisitos para poder obrar; se halla aún en las alturas y está vinculado con su misión anterior, como lo fue el Bodisatva en el Buda, antes de transformar su misión en la del Buda. Mientras semejante entidad se halle en tal cuerpo, éste se llama Darmakaya.

2. El cuerpo que tal entidad se forma y mediante el cual pone en evidencia, en su cuerpo físico, todo lo que ella reúne en su ser: este cuerpo se llama el “cuerpo de la perfección” o Samboyakaya.
3. El cuerpo con que tal entidad se reviste después de haber pasado por la perfección y que le permite obrar desde las alturas de la manera señalada; este cuerpo se llama Nirmanakaya.

Resulta pues que podemos decir: el “Nirmanakaya” del Buda apareció a los pastores en forma de la multitud de los ángeles. El Buda resplandeció en su Nirmanakaya, y de esta manera se manifestó a los pastores. Pero debió continuar el camino a fin de actuar dentro de los acontecimientos palestinenses en aquel importante momento. Esto se realizó de la siguiente manera.

Para comprenderlo, hemos de recordar brevemente lo que en otras conferencias hemos dicho acerca de la naturaleza del ser humano. Sabemos que en la ciencia espiritual se hace distinción entre varios “nacimientos”. Cuando tiene lugar el “nacimiento físico”, el hombre se quita, en cierto modo, la envoltura física materna; a los siete años de edad se desprende de la envoltura etérea que hasta entonces, es decir hasta la segunda dentición, lo había envuelto, igual que la envoltura física materna lo había envuelto hasta el nacimiento físico; y al llegar a la pubertad (en nuestros tiempos a los 14, 15 años) el hombre se desprende de lo que hasta entonces tenía como una envoltura astral. Por lo tanto, el cuerpo etéreo del hombre recién a los siete años nace en realidad como cuerpo libre hacia lo externo, y su cuerpo astral nace con la pubertad, cuando se separa la envoltura astral exterior. Tengamos ahora presente qué es lo que el hombre se quita a la edad de la madurez sexual, evento que en la región en que tuvo lugar el acontecimiento palestinense solía producirse normalmente a los doce años; ésta fue entonces la edad de quitarse la envoltura astral materna. Comúnmente, esta envoltura se separa y se la abandona al mundo astral exterior. Pero en el caso del niño que descendía de la línea sacerdotal de la estirpe de David, ocurrió algo distinto. A los doce años se desligó la envoltura astral, pero no se disolvió en el mundo astral universal, sino que tal como fue, como envoltura astral protectora del adolescente, con todas sus fuerzas vivificadoras que entre la segunda dentición

y la pubertad habían penetrado en ella, confluyó entonces con el Nirmanakaya del Buda que había descendido desde las alturas. Lo que apareció como el resplandor de la multitud de los ángeles, se unió con lo que se desligó como envoltura astral del niño Jesús de doce años, uniéndose así con todas las fuerzas juveniles, que al hombre lo mantienen joven en el período entre la segunda dentición y la pubertad. El Nirmanakaya del Buda que desde el nacimiento había irradiado sobre el niño Jesús, se unificó con lo que en la pubertad se desligó de este niño como su juvenil envoltura materna astral; esto lo acogió el Nirmanakaya, uniéndose y *rejuveneciéndose* con ello. Gracias a este rejuvenecimiento, fue posible que lo que antes el Nirmanakaya había dado al mundo, pudiera entonces reaparecer en el niño Jesús con todo el *candor de la niñez*. Con ello, este niño adquirió la posibilidad de hablar con sencillez infantil sobre la sublime enseñanza de la piedad y del amor, la que en forma tan complicada hemos expuesto en esta conferencia. En la escena de la presentación de Jesús en el Templo, este niño habló de un modo que asombró a los que estaban presentes, porque le iluminaba el Nirmanakaya del Buda, rejuvenecido por la fuerza de la envoltura astral materna del adolescente.

Esto es algo que el investigador espiritual puede saber y que el autor del Evangelio de Lucas misteriosamente ha descrito en la singular escena del Jesús de doce años en el Templo, donde de improviso se volvió otro. Esta es la razón por la que en este Evangelio se enseña el budismo de un modo comprensible hasta para la sencillez de un niño. Hemos de comprenderlo para llegar a saber por qué el *Buda* a través del adolescente no habla más como había hablado antes. Tal como él había hablado antes, habla en nuestros tiempos el rey tibetano Kanisha que en un sínodo en la India hace predicar el antiguo budismo como doctrina ortodoxa. Pero, entretanto, el Buda ha *progresado*, pues ha acogido en sí mismo las fuerzas de la envoltura astral materna del niño Jesús, por lo cual se ha hecho capaz de hablar de una manera nueva al ánimo del hombre.

Por esto el Evangelio de Lucas contiene el budismo en una forma rejuvenecida y debido a ello transmite la religión de la piedad y del amor de un modo fácilmente comprensible para el ánimo más sencillo. Pero contiene algo más. En esta conferencia, sólo pudimos exponer una parte de lo que contiene la escena de la presentación en el Templo; hemos de dilucidar aún más los fundamentos de este misterio, y así se proyectará luz sobre los períodos anteriores como asimismo posteriores de la vida de Jesús de Nazareth.

CAPÍTULO IV EL NUEVO ADAN Y LA INDIVIDUALIDAD DE ZOROASTRO

En esta y las próximas conferencias hablaremos de hechos cada vez más sutiles en cuanto al contenido de los Evangelios, principalmente del Evangelio de Lucas. Por esta razón, habrá que tomar en cuenta la relación de una conferencia con otra, porque no es posible comprenderlas separadamente, y habrá que tenerlo presente sobre todo con respecto a esta y la próxima conferencia, como asimismo con relación a otros ciclos de conferencias sobre el particular.

Al finalizar la conferencia anterior, hemos dicho que nuestro mundo ha visto el Nirmanakaya del Buda en el momento al que el Evangelio de Lucas describe como la anunciación a los pastores. Hemos dicho que el rejuvenecimiento del budismo y su confluencia con el cristianismo, se debe a que, a los doce años de la vida del niño Jesús, el cuerpo astral materno que con la pubertad se separa del organismo humano, ha sido acogido por el Nirmanakaya del Buda, unificándose con él. Por lo tanto, desde aquel momento, se nos presenta una entidad constituida por el Nirmanakaya o cuerpo espiritual del Buda y el cuerpo astral que, como envoltura astral materna, se separó del niño Jesús, cuando había llegado a los doce años de edad.

Ahora hemos de considerar lo siguiente. Por lo común, cuando, en la evolución del ser humano, el cuerpo astral materno se desprende, y nace el propio cuerpo astral del hombre, la envoltura astral materna se disuelve en el mundo astral universal. La envoltura astral materna del hombre normal de nuestra era, no sería apropiada para incorporarse a una entidad tan sublime como lo fue el Buda en su Nirmanakaya. Por consiguiente, esta envoltura astral materna del niño Jesús que, por su unión con el Nirmanakaya del Buda, rejuveneció a todo el budismo, debía tener una particularidad especial; dicho en otras palabras, en el niño Jesús debía haber una entidad de singulares características, para que de ella, en los primeros doce años de su vida, pudieran irradiar las fuerzas que dotaron su envoltura astral materna de las fuerzas rejuvenecedoras a que nos hemos referido. Debía de tratarse, pues, no

de una naturaleza humana común, sino de una entidad de propiedades particulares la que vivió en el niño Jesús hasta los doce años, y que luego fue capaz de irradiar en la envoltura astral materna todas las fuerzas que provocaron aquel rejuvenecimiento.

Para formarnos una idea de cómo es posible que un niño pueda ejercer sobre sus envolturas una influencia totalmente distinta a lo que sucede en condiciones normales, hemos de servirnos de una comparación a fin de hacer comprensible lo que realmente tuvo lugar en aquel tiempo.

Si observamos el desarrollo normal de una vida humana desde el nacimiento hasta los veinte, treinta o cuarenta años de edad, podemos contemplar cómo van manifestándose las distintas fuerzas latentes del germen y las que el hombre trae consigo al nacer. El niño se desarrolla físicamente, pero también espiritualmente; las fuerzas del alma se desenvuelven paso a paso (véase mi libro “La educación del niño a la luz de la Antroposofía”). Trátese de tener presente cómo en el niño se desarrollan gradualmente las fuerzas del ánimo y del intelecto, y que a los siete, catorce o veintiún años de edad se manifiestan estas o aquellas fuerzas que antes no existían, o que otras fuerzas se han desarrollado en mayor medida, etc. Esto es así en condiciones normales de la vida; pero hagamos ahora un experimento con otra característica de vida: Supongamos que a un hombre recién nacido le diéramos la posibilidad de desarrollarse, no tan normal y medianamente como es el caso en nuestro ciclo evolutivo, sino que artificialmente le diéramos la oportunidad de apropiarse, con cierta agilidad, lo que normalmente se aprende desde los doce a los dieciocho años de edad, de apropiárselo, no de la manera corriente, sino de aprehenderlo en el alma con una agilidad especial; es decir, que el alma lo haga suyo, no como lo hacen los demás, sino de manera que active su desarrollo con cierto poder “inventivo”. Si artificialmente quisiéramos hacer de él un hombre de singular productividad, no deberíamos dejarle desarrollarse tal como otros niños comúnmente se desarrollan.

Se trata, pues, de una especie de hipotético experimento de vida; pero hago notar, expresamente, que lo doy como un ejemplo hipotético y no en sentido de llevarlo a la práctica; lo empleo en forma de una comparación y no para recomendarlo como un ideal pedagógico.

Supongamos que de un hombre quisiéramos hacer un genio particularmente inventivo, que no sólo sea capaz de vivificar la facultad intelectual, sino de continuar su desarrollo creativo para convertir estas facultades en mayor productividad, cuando llegue a la edad madura. Para este fin, ante todo tendríamos que impedir que este niño, a los seis o siete años de

edad, empezara a aprender las mismas materias que otros niños aprenden, sino que, desde la referida edad, se le enseñaría lo menos posible de lo que a los demás se les enseña. Hasta los diez u once años, tendríamos que permitirle quedarse con sus juegos infantiles, dándole lo menos posible de educación escolar; de modo que, quizás, a los nueve años aún no supiera sumar, y que a los ocho todavía tuviera dificultad de leer. Sólo a los ocho o nueve años tendríamos que empezar con lo que comúnmente se enseña a partir de los seis o siete años. Porque a esa edad las fuerzas del ser humano llegan a desarrollarse de manera que el alma asimila, de un modo distinto, lo que se le enseña. Semejante niño conservaría hasta los diez u once años las fuerzas de la niñez que, de otro modo, son sofocadas por la instrucción normal, y así se dedicaría a todo lo que se le enseña con una fuerza anímica mucho más fervorosa, captándolo de una manera muy distinta. Sus facultades se transformarían y llegarían a ser particularmente productivas. En otras palabras, habría que conservar en lo posible las cualidades de la niñez; entonces, el clarividente notaría que la envoltura astral que se separa con la pubertad, tendría en realidad fuerzas muy distintas de las que se obtienen comúnmente; tendría, en efecto, fuerzas frescas y juveniles. Semejante envoltura astral sería entonces apropiada para una entidad como lo fue, en nuestro caso, el Nirmanakaya del Buda. Por medio de semejante experimento se obtendría, no solamente la extensión del período de la juventud, sino también el efecto de que ciertas fuerzas juveniles penetrarían en la envoltura astral materna, fuerzas que después podrían emplearse en el mundo, de manera que un ser que descendiera de las alturas espirituales, podría de ellas nutrirse y rejuvenecerse.

Empero, este experimento no debería hacerse; pues no es un ideal de educación. En nuestros tiempos, el hombre debe aún dejar ciertas cosas al criterio de los dioses. Los dioses saben hacerlo, los hombres aún no pueden realizarlo adecuadamente. Si hubiera, por ejemplo, una personalidad que en un determinado campo actuara en forma fecunda y, si de ella se dijera que durante mucho tiempo parecía ingenua y de poco talento, y que sólo más tarde se ha “despabilado”, se podría decir que los dioses, hicieron el experimento, ellos han conservado la candidez de tal hombre durante aquellos años, capacitándole así para aprender sólo más tarde lo que normalmente se aprende mucho antes. Esto se evidenciará principalmente en niños con facilidad de captar lo que se les cuenta, pero que, cuando van a la escuela, en realidad no tienen voluntad de aprender nada. En estos casos, son los dioses quienes hacen el referido experimento de vida.

Algo similar, pero en medida infinitamente mayor, debe de haber tenido lugar en el niño que vivió como Jesús y que a su debido tiempo debió dar al Nirmanakaya del Buda la inmensamente fecunda envoltura astral materna, y realmente fue así. Estamos tocando un hecho misterioso, frente al cual cada uno es libre de creer o no, pero que hoy puede exponerse ante un auditorio de cierta preparación antroposófica, y que incluso puede verificarse. Examinándolo a la luz de todos los hechos, según los textos del Evangelio o de cuanto dice la historia exterior, se confirmará todo a través de los hechos del plano físico, siempre que se los consulte en forma adecuada, sin juzgar precipitadamente. Lo que dice el ocultista, como mensaje recibido desde los mundos superiores, lo transmite a la humanidad como constancia y, si lo ha recibido de las fuentes verdaderas, dirá: “Podéis examinarlo con toda severidad; si lo examináis de la debida manera, lo veréis confirmado por los documentos escritos o por los resultados de la ciencia natural”. A los padres de que habla el Evangelio de Lucas, nació, pues, un niño de singulares cualidades, un niño dotado de fuerza juvenil, fuerzas de la niñez de características particulares, que luego se conservaron robustas y sanas en todo sentido y con todo su vigor.

Bajo las condiciones corrientes de aquel tiempo no hubiera sido posible encontrar un niño, ni tampoco padres, con las requeridas fuerzas de niñez y de infancia. En toda la humanidad y, considerando solamente las condiciones normales de aquel tiempo, no se hubiera encontrado en parte alguna la individualidad y los padres necesarios para semejante encarnación, si no se hubieran dado otras posibilidades de singulares características; sólo lo podemos comprender si recordamos ciertos hechos de la ciencia espiritual antroposófica.

Sabemos que el origen de la actual humanidad se remonta, a través de diversas épocas, a una humanidad primitiva de la antigua Atlántida, y ésta, a su vez, se remonta a la humanidad de la antigua Lemuria. La ciencia espiritual nos revela, sobre el curso de la evolución de la humanidad, hechos bien distintos de lo que nos dice la ciencia natural exterior, la que sólo puede basarse en los hechos del mundo físico. La ciencia espiritual nos enseña que la humanidad ha pasado por el periodo evolutivo de la cultura grecoromana, precedida por las culturas egipcio-caldea, la antigua persa y la antigua india, respectivamente. Así nos remontamos a ese gran cataclismo que se produjo entonces, y que cambió enteramente la faz de nuestra Tierra. Anteriormente, hubo un vasto continente en las regiones en que hoy se extiende el Océano Atlántico; ese continente era la antigua “Atlántida”, mientras gran parte de las

regiones ahora habitadas por la humanidad europea, asiática y africana, estaba cubierta por el mar. Con el gran cataclismo atlante que se desarrolló en el elemento agua de nuestra Tierra, la faz de ésta cambió por completo. Antes, la parte principal de la humanidad vivía en la Atlántida, donde transcurrió su evolución. Eran seres humanos de una organización distinta a la del hombre actual. Los grandes conductores y sacerdotes de aquella humanidad vieron acercarse la catástrofe atlante y, debido a ello, condujeron a las poblaciones hacia el Este y, en parte, hacia el Oeste. Estos últimos hombres fueron los predecesores de la posterior población americana. Debemos, pues, buscar entre los antiguos atlantes los predecesores de la actual humanidad. Los pueblos atlantes eran, a su vez, descendientes de otros pueblos más antiguos aún, muy distintos de aquellos y que habitaban un continente situado entre los actuales territorios de Asia, África y Australia, llamado la antigua “Lemuria” (véase mi libro “Ciencia Oculta”).

Si, por medio de la Crónica del Akasha, dirigimos la mirada retrospectiva a los tiempos más antiguos, nos sorprende encontrar en ella pruebas maravillosas de todo el contenido de los documentos bíblicos, y sólo así llegamos a comprenderlos de la justa manera. Por ejemplo, ¿qué problema más difícil ha sido para la ciencia exterior, el de saber si es verdad lo que se lee en la Biblia acerca de nuestros “únicos primeros padres”, Adán y Eva, de los que toda la humanidad trajese su origen! Es un problema que desde el punto de vista de la ciencia natural ha sido muy discutido, principalmente alrededor de la mitad del siglo XIX. Resumiendo lo que nos dice la Crónica del Akasha, sabemos que la evolución de la Tierra ha tenido largos períodos prehistóricos, y que también la época de Lemuria ha sido precedida de otra anterior. Además, sabemos que la “Tierra” es la reincorporación de anteriores estados planetarios, a saber: la antigua Luna, el antiguo Sol y el antiguo Saturno. La Tierra misma, tal como ha progresado en su evolución, ha tenido la misión de agregar, a los tres cuerpos desarrollados durante sus estados planetarios anteriores - el cuerpo físico, sobre Saturno, el cuerpo etéreo, sobre el Sol y el cuerpo astral, sobre la Luna - el Yo, como cuarto vehículo del ser humano. Todo lo que ha precedido a la época de Lemuria, sólo ha sido la preparación de esa misión de la Tierra. Durante la época de Lemuria, el hombre se desarrolló de tal manera que llegó a ser capaz de forjar el cuarto vehículo, su Yo. En esa época empezó a formarse el germen para engendrar el Yo dentro de los tres vehículos que el hombre había adquirido en el pasado. Así que podemos decir: Gracias a las transformaciones que han tenido lugar sobre la Tierra, se han ejercido sobre el hombre tales efectos que llegó a ser

capaz de convertirse en *portador de un Yo*. Antes del período de Lemuria, la Tierra estaba también poblada, pero por hombres de una forma totalmente distinta, que aún no eran “portadores de un Yo”, sino que sólo habían desarrollado lo que ellos, como cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral, habían traído consigo de los estados planetarios anteriores: Saturno, Sol y Luna. Sabemos cuáles fueron los procesos, en todo el universo, que condujeron al hombre a este grado de su madurez evolutiva; sabemos que, al principio de nuestra actual evolución, la Tierra estaba unida con el Sol y la Luna, y que después, en primer término, el Sol se separó, dejando un cuerpo planetario compuesto de nuestra Tierra y nuestra Luna. Pero también sabemos que, si la Tierra hubiera quedado unida con la Luna, todo ser humano que entonces existió como tal, se habría endurecido, momificado; se habría tornado leñoso. Para evitarlo, hubo que arrojar de la Tierra, todo lo que en la Luna había de substancias y entidades. En consecuencia, el cuerpo humano se salvó del endurecimiento; el hombre pudo darse su forma actual; mas sólo después de haberse separado la Luna, le fue dada la posibilidad de ser “portador de un Yo”. Pero lo descrito no se realizó todo a la vez. Primero, el Sol se separó lentamente de la Tierra, y mientras la Luna estaba aún dentro de la Tierra, hubo un periodo de condiciones que no permitían proseguir la evolución de la humanidad; la materia física se densificó cada vez más, de modo que el cuerpo humano realmente empezó a endurecerse. Las que entonces fueron almas humanas, pero de un grado evolutivo inferior, ya pasaban, igual que las almas humanas lo hacen ahora, por encarnaciones sucesivas; lo que equivale a decir que el ser interior del hombre abandona el cuerpo, pasa por el mundo espiritual, para reaparecer en una nueva encarnación. Antes que la Luna se separara de la Tierra, se produjeron condiciones de singular característica: hubo un estado difícil para proseguir la evolución. Ciertas almas humanas que habían dejado su cuerpo y que habían entrado en el mundo espiritual, encontraron en la Tierra, al querer reencarnarse, la sustancia humana tan dura y leñosa que no pudieron volver a encarnarse. Fue un período en que las almas que querían volver a la Tierra, no encontraron ninguna posibilidad de reencarnarse, porque los cuerpos sobre la Tierra no eran apropiados para ellas. Únicamente las almas más fuertes pudieron dominar la materia y la sustancia que en el ínterin se habían endurecido, y así encarnarse. Las demás debieron retornar al mundo espiritual, sin poder descender. Hubo cada vez menos almas fuertes capaces de dominar la materia y de poblar la Tierra. Antes de la época de Lemuria hubo pues un período en que gran parte del planeta quedó despoblada, porque las almas, al

querer descender, no encontraron cuerpos apropiados. ¿Qué sucedió entonces con estas almas?

Fueron dirigidas hacia los demás planetas que mientras tanto se habían formado del conjunto de la sustancia. Ciertas almas fueron dirigidas hacia Saturno, otras hacia Júpiter, Marte, Venus o Mercurio, en tanto que, durante el largo “invierno terrestre”, únicamente las almas más fuertes pudieron descender a la Tierra. Las almas más débiles debieron quedar al amparo de los demás planetas de nuestro sistema solar.

Durante la época de Lemuria hubo, efectivamente, un período del que se puede afirmar - siquiera aproximadamente - que existió, como nuestros primeros padres, una *pareja principal* que había conservado la fuerza para vencer a aquella resistente sustancia humana, incorporarse sobre la Tierra, y así “subsistir”, en cierto modo, durante todo aquel período terrestre. Ese fue, a la vez, el tiempo en que la Luna se separó de la Tierra. Gracias a la separación de la Luna, fue nuevamente posible que la sustancia humana se utilizase y se volviese apropiada para recibir las almas débiles; de manera que los descendientes de la única “pareja principal” pudiesen existir en una sustancia más blanda que la de los hombres que habían vivido antes de la separación de la Luna. A partir de ese momento, todas las almas que habían sido enviadas a Marte, Júpiter, Venus, etc., paulatinamente volvieron a la Tierra y, con el aumento de la población, por descendencia de la “pareja principal”, resultó que las almas que desde el universo retornaran a la Tierra, se convirtieran en descendientes de aquella pareja. De tal suerte, nuestro planeta volvió a poblarse. Durante la última parte de la Lemuria, hasta muy avanzada la época atlante, continuaron descendiendo las almas que en los demás planetas habían aguardado el momento propicio para volver a encarnarse sobre la Tierra. De esta manera, se formó la población atlante, cuyos conductores fueron los iniciados de los “Oráculos”. Estos últimos los he caracterizado de la siguiente manera.

En la antigua Atlántida hubo grandes centros de conducción de la humanidad. Según su orientación, y en virtud de la diversidad de los hombres de aquel tiempo, esos centros se llamaron los “Oráculos de Marte”, “Oráculos de Júpiter”, “Oráculos de Saturno”, etc. Para las almas humanas que en Marte habían aguardado su tiempo, hubo que crear enseñanza y conducción en los oráculos de “Marte”; para las almas que habían vivido en Júpiter, en los oráculos de “Júpiter”, etc. Sólo pocos hombres selectos pudieron recibir su instrucción en el gran “Oráculo del Sol” de la Atlántida. Eran los hombres que, como descendientes, estaban más estrechamente vinculados con la

“pareja principal” que había subsistido a través de la crisis terrestre. A estos primeros padres, la Biblia les ha dado el nombre de “Adán y Eva”. Así vemos que la Biblia concuerda con los hechos de la Crónica del Akasha, de modo que su texto se confirma incluso en donde su contenido nos parezca inverosímil. Al frente del Gran Oráculo del Sol que ejercía la conducción superior de los demás, oficiaba el más grande de los iniciados, el gran iniciado del Sol, el que fue, a la vez, el “Manu”, o sea, el ductor de la población atlante, el que, al acercarse la catástrofe atlante, tuvo que hacerse cargo de la misión de transmigrar hacia el Este, con los hombres a los que él consideraba idóneos para fundar un centro primitivo de una cultura post-atlante. Empero, entre los que este iniciado reunía inmediatamente en torno de él, hubo, ante todo, hombres que en lo posible debieron ser descendientes directos de las almas que habían trascendido el “invierno de la Tierra”, de modo que, por decirlo así, eran descendientes directos de Adán y Eva, la primera “pareja principal”. A esos hombres se les dispensaron especiales cuidados dentro del ambiente del gran iniciado del Oráculo del Sol, y ellos fueron instruidos de manera que en los momentos apropiados de la evolución de la humanidad, y desde el centro dirigido por el gran Manu, hubiese siempre la posibilidad de hacer fluir en el mundo los estímulos adecuados. Supongamos, por ejemplo, que en algún momento de la evolución de la humanidad se hiciera necesario un rejuvenecimiento de la cultura, vale decir, que hubiera que dar un nuevo impulso a lo tradicionalmente conservado y ya “envejecido”, infundiendo en la cultura un nuevo elemento: con tal fin, las providencias necesarias debieron tomarse directamente en el centro del iniciado del Oráculo del Sol, y esto se hacía de la manera más variada.

Durante los primeros tiempos de la evolución post-atlante, pudo suceder que, desde el sitio de un oráculo, hombres especialmente preparados fuesen enviados a este o aquel territorio, y que ellos, como resultado de su cuidadosa educación, llevasen a esos territorios lo que justamente hacía falta a los respectivos pueblos. Desde ese mismo oráculo, escondido en determinada región de Asia, siempre se tomaron las medidas necesarias para que las distintas culturas pudiesen ser influidas de la manera correspondiente.

Ahora bien, cinco o seis siglos después del tiempo del gran Buda había llegado un momento de singular característica. Fue entonces necesario rejuvenecer al budismo. Lo que el gran Buda había dado como una antigua, madura y elevadísima concepción del mundo, debió sumergirse en una fuente de rejuvenecimiento para presentarse a la humanidad con fuerzas juveniles. A la humanidad debieron proveerse bien definidas fuerzas juveniles. Estas

fuerzas de juventud no podían encontrarse en una individualidad cualquiera que hubiera trabajado por allá en el mundo. Pues, el que trabaja para el mundo, va gastando sus fuerzas; y desgastar fuerzas significa precisamente “envejecer”. Podríamos remontarnos a los tiempos pasados y encontraríamos que surgen culturas, una tras otra: primero, la antigua cultura india; luego, la antigua persa; más tarde, la egipcio-caldea; etc., y notaríamos que en todas ellas hubo grandes e importantes conductores de la humanidad. Todos ellos dieron sus mejores fuerzas para el progreso del género humano. Así, por ejemplo, los santos Rishis de la antigua India, dieron sus mejores fuerzas; así también Zoroastro, el fundador de la cultura persa; Hermes, Moisés, los conductores de la cultura caldea; todos ellos dieron sus mejores fuerzas. En cierto sentido, todos ellos fueron, en virtud de lo que pudieron realizar, los más indicados y mejores conductores de sus respectivos tiempos. Tomemos, por ejemplo, una personalidad cualquiera de la antigua India, que en el curso de su evolución había reaparecido en esta o aquella encarnación, durante las culturas persa y egipcio-caldea: en cada encarnación, su alma se había tornado más vieja y más madura; se había elevado a fuerzas cada vez más maduras, pero había perdido las fuerzas vivas y juveniles. Un alma vieja que se ha desarrollado a través de muchas encarnaciones, puede madurar, puede realizar obras extraordinarias, pero será entonces un alma vieja. El que se haya desarrollado de esta manera, puede enseñar cosas sublimes, hacer grandes obras para la humanidad, pero a expensas de la fuerza viva y juvenil. Zoroastro fue una de las más grandes figuras de la evolución de la humanidad; de las profundidades del mundo espiritual pudo dar a su época el sublime mensaje del Espíritu Solar, que más tarde apareciera como el “Cristo”. Fue él quien dijo: “Ese Espíritu, Ahura Mazdao, está en el Sol y se acercará a la Tierra”. Sólo con el más profundo conocimiento espiritual, con el alto grado de su clarividencia, pudo Zoroastro ver a esa entidad de la que los santos Rishis aún decían que ella, “Vishva Karman”, se hallaba *más allá* de su esfera; la entidad a que Zoroastro llamó “Ahura Mazdao”, y cuya significancia para la evolución de la humanidad él anunció. En la corporalidad de Zoroastro vivió un espíritu que era ya inmensamente maduro cuando, como Zoroastro, fundó la primitiva cultura persa.

Podemos imaginarnos que a través de sus encarnaciones posteriores, esta individualidad debe de haber ascendido a grados más elevados, alcanzando mayor madurez, en su alma cada vez más vieja, siendo cada vez más capaz de hacer los más grandes sacrificios para la humanidad. En otras conferencias he expuesto que Zoroastro ha cedido su cuerpo astral, el que más

tarde reapareció en Hermes, el ductor de la cultura egipcia, y su cuerpo etéreo a Moisés, el ductor del antiguo pueblo hebreo. Todo esto sólo lo puede hacer el que tenga el alma poderosamente evolucionada, para llegar a ser una individualidad de tan alto desarrollo como lo fue Zoroastro que seiscientos años antes de nuestra era, cuando el Buda vivió en la India, reapareció en Caldea, donde actuó como el gran maestro Nazaratos o Zaratas, siendo también el maestro de Pitágoras. Todo esto pudo llegar a ser la magna alma que había sido el ductor y fundador de la cultura persa. En Nazaratos, esta alma había alcanzado gran madurez, pero no pudo hacer lo que se necesitaba hacer para rejuvenecer al budismo. Esto se comprenderá por lo expuesto anteriormente. No le fue posible dar las fuerzas vivas y juveniles, cuya característica hubiera sido el haberse desarrollado durante la infancia, hasta la pubertad, para después entregarlas al Nirmanakaya del Buda. Esto hubiera sido imposible a la entidad de Zoroastro; justamente porque, en el curso de sus encarnaciones, se había elevado a tan alto grado de desarrollo, y no le hubiera sido posible desenvolverse en un niño, al principio de nuestra era, con el fin de lograr lo que entonces debió acontecer. Por consiguiente, si pasamos revista entre todas las individualidades que vivieron en aquel tiempo, no encontraremos a ninguna que desde su nacimiento hubiera tenido la fuerza para desenvolverse de tal manera que a los doce años de edad pudiese ofrecer las fuerzas vivas y juveniles, capaces de rejuvenecer al budismo; ni tampoco la extraordinaria gran individualidad de Zoroastro hubiera sido apropiada para vivificar el cuerpo de Jesús hasta el momento de separarse la envoltura astral materna, para que ésta pudiera unirse con el Nirmanakaya del Buda.

Ahora bien, ¿Cuál es el origen de la gran fuerza vivificadora del cuerpo de Jesús?. Esta fuerza pertenecía a la Gran Logia Madre de la humanidad, dirigida por Manu, el gran iniciado del Sol. Una gran fuerza individual que había sido cuidada y preservada en la Gran Logia Madre, el gran Oráculo del Sol, se incorporó en el niño, nacido de los padres que en el Evangelio de Lucas son llamados “José” y “María”. La mejor, la más fuerte de las individualidades de esa Logia Madre fue insertada en este niño. ¿De qué individualidad se trata?.

Para conocerla, hemos de remontarnos al tiempo lejano, *antes* de la influencia luciférica, es decir, antes de penetrar el influjo luciférico en el cuerpo astral del hombre. Este influjo luciférico enfrentó al hombre en el mismo periodo en que la pareja principal o primitiva vivió en la Tierra. Esos hombres primitivos poseían suficiente fuerza para dominar, digamos, la sustancia humana en sí, de modo que fueron capaces de encarnarse, pero no

poseían suficiente fuerza para resistir la influencia luciférica, por lo que el cuerpo astral de esos hombres también sufrió el efecto del influjo luciférico. A consecuencia de ello, fue imposible hacer fluir a los descendientes, por la sangre de los descendientes, todas las fuerzas contenidas en “Adán y Eva”. Hubo que dejar procrearse el cuerpo físico a través de todas las generaciones posteriores; pero del *cuerpo etéreo* se retuvo una parte en el centro de conducción de la humanidad. A este hecho se dio expresión, diciendo: “El hombre ha comido del árbol del conocimiento del bien y del mal”, vale decir, ha tomado lo que provenía del influjo luciférico; pero a ello se agregó: “¡Ahora tenemos que impedir que coma también del árbol de la vida!”. Esto significa que se le retuvo determinado conjunto de fuerzas del cuerpo etéreo que no se transmitieron a los descendientes. De modo que en “Adán” había una suma de fuerzas que, después del pecado original”, le fueron quitadas. Esta *parte aún inocente* de “Adán” fue retenida, cuidada y preservada en la Gran Logia Madre de la humanidad. Esta parte fue, en cierto modo, el alma de Adán aún no enredada en los lazos del pecado humano, el que fue origen de la caída del hombre. Estas fuerzas primitivas de la individualidad de Adán fueron conservadas. Continuaron existiendo y, como “Yo provisorio”, fueron encauzadas hacia donde nació el hijo de José y María, de modo que este niño Jesús tuvo en sí mismo, en los primeros años de su vida, la fuerza del primer padre de la humanidad terrenal.

¡Oh!, esta alma se había conservado muy joven, no había sido conducida a través de encarnaciones sucesivas, sino que había quedado retenida en un grado de desarrollo muy retardado, al igual que aquel niño de nuestro hipotético experimento de educación. ¿Quién descendió entonces para vivir en el niño que tuvo como padres a José y María?. Fue el *fundador de la humanidad*, el “antiguo Adán”, pero como el *nuevo Adán*. Esto ya lo sabía San Pablo; pues así hemos de interpretar sus palabras (la. Epístola a los Corintos, 15). También lo sabía Lucas, el discípulo de San Pablo, y es por ello que Lucas lo relata de una manera especial. El sabía que para hacer entrar en la humanidad esta sustancia espiritual, se requería algo extraordinario, o sea, un parentesco por consanguinidad que ascendiera hasta Adán y, por esta razón, Lucas da la genealogía de José que asciende hasta Adán, el que provino directamente del mundo espiritual, por lo que dice de Adán “que fue de Dios”, “hijo de Dios”.

En lo que, en el Evangelio, llamamos el capítulo de la genealogía, se esconde, justamente, un gran misterio, cuando se dice que *sangre común* debió fluir a través de las generaciones en sucesión ininterrumpida hasta el

descendiente más lejano, a fin de que, a su tiempo, también el espíritu pudiese ser encauzado hacia los descendientes. Así se unió con el cuerpo que nació de José y María, aquel espíritu infinitamente juvenil, no influenciado por las peripecias del destino terrenal, esa alma joven cuyas fuerzas, si las buscáramos, las encontraríamos en la antigua Lemuria. Sólo este espíritu fue suficientemente fuerte para irradiar en el cuerpo astral materno y, al separarse éste, donarle las fuerzas necesarias para unirse fecundamente con el Nirmanakaya del Buda.

Podemos preguntar: ¿Qué es, en el fondo, lo que el Evangelio de Lucas nos describe, cuando al principio nos habla de Jesús de Nazareth?. En primer lugar, nos describe a un hombre que, por el parentesco sanguíneo, traía de Adán el origen de su cuerpo físico, es decir, de los tiempos en que por una pareja principal, se había salvado la humanidad, durante el período de la despoblación de la Tierra. Además, nos describe, hablando absolutamente desde el punto de vista de la reencarnación, la reaparición de un alma que, durante el tiempo más largo, había aguardado la posibilidad de sus reincorporaciones. En el niño Jesús reencontramos el alma de Adán antes del pecado original. Podemos, pues, afirmar - por más fantástico que parezca a la humanidad actual - que la individualidad que de la Gran Logia Madre ha sido unida con el niño Jesús, no solamente descendía de las generaciones humanas físicamente más antiguas, sino que es, la vez, la reencarnación del absolutamente primer miembro de la humanidad. Ahora sabemos quién fue el que ha sido presentado en el Templo y mostrado a Simeón, o, según Lucas, el “hijo de Dios”. El Evangelista no habla del hombre como tal, sino que testimonia que se trata de la reencarnación de aquel que existió antes, como el más antiguo padre de todas las generaciones.

Resumiendo lo expuesto, hemos de decir lo siguiente: Entre el sexto y el quinto siglo antes de nuestra era, vivió en la India el gran Bodisatva cuya misión ha sido traer a la humanidad las verdades que, después, paso a paso, debían engendrarse dentro de la humanidad misma. El dio el impulso y, en virtud de ello, se convirtió en el Buda, pero no vuelve a aparecer en un cuerpo terreno que pudiera ser enteramente adecuado a su individualidad. En cambio, bajando solamente hasta el mundo etéreo-astral, reaparece en el Nirmanakaya, el cuerpo de las transmutaciones. En forma de la multitud de los ángeles lo perciben los pastores, que, por un instante, llegan a ser clarividentes, porque deben ver lo que se les anuncia. El Nirmanakaya desciende sobre el niño, hijo de José y María; y es con fundado motivo que desciende justamente sobre *este* niño.

Lo que el gran Buda pudo dar a la humanidad, debió presentarse con la debida madurez. No es fácil comprenderlo, por que es de elevada espiritualidad. Para hacer universalmente fecundo lo que el Buda había conquistado hasta entonces, debió verse en ello una fuerza enteramente viva y juvenil. Esta fuerza la debió atraer desde la tierra, descendiendo sobre un niño del que pudo recibir todas las fuerzas juveniles del cuerpo astral materno, el que estuvo por separarse. Este niño nació de la línea sanguínea, de las generaciones sucesivas, y su origen, como el Buda lo sabía mejor que nadie, se traía del primer padre de la humanidad, e incluso de la antigua alma joven, de la época de Lemuria, a la que él también reconoció como el reencarnado nuevo Adán. Este niño, con un alma que fue el alma madre de la humanidad, mantenida joven durante todas las épocas, vivió de tal manera que pudo irradiar todas las fuerzas vivas en el cuerpo astral que después se separó y ascendió para unirse con el Nirmanakaya del Buda.

Estos, sin embargo, no son todos los hechos, por medio de los cuales podemos comprender el maravilloso misterio de Palestina, sino que nos dan un solo aspecto. Ahora comprendemos quién fue el que nació en Belén, después de haber llegado allí José y María de Nazareth, y que fue anunciado a los pastores; pero esto no es todo. Al principio de nuestra era sucedieron muchos hechos extraños y significativos, con el fin de lograr lo que fue el más importante acontecimiento de toda la evolución. Para hacer comprensible lo que finalmente condujo a la realización de este supremo acontecimiento, hemos de considerar, además, lo que sigue.

Dentro del antiguo pueblo hebreo existió la estirpe de David. Todas las “generaciones davídicas” decían tener su origen en el patriarca David. La Biblia nos dice que David había tenido dos hijos, Salomón y Natán, de modo que de él descendían dos líneas de generaciones, la “línea salomónica” y la “línea natánica”. Sin tomar en consideración las generaciones intermedias, podemos decir que, al principio de nuestra era, existieron en Palestina los descendientes, tanto de la línea salomónica como de la línea natánica de la estirpe de David, y que en Nazareth vivió un hombre llamado José, como descendiente de la línea natánica. Su mujer se llamó María. Un descendiente de la línea salomónica que también se llamó José, vivió en Belén. No es nada extraño el que hayan vivido dos hombres llamados “José”, ambos de la estirpe de David, y ambos casados con una mujer de nombre “María”, como los llama la Biblia. Al principio de nuestra era tenemos, pues, en Palestina, dos matrimonios, ambos con los nombres de “José” y “María”, y ellos traen su origen, uno de la línea salomónica de la estirpe de David, o sea, de la “línea

real”; el otro, el matrimonio de Nazareth, de la línea natánica, o “línea sacerdotal”. Estos últimos, de la línea natánica, son los padres del niño del que he hablado en esta y en la conferencia anterior. Este mismo niño proveyó un cuerpo astral materno de tales condiciones que pudo ser recibido por el Nirmanakaya del Buda. Antes de cumplirse los días en que este niño había de nacer, sus padres - de la línea natánica - se trasladaron de Nazareth a Belén para el “empadronamiento”, como dice Lucas. En el Evangelio de Lucas se da la genealogía para este matrimonio. Al otro matrimonio que no era oriundo de Nazareth (es preciso tomar el Evangelio literalmente), sino de Belén, lo describe el autor del Evangelio de Mateo. Los Evangelios dicen siempre la verdad, y no hace falta sutilizar: la Antroposofía conducirá al lector a tomarlos según la letra. Al matrimonio de la línea salomónica nace otro niño que también se llama Jesús, y cuyo cuerpo alberga una poderosa individualidad. Pero este niño tuvo que empezar con otra misión. ¡La sabiduría del mundo es profunda!. Este niño no era llamado a dar al cuerpo astral materno las fuerzas juveniles, sino a traer a la humanidad lo que solo un *alma madura* puede traer. Por medio de todas las fuerzas inherentes, este niño fue guiado de tal manera que en él pudo encarnarse la individualidad que en la antigua Persia había revelado la existencia del “Ahura Mazdao”, y que pudo ceder su cuerpo astral a Hermes, su cuerpo etéreo a Moisés, para reaparecer finalmente en la antigua Caldea, como Zaratas o Nazaratos, el gran maestro de Pitágoras; no es otra, sino la individualidad de **Zoroastro**. La yoidad de Zoroastro se reencarnó en el niño del que nos habla el Evangelio de Mateo, diciendo que tuvo como padres a José y María de la línea real salomónica, de la estirpe de David, oriundos de Belén.

Así encontramos una parte de la verdad en el Evangelio de Mateo y la otra en el de Lucas. Ambos relatos deben tomarse literalmente, pues la verdad del mundo es complicada. Ahora sabemos qué entidad nació de la línea sacerdotal de la casa de David, y también sabemos que de la línea real nació la individualidad que como Zoroastro había actuado en la antigua Persia, y que también había fundado la magia real del antiguo imperio persa. Así vivieron, una cerca de la otra, las dos individualidades: la entidad joven de Adán, en el niño de la línea sacerdotal de la casa de David, y la individualidad de Zoroastro, en el niño de la línea real de la estirpe de David. En la próxima conferencia explicaremos cómo y por qué se ha realizado todo esto, y cómo fue guiado el ulterior curso de la evolución.

CAPÍTULO V

BUDISMO Y ZARATUSTRISMO CONFLUYEN EN EL ACONTECIMIENTO DE PALESTINA

Las grandes corrientes espirituales de la humanidad que en el mundo marcan su curso, tienen, cada una, su particular misión. No toman su curso aisladamente, sino que sólo durante ciertas épocas se desenvuelven separadas; luego se cruzan y se fecundan mutuamente de la manera más variada. En el acontecimiento de Palestina, vemos, en particular, una grandiosa confluencia de corrientes espirituales de la humanidad, y es nuestra tarea contemplar estos hechos cada vez más claramente. Pero las concepciones del mundo no toman su curso, como uno podría imaginárselo, abstractamente, como si fluyesen por el aire, por así decirlo, para confluir en un determinado punto, sino que se manifiestan a través de *entidades*, a través de *individualidades*. Para que una concepción del mundo surja por primera vez, tiene que haber una individualidad como exponente de ella y, donde corrientes espirituales confluyen y se fecundan mutuamente, tiene que suceder algo de singular importancia en los exponentes de ellas. Lo expuesto en la conferencia anterior acerca de cómo las dos grandes corrientes espirituales, el budismo y el zaratustrismo, confluyen *concretamente* en el acontecimiento de Palestina, podría parecer complicado. Abstractamente podríamos mostrar como se unen esas dos concepciones del mundo, mas como antropósofos es nuestro deber referirnos, tanto a las individualidades que fueron sus exponentes, como asimismo a su contenido, pues de lo abstracto, el antropósofo siempre debe pasar más a lo concreto. No hay que extrañarse de que un acontecimiento tan grandioso y sublime solo haya podido realizarse a través de hechos externos tan complicados y que el zaratustrismo y el budismo no hayan confluído sin prepararlo lenta y paulatinamente. Vemos que el budismo se vertió y obró en la entidad humana que nació de la línea natánica de la casa de David, como el niño que, como hijo de José y Maria, se describe en el Evangelio de Lucas. Aparte, tenemos los otros padres José y Maria con el otro niño, oriundos de Belén y descendientes de la línea salomónica de la estirpe de David, descritos por el autor del Evangelio de Mateo. Este niño Jesús de la línea salomónica es el portador de la individualidad que como Zaratustra (o

Zoroastro) había fundado la antigua cultura persa. Al principio de nuestra era, tenemos pues dos individualidades que representan las dos corrientes: por un lado, el budismo que se describe en el Evangelio de Lucas y, por el otro lado, el zaratustrismo como lo describe Mateo, en el Jesús de la línea salomónica de la estirpe de David. Los momentos de los nacimientos de los dos niños no coinciden exactamente.

Aquí tengo que referirme a hechos que no figuran en los Evangelios; pero éstos se comprenden mejor si de la Crónica del Akasha se llega a conocer lo que, a su tiempo, los Evangelios no pudieron relatar, de lo cual, sin embargo, muestran los efectos y las consecuencias. Hay que tener presente que las palabras con que termina el Evangelio de Juan son aplicables a todos los Evangelios: “en el mundo no cabrían los libros que se habrían de escribir para relatar todos los hechos que habría que describir.” Y las revelaciones que la humanidad ha obtenido por el cristianismo, no fueron dadas al mundo como algo concluido y depositado en libros formando un todo. La verdad está en las palabras: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Cristo está con nosotros ¡no como muerto, sino como vivo!. Los que tienen el ojo espiritual abierto, llegarán a saber, siempre de nuevo, lo que El ha de darnos. El cristianismo es una corriente espiritual *viviente*, y continuará en dar nuevas revelaciones, en tanto que los hombres sean capaces de recibirlas. En esta conferencia comunicaré algunos hechos cuyas *consecuencias* se hallan en los Evangelios, si bien no figuran directamente en ellos; pero cualquiera puede examinarlos a la luz de los hechos externos, y los encontrará confirmados.

Los dos niños Jesús nacieron con algunos meses de diferencia, uno de otro. Pero tanto el Jesús del Evangelio de Lucas como así también Juan Bautista nacieron lo suficiente más tarde que no fueron víctimas del así llamado infanticidio de Belén. El que lee en la Biblia el infanticidio de Belén, tendría que preguntarse: ¿Cómo se explica entonces que Juan pudo sobrevivir?. Más resulta que, a pesar de todo, los hechos se confirman. Reflexiónese que, si el Jesús del Evangelio de Mateo es llevado por sus padres a Egipto y, si poco antes o al mismo tiempo nace Juan, quedando éste, naturalmente, en Palestina donde debería haberle tocado el homicidio por Herodes, es obvio que no habría sobrevivido. Pensándolo, hay que admitir que Juan tendría que haber muerto, si realmente fueron muertos todos los niños menores de dos años. En cambio, todo se explica si se consideran los hechos de la Crónica del Akasha, por los cuales se aclara que los sucesos de los Evangelios de Mateo y de Lucas no tienen lugar al mismo tiempo, de modo

que el nacimiento del Jesús natánico cae fuera del tiempo del “infanticidio de Belén”. Lo mismo ocurre en cuanto a Juan. Si bien hay sólo algunos meses de diferencia, bastan para hacer posible tales hechos. Por los detalles más íntimos, también se comprenderá la naturaleza del Jesús del Evangelio de Mateo; en él renace la individualidad que hemos identificado como Zoroastro de la antigua cultura persa. Sabemos que en tiempos pasados él había dado a su pueblo persa la gran enseñanza del Ahura Mazdao, el gran Espíritu Solar. También sabemos que este Ser Solar es la parte espiritual-anímica del Sol que se nos presenta en su parte física. En virtud de ello, Zoroastro pudo decir: ¡No miréis solamente como brilla el sol físico, sino mirad la poderosa entidad que irradia sobre nosotros su benéfico obrar, tal como el sol físico nos dona sus efectos benéficos en la luz y el calor!”. Zoroastro anunció al pueblo persa el “Ahura Mazdao” que más tarde fue llamado Cristo. No lo anunció como un ser de existencia sobre la Tierra, sino que señaló al Sol, diciendo: “Allí vive; va acercándose a la Tierra y, en su tiempo, vivirá sobre ella en un cuerpo”.

Considerándolo, también se comprenderá la enorme diferencia entre el zaratustrismo y el budismo. Mientras estaban separados, había una profunda diferencia entre ellos, mas las diferencias se armonizan desde el momento en que las dos corrientes confluyen y vuelven a rejuvenecerse por los acontecimientos de Palestina. Recordemos, una vez más, lo que el Buda ha dado al mundo. Hemos descrito la enseñanza del Buda como el “sendero de ocho etapas” en que se indica al alma humana lo que debe adquirir si quiere evitar los graves efectos del karma. El Buda ha dado al mundo lo que en el curso del tiempo los hombres, por su propia fuerza anímica y su moral, deben desarrollar como piedad y amor. Cuando el Bodisatva apareció como Buda, fue un momento de singular importancia. Si el Bodisatva, en aquel tiempo, no hubiera aparecido íntegramente en el cuerpo del gran Buda, el alma propia de todos los hombres no habría podido adquirir lo que llamamos “Darma”, que es el obrar según ley natural, el que el hombre por sí mismo sólo puede desarrollar si se libera de su contenido astral a fin de salvarse de todos los desafortunados efectos del karma. A esto se alude grandiosamente en una leyenda que relata que el Buda logra “hacer girar la rueda de la *ley*”, lo que significa que de la elevación del Bodisatva fluye verdaderamente una corriente que se vierte sobre toda la humanidad; y esto tuvo como resultado que, desde entonces, los hombres pudieron desarrollar Darma de la fuerza de su propia alma, y elevarse al sendero de ocho etapas, en toda su profundidad. Todo se origina en que el Buda empezó a desarrollar su enseñanza como fundamento del sentido moral de la humanidad, lo que fue la misión del Bodisatva.

Comprenderemos cómo se reparten las distintas misiones entre las grandes individualidades, cuando en el budismo encontramos originariamente lo que el hombre puede experimentar en su propia alma como su gran ideal. La predicación del Buda contiene el ideal del alma humana, lo que el hombre es y será. Pero con esto debió contentarse esta individualidad. En el budismo todo es *fuerza interior del alma*, todo se refiere al hombre mismo y su desarrollo, y nada encontramos en el origen del verdadero budismo de lo que podemos llamar “ideas cosmológicas”, si bien éstas fueron introducidas más tarde. La verdadera misión del Bodisatva consiste en dar al hombre la enseñanza del ser interior del alma propiamente dicho. En ciertas prédicas, el Buda incluso se niega a hablar específicamente del ordenamiento cósmico. Todo se formula de tal manera que el desarrollo del alma humana va progresando, cada vez más, si sobre sí deja obrar las enseñanzas del Buda. Se considera al hombre como un ser *en sí*, prescindiendo del gran seno materno del universo en que él tiene su origen. Debido a que ésta fue la misión especial del Bodisatva, la enseñanza del Buda, si se la reconoce en su verdadero valor, habla tan profundamente al corazón y al alma humana y, por la misma razón, impresiona al alma con profundos sentimientos cuando, rejuvenecida, se presenta en el Evangelio de Lucas.

Una misión muy distinta tuvo la individualidad que, como Zoroastro, se había encarnado en el antiguo pueblo persa; él dio la comprensión espiritual del Dios *en el Universo* y del gran cosmos. Buda hizo dirigir la mirada hacia la interioridad, diciendo: Con el desarrollo del hombre, del no conocer surgen paulatinamente los “seis órganos” que hemos enumerado como los cinco órganos sensorios y el Manas. Pero todo lo que se halla en el hombre, tiene su origen en el universo; no tendríamos ojos con sensación de la luz, si la luz no los hubiera generado del organismo. Goethe dice: “El ojo fue creado por la fuerza de la luz y para la luz”. Esto es una profunda verdad. De órganos indiferenciados que antes existían en el cuerpo humano, la luz ha plasmado los ojos. Así también, todas las fuerzas espirituales del mundo obran sobre el hombre formativamente. Lo que él posee en su interior, ha sido primeramente organizado por las fuerzas divino-espirituales. A todo lo interno corresponde pues algo externo. Desde afuera fluyen en el hombre las fuerzas que después se hallan en él, y la misión de Zoroastro fue, señalar lo que existe en el externo, lo que “rodea” al hombre. Por ello habló de los “Amshaspands”, los grandes genios, enumerando, primero, seis, aunque en realidad son doce, pero los otros seis están ocultos. Ellos obran desde afuera como los forjadores y plasmadores de los órganos humanos. Zoroastro mostró que detrás de los

órganos sensorios humanos se hallan los creadores del hombre, señalando a los grandes genios, las fuerzas que encontramos *fuera* de nosotros. El Buda, en cambio, habló de las fuerzas que obran y se hallan ocultas *dentro* del hombre. Zoroastro señaló, además, a las fuerzas y entidades que figuran debajo de los Amshaspands, a saber, los veintiocho “Izards” o “Izeds”, que también obran sobre el hombre desde afuera, para colaborar en la formación de su organización interior. Siempre se trata de lo espiritual en el cosmos, de las correlaciones externas. Y en tanto que el Buda señaló la sustancia del pensar que del alma humana hace surgir los pensamientos, Zoroastro se refirió a los “Farohars” o “Ferruers”, o también “Fravashars”, los “Pensamientos Creadores del Mundo” que se hallan en torno nuestro, dispersados por todas partes del mundo; pues lo que en el hombre vive como pensamientos, existe por doquier en el mundo circundante.

Es que Zoroastro tuvo que dar una concepción del mundo capaz de descifrar y analizar el mundo externo y destinada para un pueblo llamado a echar mano a la obra y a trabajar el suelo, todo de acuerdo con la característica particular del antiguo pueblo persa. También podemos decir que Zoroastro era llamado a educar al hombre para adquirir fuerzas y habilidad de actuar en el mundo externo, si bien esto se llevó a cabo incluso de una manera repugnante para el hombre de nuestros días. Fue la misión de Zoroastro engendrar fuerza, habilidad y firmeza para la actividad exterior, sabiendo que el hombre no sólo está guarecido en su propia interioridad, sino que se halla en el seno del mundo divino-espiritual. Así, el hombre pudo decirse: “Dondequiera te encuentres en el universo, no estás solo; te encuentras en un cosmos espiritual y perteneces a la esfera de los dioses y seres espirituales del universo; has nacido del espíritu y en él existes; con cada aliento respiras espíritu divino y, al expirar, te preparas para ofrecer un sacrificio al gran Espíritu.” De conformidad con su misión, la iniciación de Zoroastro también fue otra que la de los demás grandes misionarios de la humanidad.

Recordemos ahora lo que debió hacer la individualidad que se había encarnado en Zoroastro. Ella había llegado a tan alto grado de su evolución que fue capaz de predisponer lo necesario para la próxima corriente cultural, o sea, la cultura egipcia. Zoroastro tuvo dos discípulos, uno fue la individualidad que más tarde reapareció como el Hermes egipcio; el otro fue la que más tarde reapareció como Moisés. Cuando estas dos individualidades volvieron a encarnarse, el cuerpo astral de Zoroastro, que él había ofrecido en sacrificio, fue incorporado a Hermes. Hermes recibió el cuerpo astral de Zoroastro para que todo cuanto éste había conquistado como ciencia universal exterior,

podiera resurgir en el mundo externo. A Moisés, en cambio, fue transmitido el cuerpo etéreo de Zoroastro; y puesto que con el cuerpo etéreo se vincula lo que se desarrolla en el tiempo, a Moisés, al hacerse consciente de los misterios de su cuerpo etéreo, le fue posible recordar lo sucedido en el decurso del tiempo y reproducirlo en las grandiosas imágenes del Génesis. Así siguió obrando Zoroastro con la potencia de su individualidad, inaugurando e influyendo la cultura egipcia, y lo que de ella derivó como la antigua cultura hebrea.

Semejante individualidad está llamada a grandes obras, incluso por la importancia de su Yo. El Yo de Zoroastro volvió a encarnarse siempre de nuevo. Pues una individualidad tan evolucionada es capaz de volver a formar un nuevo cuerpo astral santificado y fortalecer un nuevo cuerpo etéreo, a pesar de haber cedido los que antes había poseído; de modo que Zoroastro volvió a encarnarse y apareció seiscientos años antes de nuestra era en la antigua Caldea, como Zaratas o Nazaratos, que fue el maestro de Pitágoras y de la escuela esotérica caldea; adquirió, también, una amplia y grandiosa visión del mundo externo. Si, con verdadera comprensión, nos compenetramos de la sabiduría de los caldeos, mediante lo que da, no la antropología sino la antroposofía, nos formaremos una idea de cuanto Zoroastro, como Zaratas, pudo enseñar en las escuelas esotéricas de los antiguos caldeos. Todo lo que Zoroastro pudo enseñar y dar al mundo, estuvo orientado, como queda dicho, hacia el mundo externo, a fin de introducir orden y armonía en este mundo. Por esto, el arte de crear y organizar imperios, con el correspondiente orden social, según el progreso de la humanidad, fue también parte de la misión de Zoroastro. En virtud de ello, se justifica llamar, no solo grandes “magos” e “iniciados”, sino también “reyes” a los concedores del arte de crear la organización y el orden en lo social externo.

En las escuelas de los caldeos se había desarrollado un profundo afecto hacia la individualidad (no la personalidad) de Zoroastro. Los sabios de Oriente sentían honda afinidad con su gran ductor; veían en él al *astro de la humanidad*, pues Zoroastro significa “Estrella de Oro” o “Estrella de Esplendor”; veían en él un reflejo del Sol mismo. Gracias a su profunda sabiduría, no les quedaba oculto el hecho de que su maestro había reaparecido en Belén. Guiados por su “estrella”, fueron a llevarle los símbolos exteriores de lo mejor que él había dado a la humanidad: la sabiduría y el conocimiento del mundo exterior y de los misterios del cosmos, todo acogido en el cuerpo astral humano, en el pensar, sentir y querer; de modo que los discípulos de Zoroastro quisieron impregnar las fuerzas del alma, el pensar, el sentir y el

querer, con la sabiduría que se puede extraer de la profundidad del mundo divino-espiritual. Para estos conocimientos que se adquieren por compenetrarse de los misterios exteriores, se tenía como símbolos el oro, el incienso y la mirra. El oro como símbolo del pensar, el incienso por la devoción en el sentir, la mirra por la fuerza de la voluntad. De esta manera, los sabios al presentarse ante él, evidenciaron su vínculo con el maestro reaparecido en Belén. El autor del Evangelio de Mateo nos relata, pues, correctamente que los sabios que ya antes habían sido discípulos de Zoroastro, supieron que él reapareció como hombre entre los hombres; nos relata, además, que ellos evidenciaron su parentesco espiritual mediante los tres símbolos: oro, incienso y mirra, por lo mejor que él les había dado.

Con el fin de dar nuevamente a la humanidad, pero en forma rejuvenecida, lo que ya antes le había dado, era necesario que Zoroastro, en la persona del Jesús de la línea salomónica de la estirpe de David, pudiese obrar con el desenvolvimiento de todo su poder. Para ello debió utilizar toda la fuerza que antes ya poseía y, es por esta razón que como primer paso no le correspondía nacer en un cuerpo de la línea sacerdotal, sino únicamente en un cuerpo de la línea *real*. Así, el Evangelio de Mateo alude al vínculo del título de rey en la antigua Persia con la descendencia del niño en que Zoroastro se encarnó. Los antiguos libros de sabiduría del Asia Occidental siempre se han referido a estos hechos; quienes los comprendan realmente, sabrán interpretarlos en tal sentido. En el Antiguo Testamento tenemos, por ejemplo, dos profecías: una en el libro apócrifo de Enoc que se refiere, ante todo, al Mesías natánico de la línea sacerdotal, la otra, en los Salmos que nos conduce al Mesías de la línea real. Todos los pormenores del sentido de las Escrituras concuerdan con los hechos que encontramos en la Crónica del Akasha. Pero ahora Zoroastro debió aunar todas sus fuerzas de antes: a la cultura egipcia y a la antigua hebrea, o sea, a Hermes y Moisés, había cedido lo que había tenido en su cuerpo astral y en su cuerpo etéreo; y con estas fuerzas debió volver a unirse. En cierto sentido, debió volver a traer de Egipto las fuerzas de su cuerpo etéreo. En esto se nos presenta un profundo misterio, pues el Jesús de la línea salomónica, es decir, Zoroastro reencarnado debe ser y es conducido a Egipto, pues allí se hallan las fuerzas emanadas de sus cuerpos etéreo y astral, las fuerzas que él había cedido a Moisés y a Hermes, respectivamente. Por haber influenciado la cultura egipcia debió, en cierto modo, ir a buscar las fuerzas cedidas y conducidas allí. Así se explica la “fuga a Egipto” y lo que espiritualmente sucedió: el compenetrarse de todas las fuerzas que él ahora

necesitaba para volver a donar a la humanidad, eficazmente y rejuvenecido, lo que en tiempos pasados ya le había dado.

Así, vemos que el niño Jesús cuyos padres eran oriundos de Belén, es correctamente descrito por Mateo; sólo Lucas relata que los padres de Jesús (al que él se refiere) eran oriundos de Nazareth, que ellos se trasladaron a Belén para el censo, que dentro de tan breve lapso de tiempo este niño nació en Belén, y que después retornan a Nazareth. El Evangelio de Mateo solamente indica que Jesús nace en Belén, que tiene que ser llevado a Egipto y que, después de retornar de Egipto, sus padres se radican en Nazareth, para tener a Jesús, que es Zoroastro reencarnado, próximo a aquel que representa la otra corriente, la del budismo. Así, las dos concepciones del mundo se reúnen en la realidad concreta.

Donde los Evangelios son muy profundos, nos revelan con toda sabiduría de qué se trata. Lo que en el ser humano ante todo se vincula con la voluntad y con la fuerza, o sea, el elemento “real” (en sentido técnico) es heredado del elemento paterno, como bien lo sabían los que conocieron los secretos de la existencia. En cambio, lo que se relaciona con la interioridad, con la sabiduría y la íntima agilidad del espíritu, se transmite por el elemento materno. Goethe, profundo conocedor de los misterios de la existencia, alude a esta correlación con las palabras:

Del padre tengo la figura,
el firme modo de vivir,
de la madre la naturaleza alegre,
y las ganas de fantasear.

Es una verdad que en muchos casos se halla confirmada. El hombre hereda del elemento paterno la figura física, lo que ésta expresa directamente, como asimismo “el firme modo de vivir” que depende del carácter del Yo. Es por esta razón que el Jesús salomónico debía, ante todo, heredar la **fuerza**, porque siempre fue su misión: transmitir al mundo lo que de fuerzas divinas irradia en el espacio. Más grandiosamente de como lo hace, no podría expresarlo el autor del Evangelio de Mateo. Como acontecimiento de singular importancia se anuncia desde el mundo espiritual el que se encarnará una extraordinaria individualidad, y se lo anuncia no a la madre, sino a José, el **padre**. No hay que tomarlo como una casualidad, sino que detrás de todo ello se esconde la más profunda verdad. Al Jesús de la línea natánica fueron transmitidas las cualidades **interiores** que se heredan de la madre, por lo que el

Jesús del Evangelio de Lucas debió anunciarse a la madre, como efectivamente lo relata este Evangelio. ¡Con tal profundidad se expresan los hechos en las Escrituras religiosas!. Pero veremos que es más aún, pues lo demás que se describe también es expresión de hechos importantes. Ante todo, ha de aparecer el precursor de Jesús de Nazareth: Juan el Bautista. Sólo en el curso del tiempo podremos ocuparnos más exactamente de la individualidad del Bautista. Tomemos por ahora la imagen que se nos presenta; esto es que él tiene que preanunciar lo que ha de venir en Jesús. Lo anuncia, sintetizando con inmensa fuerza lo que decía la ley exterior y la antigua revelación. El Bautista dice que el hombre debe atenerse a lo que está escrito en la Ley y se ha conservado en la cultura, pero ha quedado olvidado por los hombres; ahora ha llegado a su madurez, pero los hombres no lo tienen en cuenta. Para cumplir con su misión, ante todo necesita la fuerza que posee una individualidad que viene al mundo como alma madura, hasta más que madura. El nace de padres *viejos*; posee un cuerpo astral que desde el principio es purificado, libre de todas las fuerzas que al hombre hacen caer, porque en los padres de edad avanzada no influyen las pasiones, ni los deseos. Esta es otra profunda sabiduría en el Evangelio de Lucas. Para semejante individualidad también interviene la Gran Logia Madre de la humanidad. Donde el gran Manu dirige lo que sucede en lo espiritual, se encauzan las corrientes hacia donde son necesarias. Un Yo como lo posee Juan el Bautista ha de nacer en un cuerpo bajo la dirección directa de la Gran Logia Madre, que es el centro de la vida espiritual sobre la Tierra. El Yo de Juan proviene del mismo centro que el ser anímico del niño Jesús del Evangelio de Lucas, sólo que a Jesús, ante todo, se transmitieron las cualidades que aún no habían sido compenetradas del egoísmo del yo; esto quiere decir que un alma joven se encauza hacia donde ha de encarnarse el Adán renacido.

Podría parecer extraño que desde la Gran Logia Madre pudiese ser dirigida a ese lugar un alma sin un yo desarrollado, ya que el mismo Yo que de hecho no fue dado a este niño Jesús, fue, sin embargo, dado al cuerpo de Juan el Bautista. Entre ambos, es decir, entre el ser anímico de este Jesús y el Yo de Juan el Bautista, hubo, desde un principio, una íntima relación. Normalmente, cuando el germen humano se desenvuelve en el organismo de la madre, sucede que en la tercera semana el Yo se une con los demás vehículos de la organización humana; pero sólo en los últimos meses, antes del nacimiento, va ejerciendo su influencia. Sólo entonces el Yo es una fuerza interior impulsante. Por norma, es decir, cuando el Yo influye ordinariamente a fin de producir el movimiento del embrión, se trata de un Yo que proviene

de encarnaciones anteriores. En cambio, en el caso de Juan se trata de un Yo vinculado al ser anímico del Jesús natánico. Por esta razón nos dice el Evangelio de Lucas que la madre de Jesús tiene que encontrarse con la madre de Juan el Bautista, estando ésta en el sexto mes de gravidez; y lo que comúnmente es estimulado por el propio Yo en el propio organismo, es, en este caso, influenciado por el otro embrión. La criatura de Elisabet empieza a moverse en el momento de acercarse la mujer que lleva en si el niño Jesús; pues es el Yo de éste que influye sobre la criatura en la otra madre. ¡Tan profundo es el vinculo entre aquel que debió contribuir a la confluencia de las dos corrientes espirituales y el que debió preanunciarlo!

Vemos, pues, que al principio de nuestra era sucede efectivamente algo sumamente grandioso. Los hombres en general esperan que la verdad sea “simple”, lo que se debe a la comodidad que rehuye formarse ideas. A las grandes verdades sólo se llega mediante el máximo esfuerzo espiritual. Si ya la descripción de una máquina requiere los mayores esfuerzos, no se puede pretender que las verdades supremas sean, a la vez, las más simples. La Verdad es grande y por eso complicada, de modo que hemos de esforzarnos espiritualmente si queremos llegar a la comprensión de las verdades que se refieren al acontecimiento de Palestina. Tampoco cabe objetar que nuestra manera de *presentar* las cosas es demasiado complicada; las presentamos tal cual son, y *son realmente así*, porque se trata del hecho más importante de la evolución terrestre.

Hubo, efectivamente, dos niños-Jesús: uno de los padres natánicos, José y Maria, que fue hijo de una madre *joven* (en hebreo corresponde la palabra “Alma”); porque para actuar como “alma joven”, Jesús debió nacer de una madre muy joven. Después de volver de Belén, estos padres con su hijo siguieron viviendo en Nazareth. No tuvieron otros hijos, pues a esta mujer únicamente correspondía ser la madre de este niño Jesús. Por otra parte, tenemos al Jesús, hijo de José y María de la línea salomónica. Después de haber regresado de Egipto y haberse mudado a Nazareth, este matrimonio tuvo otros hijos, cuyos nombres se dan a conocer en el Evangelio de Mateo, a saber: Simón, Judas, José, Jacobo y dos mujeres. Los dos niños Jesús van creciendo; el que alberga la individualidad de Zoroastro, muy acelerado va desenvolviendo las fuerzas correspondientes a que en su cuerpo actuaba tan poderosa individualidad. En cambio, la que actuaba en el otro niño Jesús, fue de una naturaleza bien distinta. Lo más importante de ella fue el Nirmanakaya del Buda que se había unido con él; y es por eso que se nos dice que, al volver los padres de Jerusalén, el niño estuvo colmado de sabiduría - vale decir: en su

cuerpo etéreo - compenetrado de sabiduría, “y la gracia de Dios era sobre él” (Lucas 2, 40). No obstante, se desarrolló de tal manera que las cualidades corrientes que tienen que ver con la comprensión y el conocimiento en el mundo externo, se desarrollaron muy lentamente. Para el juicio trivial que sólo tomaría en cuenta las fuerzas que hacen a la comprensión del mundo externo, hubiera parecido “un niño relativamente retrasado”. Pero en vez de aquellas facultades se desarrolló en este niño lo que fluía del Nirmanakaya del Buda que le cubría de su sombra; desarrolló una profunda e incomparable vida interior, una profundidad de sentimientos que impresionó sobremanera a todo el mundo. De modo que en el Jesús natánico hubo una entidad de hondo sentimiento; el Jesús salomónico, en cambio, fue una individualidad de inmensa madurez y de profunda comprensión del mundo.

A la madre del Jesús natánico, niño de tan hondo sentimiento, se habían vaticinado cosas significativas. Simeón, al hallarse frente al recién nacido y viéndole iluminado por la entidad que anteriormente, allá en la India, no le fue dado a ver como Buda, predijo lo grandioso y prodigioso que hubo de acontecer; pero expresó, además, las grandes palabras significativas de la “espada que traspasará el alma de la madre”, las que hoy mismo aprenderemos a comprender.

En la más inmediata vecindad y en relaciones amistosas de sus padres, los dos niños crecieron y se desarrollaron hasta cerca de sus doce años de edad. Cuando el Jesús natánico llegaba a la edad de doce años, sus padres fueron a Jerusalén, “conforme a la costumbre”, según el relato, para tomar parte en la fiesta de Pascua; y al niño lo llevaron con ellos, como se acostumbraba hacerlo cuando los varones estuviesen maduros. Referente a ello, se encuentra en el Evangelio de Lucas un relato singularmente misterioso acerca del “Jesús adolescente en el Templo”. Se lee que los padres, al encaminarse después de la fiesta, de repente notaban la falta del niño y, como no pudieron encontrarle entre los parientes y conocidos, volvieron a Jerusalén y le encontraron en el Templo, sentado en medio de los grandes maestros que se pasmaban de su sabiduría.

¿Qué había sucedido?. Preguntemos, al respecto, a la eterna Crónica del Akasha.

Ciertamente, los hechos del mundo no son tan sencillos como se podría creer. Lo que aquí había sucedido, fue algo que, de otra manera, también suele suceder por ahí en el mundo. Ocurre, por ejemplo, que, llegado a cierto grado de su evolución, una individualidad necesita condiciones distintas de las que le fueron dadas desde un principio. Puede suceder entonces que un hombre, al

haber llegado a una determinada edad, repentinamente se desmaye y parezca muerto. En estos casos, se produce una transformación: el Yo abandona la corporalidad y otro Yo toma su lugar. Semejante cambio del “Yo” se produce también en otros casos; es un fenómeno conocido por todo ocultista. En el caso del adolescente Jesús había sucedido lo siguiente: La yoidad de Zoroastro que, hasta ese momento se había servido del cuerpo del Jesús de la línea real de la estirpe de David para desenvolverse hasta el nivel de su época, abandonó el cuerpo del Jesús salomónico y fue traspasado al Jesús natánico, el cual, por consiguiente, apareció totalmente cambiado; de manera que sus padres no le reconocen y no comprenden sus palabras. Pues ahora habla el Yo de Zoroastro traspasado al Jesús natánico. Este fue el momento en que el Nirmanakaya del Buda se unió con el desprendido cuerpo astral materno y en que el Yo de Zoroastro se unió con el Jesús natánico. Con este niño, cambiado a tal grado que no le pudieron comprender, los padres volvieron a su hogar.

No mucho tiempo después, la madre de este niño Jesús murió; así que éste, con el Yo de Zoroastro, quedó huérfano por el lado materno. Veremos que el hecho de que esta madre murió, dejando a este niño huérfano, tiene que ver con una concatenación particularmente profunda. El otro niño, después de haberlo abandonado el Yo de Zoroastro, tampoco pudo seguir viviendo en condiciones comunes. José, de la línea salomónica, había muerto antes, y la madre del Jesús salomónico, junto con sus hijos, Jacobo, José, Judas, Simón y las dos mujeres, fue acogida en el hogar del José natánico; de suerte que Zoroastro volvió a vivir en la familia en que se había encarnado, excepto el padre. De tal manera, de las dos familias se formó una sola, y la madre salomónica, con los hijos de ella y el Jesús natánico, vivió entonces en la casa del José natánico. En cuanto a su “Yo”, todos los hijos son “hermanos”, inclusive el Jesús natánico, aunque éste - por su cuerpo fuese oriundo de Nazareth.

Así vemos que en la realidad concreta confluyen el budismo y el zaratustrismo, ya que en el “Jesús de Nazareth” vive y se desarrolla una individualidad con la yoidad de Zoroastro, iluminada por la luz y el espíritu del rejuvenecido Nirmanakaya del Buda. Y como después de relativamente poco tiempo, José, de la línea natánica, también murió, el niño-Zoroastro quedó realmente huérfano, y así se siente; él no es lo que representa por su descendencia corpórea, ya que por su ser espiritual es Zoroastro reaparecido. Por la descendencia corpórea, su padre es José de la línea natánica y, según la apariencia exterior, el mundo hubo de considerarlo de tal manera. Así, lo relata Lucas, y sus palabras las hemos de tomar literalmente:

“Y aconteció que, como todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y fue hecha una voz del cielo que decía: ¡Tú eres mi Hijo amado, hoy te he generado!”.

“Y el mismo Jesús comenzaba a ser como de treinta años...”.

Y ahora no se dice simplemente que era el hijo de José, sino que se indica:

...hijo de José, *como se creía*”. (Lucas 3, 21-23).

Originariamente, su Yo se había encarnado en el Jesús salomónico, por lo que, en el fondo, nada tenía que ver con el José natánico.

Lo que ahora tenemos ante nosotros en el “Jesús de Nazareth”, es la entidad unificada con una grandiosa y sublime interioridad, en la cual se aunaron los frutos y beneficios del budismo y del zaratustrismo. Esta interioridad era llamada a algo grande y supremo, algo mucho más importante de lo que se hacía con los que Juan bautizaba en el Jordán. Veremos que, más tarde, esta interioridad debió acoger a la individualidad del Cristo, por el bautismo en el Jordán. Entonces, sucedió también que lo inmortal de la primitiva madre del Jesús natánico descendió de lo alto y transformó a aquella madre que había sido acogida en el hogar del José natánico, devolviéndole la virginidad; de manera que, en el bautismo realizado por Juan, se restituye a Jesús el alma de la madre que él había perdido. Y la madre que le ha quedado, alberga en si misma el alma de su madre primitiva que en la Biblia es llamada “María Bendita”.

CAPÍTULO VI BUDA, MOISÉS, ELIAS Y JUAN

Será relativamente fácil comprender lo que nos relata el Evangelio de Lucas, si antes hemos llegado a una visión clara de las entidades e individualidades respectivas; por lo tanto, no hay que desalentarse si se requieren muchos estudios preliminares. Ante todo, debemos conocer la complicada naturaleza de la figura central de los Evangelios, como asimismo otras cosas sin las cuales no podríamos comprender lo que luego se nos presenta tan sencillamente en el Evangelio de Lucas.

Primero hemos de recordar lo tratado en las conferencias anteriores, o sea, la importancia de la singular entidad del Buda, el que entre el siglo VI y el V antes de nuestra era se elevó del Bodisatva al Buda. Hemos caracterizado la importancia de este hecho para la humanidad; y ahora volveremos a contemplarlo con toda precisión.

El contenido de la enseñanza del Buda debió darse a la humanidad como algo suyo propio. Si nos remontáramos a los tiempos anteriores a la época del Buda, tendríamos que decir que en todas las épocas anteriores no pudo haber sobre la Tierra hombre alguno que de sí mismo hubiese podido encontrar la doctrina de la piedad y del amor, como ésta se expresa en el “Sendero de ocho etapas”. La evolución de la humanidad aún no había progresado lo suficiente para que el alma de hombre alguno hubiera podido encontrar estas verdades por medio de sus propios sentimientos o reflexiones. Pues todo en el mundo está en vías de desarrollo, y nada puede producirse sin que previamente se preparen las causas. ¿De qué manera, los hombres de los tiempos antiguos podían, por ejemplo, observar los principios del sendero de ocho etapas?. Solo les ha sido posible hacerlo porque, en cierto modo, éstos les fueron infundidos en las escuelas esotéricas de los iniciados y de los videntes. El Bodisatva enseñaba en los Misterios y en las escuelas ocultas de los videntes, porque en semejantes escuelas fue posible elevarse a los mundos superiores para recibir lo que, en el mundo externo, no pudo darse al alma y al intelecto del hombre. Los que, en los tiempos antiguos, por la gracia de entidades superiores, tuvieron contacto directo con los maestros de las escuelas ocultas, debieron infundirlo al resto de la humanidad. La vida debió influenciarse en el sentido de esos principios, sin que los hombres mismos

hubiesen sido capaces de encontrarlos. Los hombres que vivían fuera de los Misterios, observaban, en cierto modo, *inconscientemente* los principios que ellos recibían, de las escuelas ocultas, igualmente en forma inconsciente. Todo debía recibirse por revelación desde lo alto, a través de los conductos correspondientes. De lo que antecede resulta que, antes de la época del Buda, un ser como el Bodisatva no tenía la posibilidad de usar plenamente un cuerpo humano, porque sobre la Tierra no hubiera podido encontrar cuerpo alguno adaptado a las facultades necesarias como para ejercer su influencia sobre el ser humano. Semejante cuerpo no existía. ¿Qué debió entonces suceder?. ¿Cómo se incorporaba el Bodisatva?. Esta pregunta la hemos de contestar.

El Bodisatva se incorporaba no enteramente, con todo lo que fue como entidad espiritual. Si al cuerpo dotado del alma de un Bodisatva, se hubiera observado clarivamente, se habría verificado que sólo en parte formaba una unidad con la entidad del Bodisatva la que, como cuerpo etéreo, sobresalía en mucho la envoltura humana, manteniendo así su vínculo con lo espiritual, sin dejarlo jamás totalmente. El Bodisatva nunca dejaba completamente el mundo espiritual: vivía al mismo tiempo en un cuerpo espiritual y en un cuerpo físico. El paso del Bodisatva al Buda tuvo lugar cuando, por primera vez, hubo un cuerpo en que el Bodisatva pudo incorporarse íntegramente para desarrollar en él sus facultades. Con ello evidenció la forma humana a la que el hombre debe aspirar de asemejarse, con el fin de encontrar por sí mismo la doctrina del sendero de ocho etapas, tal como antes el Bodisatva la encontró por sí mismo, bajo el Árbol Bodi. En sus encarnaciones anteriores, la entidad que más tarde se incorporó en el Buda, fue de tal naturaleza que parcialmente se quedaba en el mundo espiritual y que sólo parte de su entidad se encontraba en el cuerpo. Entre el sexto y el quinto siglo antes de nuestra era, existió la primera organización humana en que el Bodisatva pudo incorporarse íntegramente, dando el ejemplo de cómo la humanidad, por sí misma y por el sentido moral de su alma, pudiese encontrar el sendero de ocho etapas.

Todas las religiones y cosmovisiones conocieron este fenómeno de seres humanos que, con una parte de su entidad, están en el mundo espiritual, cuando la naturaleza humana es, en cierto modo, demasiado estrecha como para acoger la plena individualidad de tales entidades que obran sobre la Tierra. Dentro de la cosmovisión del Asia occidental, esta característica de vincularse las individualidades superiores con el cuerpo físico, se llamaba “estar compenetrado del Espíritu Santo”; un término técnico bien definido. En el modismo de las lenguas del Asia occidental, de semejante entidad, como lo es el Bodisatva incorporado sobre la Tierra, se hubiera dicho que “está

compenetrada del Espíritu Santo”, lo que significa que las fuerzas que la constituyen no la penetran enteramente, y que lo espiritual ejerce cierta influencia desde afuera. Por consiguiente, bien se podría decir que en sus encarnaciones anteriores, el Buda estuvo compenetrado del Espíritu Santo.

Si comprendemos esto, podemos también familiarizarnos con lo que se dice al principio del Evangelio de Lucas y que ya hemos mencionado en la conferencia anterior. Sabemos que en el cuerpo etéreo del niño Jesús de la línea natánica de la casa de David, vivió la parte del cuerpo etéreo no influenciada por vidas terrenales, sustraída a la humanidad en el acontecimiento llamado el “pecado original”; vale decir, que la sustancia etérea tomada de Adán antes del pecado original y luego conservada, se incorporó en este niño. Esto fue necesario para que existiera una entidad espiritualmente joven, no influenciada por experiencia alguna de la evolución terrestre, a fin de poder acoger lo que debió recibir. Ningún otro hombre que desde la época de Lemuria habría pasado por sucesivas encarnaciones, hubiera sido capaz de unirse con el Nirmanakaya del Buda; menos aún hubiera podido acoger lo que más tarde habría de incorporarse en él. Un cuerpo humano tan perfeccionado, sólo ha podido formarse por el hecho de que la sustancia etérea de Adán, no influenciada por las experiencias terrenales, fue unida con el cuerpo etéreo de este niño Jesús. Gracias a ello, esta sustancia etérea estaba también dotada de todas las fuerzas que *antes* del pecado original habían ejercido su influencia sobre la evolución terrestre, las que ahora, en este niño, actuaban con tan inmenso poder. Esto también hacía posible lo ya indicado anteriormente, esto es, la extraña influencia de la madre del Jesús natánico en la madre de Juan el Bautista y además, en Juan mismo, antes de que naciera.

Debemos tener presente cuál fue la naturaleza de “Juan el Bautista”. Sólo podemos comprender esta entidad, si somos conscientes de la diferencia entre el singular anuncio dado por el Buda allá en la India (que para nuestro objeto ha sido suficientemente caracterizado) y aquel otro anuncio dado al antiguo pueblo hebreo, por Moisés y sus sucesores, los profetas.

El Buda ha dado a la humanidad lo que el alma puede encontrar como su propia ley, la que le ayudará a purificarse y a elevarse a la máxima altura moral alcanzable sobre la Tierra. El Buda anunció la *ley del alma* - “Darma”- y la dio de tal manera que el hombre, en el más alto grado de su evolución, la encontrará por la fuerza del alma propia; él ha sido el primero en revelarla. Pero la evolución de la humanidad no va en línea recta, sino que las corrientes culturales más diversas deben fecundarse mutuamente. Para que en el Asia occidental pudiese tener lugar el advenimiento del Cristo, fue necesario que,

en cierto modo, la evolución en ese territorio quedara atrasada, frente a la evolución en la India, con el fin de recibir más tarde y con fuerzas más frescas, lo que, de otra manera, se había dado a la evolución india. Esto quiere decir que en el territorio del Asia occidental debió formarse un pueblo con una evolución distinta, quedándose atrasado, frente a los pueblos orientales. Si en el sentido de la sabiduría del mundo, los pueblos orientales habían alcanzado la madurez para reconocer al Bodisatva como Buda, fue, en cambio, necesario retener a los pueblos del Asia occidental, principalmente al antiguo pueblo hebreo, en un grado juvenil, en un grado menor de su evolución. Dentro de la magnitud de la evolución de la humanidad, debió hacerse lo mismo que sería el caso de un hombre que, a los veinte años de edad, hubiese alcanzado una cierta madurez y que hubiera adquirido ciertas facultades. Empero, en cierto sentido, estas facultades constituyen a la vez una traba, un obstáculo, porque las facultades adquiridas a una determinada edad, tienen la peculiaridad de que tienden a retener al individuo en este mismo nivel, de modo que cuando tenga, digamos, treinta años, no le será fácil elevarse por encima del grado evolutivo que a los veinte años había alcanzado. En cambio, para otro hombre que se conservara las cualidades juveniles, de modo que a los veinte años sólo hubiera adquirido, por sí mismo, pocas facultades y que después las aprendiera del primero, le será más fácil elevarse a ese nivel de tal manera que, a los treinta años, podrá llegar a un grado de evolución más alto que el primero. Quien sea capaz de observarlo en la vida, encontrará que realmente es así. Facultades adquiridas como algo suyo propio, a veces constituyen una traba para el posterior desarrollo, en tanto que no forma tal obstáculo lo que se adquiere, no con toda la fuerza del alma, sino más bien exteriormente. Para el progreso de la humanidad es preciso que se produzcan dos corrientes de cultura: una que adquiera y profundice una suma de íntimas facultades y, paralelamente, otra que en su evolución resulte más bien retenida. Tenemos, entonces, una corriente de cultura con facultades desarrolladas hasta cierto nivel; estas facultades se confunden con la íntima esencia de esta corriente y de la naturaleza humana. La evolución prosigue y surge algo nuevo; pero dicha corriente no sería capaz de ascender, por sus propias fuerzas, a un grado más elevado de su evolución. Debido a ello, debe producirse otra corriente que va paralelamente y que, en cierto sentido, es retenida sin desarrollarse, sin alcanzar el nivel de la primera. La nueva corriente prosigue después su evolución, recibiendo de la primera lo que ésta ya ha conquistado y, por el hecho de haberse conservado las fuerzas juveniles, podrá, a su tiempo, ascender a niveles más elevados. De esta manera, una corriente llega a

fecundar a la otra. En la evolución de la humanidad, las corrientes espirituales deben desarrollarse una al lado de la otra, y la dirección espiritual del mundo ha de velar por qué así suceda.

¿Cómo pudo la dirección espiritual del mundo procurar que al lado de la corriente que encontró su expresión en el gran Buda, se desarrollase la otra que sólo más tarde pudo acoger lo que el budismo ha dado a la humanidad?.

Esto sólo se logró de tal manera que a la corriente del antiguo pueblo hebreo se denegaba la posibilidad de producir por si misma hombres capaces de desarrollar Darma a fuerza de su propio sentido moral, o sea, por ejemplo, de emprender el sendero de ocho etapas. De modo que en ella no pudo haber una figura como el Buda. Esta corriente espiritual debió recibir *desde afuera* lo que el Buda, como interioridad, había traído a su corriente espiritual. Por esta razón - haciéndolo de una manera particularmente sabia - la “Ley” fue dada al pueblo hebreo, no como algo interior, sino *exteriormente*, mediante la revelación en el “Decálogo”, la *Ley de los diez mandamientos*, mucho tiempo antes de la aparición del Buda. Esta Ley fue dada al antiguo pueblo hebreo como un conjunto de leyes exteriores, como algo que se recibe desde afuera y que no ha quedado absorbido por el alma. Por su estado evolutivo juvenil, el pueblo hebreo recibió los mandamientos como algo que le fue dado desde las alturas celestes. Al pueblo índico se le había educado para reconocer que el hombre, por sí mismo, debe generar Darma, la ley del alma; el pueblo hebreo, en cambio, ha sido educado para obedecer a la ley que le fue dada desde afuera, de modo que este pueblo forma un maravilloso complemento a lo que Zoroastro ha realizado para su cultura y todas las demás que en ella tuvieron su origen.

Ya hemos dicho que Zoroastro había puesto su atención en el mundo exterior. Si el Buda ha dado profundas enseñanzas acerca del ennoblecimiento de la interioridad humana, encontramos, por otra parte, en Zoroastro la grandiosa enseñanza sobre el cosmos, sobre lo que nos da el conocimiento del mundo de nuestro origen. Si la mirada del Buda se ha dirigido al interior del ser humano, la del pueblo de Zoroastro había abarcado el mundo circundante, a fin de penetrarlo espiritualmente.

Tratemos de profundizar lo que Zoroastro ha dado a la humanidad desde su primera aparición cuando anunció el Ahura Mazdao, hasta la época sucesiva, en la cual apareció como Nazaratos. Ha dado enseñanzas cada vez más profundas acerca de las grandes leyes y entidades espirituales del cosmos. Zoroastro de la antigua cultura persa sólo había hablado en forma alusiva sobre el Espíritu Solar; más tarde lo amplió hasta lo que se nos presenta como

la maravillosa, tan poco comprendida, enseñanza caldea sobre el cosmos y las causas espirituales de nuestro origen. Si examinamos estas enseñanzas sobre el cosmos, descubrimos una importante peculiaridad: Cuando, en tiempos pasados, Zoroastro hablaba al antiguo pueblo persa de las causas espirituales del mundo de los sentidos, caracterizó las dos potencias: Ormuzd y Arimán o “Angra Mainyus”, las que en todo el universo se oponen una a la otra. Empero, lo que no hubo en esa enseñanza, fue lo que podríamos llamar: ardor moral que penetra en el alma. Para el antiguo concepto persa, el hombre se halla, en cierto sentido, entretejido en todo el proceso cósmico; Ormuzd y Arimán se combaten dentro del alma humana, en la que, por el combate de las dos potencias, hierven las pasiones. La interioridad misma del alma humana no se conoció aún, sino que hubo una enseñanza *cósmica*. Al hablar del “Bien” y del “Mal”, se entendían los efectos favorables, positivos y los nocivos que en el cosmos se oponen y que también se manifiestan en el hombre. En esa enseñanza orientada hacia lo externo, aún no estaba incluida la “cosmovisión moral”. Se llegaba a conocer a todas las entidades que gobiernan el mundo sensible - todo lo que de excelente o de negro y nocivo reina en el mundo y en que el hombre se sentía entretejido; pero él aún no experimentaba lo realmente moral del que participa con su alma, como más tarde llegó a sentirlo -. Al encontrarse, por ejemplo, con un hombre “malo”, se sentía que a través de él fluían fuerzas de las entidades malas del mundo, pero no se podía decir que ese hombre fuese culpable de ello. El hombre se sentía entretejido en un sistema cósmico aún no impregnado de cualidades morales. Esta fue la peculiaridad de una enseñanza la que, espiritualmente, dirigía la mirada hacia afuera. La doctrina hebrea formaba un maravilloso complemento a dicha enseñanza cosmológica, precisamente porque introducía un elemento moral en la revelación recibida de afuera; y esto daba la posibilidad de hablar de “culpa”, de “culpabilidad humana”. *Antes* del elemento hebreo, de un hombre malo sólo se decía que estaba poseído de fuerzas malignas. Por el anunciamiento de la Ley de los diez mandamientos surgió la necesidad de distinguir entre los hombres que la observaban y otros que no la observaban; y debido a ello se formó el concepto de la culpabilidad humana. La manera como este concepto surgió en la evolución de la humanidad, es palpable si se contemplan, por ejemplo, las circunstancias en que se evidencia la incertidumbre de los hombres y hasta lo trágico que se vincula con el significado del concepto de culpabilidad. Si se profundiza el estudio del Libro de Job, se notará la incertidumbre acerca del concepto de culpa, de la duda

sobre la actitud que ha de observarse al ser perseguido por la desgracia; pero también se verificará que ya se vislumbra el nuevo concepto de culpabilidad.

Resulta pues que al antiguo pueblo hebreo fue dado el elemento moral como una revelación desde afuera, al igual que otras revelaciones sobre los demás reinos de la Naturaleza. Esto sólo ha sido posible por el hecho de que Zoroastro había preparado la prosecución de su obra - como ya queda dicho - al ceder su cuerpo etéreo a Moisés y su cuerpo astral a Hermes. En virtud de ello, Moisés fue capaz, de la misma manera como antes lo había sido Zoroastro, de percibir lo que obra en el mundo externo, con la diferencia de que Moisés pudo sentir no sólo fuerzas indiferentes, sino que él experimentó lo que en el mundo reina en sentido moral, lo que llega a ser “mandamiento”. Por ello, la vida y la cultura del pueblo hebreo abarcaban lo que podemos llamar obediencia, sumisión a la Ley, en tanto que la corriente espiritual del Buda encerraba en si misma el ideal de encontrar la orientación de la vida humana en el “sendero de ocho etapas”. Además, al antiguo pueblo hebreo había que conservarlo intacto hasta el justo momento que estamos por caracterizar y que fue la aparición del principio representado por el Cristo. En cierto modo, había que hacerlo rebasar el tiempo de la revelación del Buda, reteniéndolo en un estado de cultura embrionaria. Era necesario que en el seno de este pueblo hubiese personalidades en las que no pudiesen incorporarse íntegramente entidades que, como personalidad, serían capaces de representar la “Ley”; ni tampoco podía este pueblo albergar una personalidad de las características del Buda. La Ley le fue dada por iluminación desde afuera, debido a que Moisés poseía el cuerpo etéreo de Zoroastro, el que le capacitaba de recibir lo que no nace en el alma propia. Al pueblo hebreo no le fue posible suscitar de su propio corazón la Ley. Pero la obra de Moisés debió proseguir, al igual que cualquiera otra obra debe hallar su continuación, a fin de dar, a su debido tiempo, el fruto esperado. Por esta razón, en el antiguo pueblo hebreo debieron aparecer las individualidades que conocemos como los profetas, y uno de los más importantes de ellos fue Elías.

¿Cómo hemos de representarnos a semejante personalidad?

En el seno del pueblo hebreo, Elías debió ser uno de los continuadores de lo inaugurado por Moisés. Pero de la propia sustancia de aquel pueblo no pudo nacer hombre alguno que estuviese totalmente compenetrado del verdadero contenido de la Ley de Moisés la que sólo se recibió como revelación desde lo alto. Lo que hemos caracterizado como una necesidad para la época índica, y también como la naturaleza peculiar del Bodisatva, igualmente debió producirse en el pueblo hebreo, y volver a producirse

siempre de nuevo: el que hubiese individualidades que no se incorporan enteramente en la personalidad humana, sino con sólo una parte de su entidad y que, con la otra parte, se mantienen en el mundo espiritual. Semejante entidad fue Elías. El Yo de Elías no penetró totalmente en el cuerpo físico; a él hemos de llamar una personalidad “compenetrada del Espíritu”. En base a las fuerzas normales del mundo, sería imposible hacer surgir semejante figura como el profeta Elías. En los casos normales, cuando un hombre está por nacer, el organismo humano, por los procesos físicos, se desenvuelve en el cuerpo materno de tal manera que, en un determinado momento, la individualidad que viene de encarnaciones anteriores, simplemente se une con la naturaleza física. En el hombre común, todo se desenvuelve en línea recta, por decirlo así, sin que mediasen fuerzas especiales, aparte del curso normal. Esto no fue posible en el caso de una individualidad como la de Elías, sino que debieron mediar fuerzas que obraban sobre aquella parte de la individualidad que se mantenía en el mundo espiritual; desde afuera debió ejercerse una influencia sobre el desarrollo del hombre. Por esta razón, al encarnarse en el mundo, semejantes individualidades aparecen como “inspiradas”, “impulsadas por el Espíritu”, como personalidades extáticas que trascienden en mucho lo que su inteligencia común podría intuir. Todos los profetas del Antiguo Testamento aparecen así, es el “Espíritu” que los hace obrar, en tanto que el Yo no puede siempre darse cuenta de lo que hace. El Espíritu vive en la personalidad y desde afuera recibe el sostén. Estas personalidades se retiran temporalmente a la soledad, pero se trata entonces de un retirarse de aquella parte del Yo de la que se sirve la personalidad común y de una inspiración por el Espíritu, desde afuera. En ciertos estados extáticos, inconscientes, semejante entidad escucha las inspiraciones desde lo alto. Esto sucedió principalmente en Elías. Lo que durante su vida fue “Elías”, lo que su boca pronunció, lo que su mano señaló, provenía no solamente de la parte que vivió en él, sino que eso fueron revelaciones de entidades divino-espirituales que le inspiraban.

Al reencarnarse, esta entidad debió unirse con el cuerpo del niño que naciera como hijo de Zacarías y Elisabet. Sabemos, por el Evangelio mismo, que en Juan el Bautista hemos de reconocer a Elías reencarnado. Pero se trata de una individualidad que por sus encarnaciones anteriores no estaba habituada a desarrollar todo cuanto por las fuerzas del curso normal de la vida puede aparecer. Normalmente, cuando el cuerpo físico se desenvuelve en el seno materno, actúa lo que vive en la íntima fuerza del Yo. Esto es algo que en tiempos pasados la individualidad de Elías aún no había experimentado,

puesto que no había descendido hasta tal existencia; el Yo no había sido impulsado por sus propias fuerzas, como en condiciones normales, sino desde afuera. Ahora, esto tuvo que suceder nuevamente. Mas el Yo de esta individualidad ya se halla más próxima a la Tierra, más fuera del mundo espiritual; ella está mucho más unida con la Tierra que las entidades que anteriormente habían guiado a Elías. Ahora debió producirse la transición para llegar a la unión de las corrientes del Buda y de Zoroastro; todo debió rejuvenecerse. Ahora debió obrar desde afuera la entidad que se había vinculado con la Tierra y sus sucesos, tal como lo había hecho el Buda, cuyo Nirmanakaya estaba entonces unido con el Jesús natánico. Debió obrar desde afuera e impulsar la fuerza del Yo de Juan el Bautista, la entidad que, por un lado, se había unido con la Tierra, si bien, por otro lado, estaba alejada de ella, ya que sólo obraba en el Nirmanakaya y vivía más allá de la Tierra, porque había vuelto a elevarse y ahora apareció sobre la cabeza del Jesús natánico. De modo que fue el Nirmanakaya del Buda que influyó la fuerza del Yo de Juan, igual que en tiempos pasados las fuerzas espirituales habían obrado sobre Elías. En el pasado, la entidad Elías había quedado temporalmente extasiada, le hablaba entonces el Dios que penetraba su Yo con una fuerza real, la que él, después, pudo transmitir al mundo exterior. Ahora hubo otra entidad espiritual, la cual como el Nirmanakaya del Buda, apareció sobre el Jesús natánico y obró sobre Elisabet, antes del nacimiento de Juan; en el seno de Elisabet influyó el embrión de Juan, en el sexto mes de la gravidez, para despertar el Yo. Pero esta fuerza por hallarse ahora más próxima a la Tierra, produjo no sólo una inspiración, sino verdaderamente la conformación del Yo de Juan. Bajo la influencia de la visita de “Maria” empezó a actuar el Yo de Juan el Bautista. Así, el Nirmanakaya del Buda obró sobre el Yo del que había sido Elías y que es el Yo de Juan el Bautista, despertando y liberándolo, incluso en la substancia física.

¿Qué es lo que ahora podemos esperar?.

Como en el noveno siglo antes de nuestra era, Elías había pronunciado sus grandiosas palabras, las que en realidad fueron “palabras de Dios”, y como lo que su mano había señalado, fue “gesto de Dios”, algo similar debió manifestarse en Juan el Bautista, porque en él resurgió lo que antes existiera en Elías. El contenido del Nirmanakaya del Buda penetró como inspiración, en el Yo de Juan el Bautista; lo que se anunciaba a los pastores, lo que irradiaba sobre el Jesús natánico, extendió su fuerza en Juan el Bautista y la prédica de él es, ante todo, la prédica del Buda resurgida. Referente a ello, se nos presenta algo sumamente memorable que ha de impresionarnos

profundamente si recordamos el sermón de Benarés en que Buda habló del sufrimiento de la vida y de la liberación del sufrimiento por medio del sendero de ocho etapas a que el alma debe aspirar. El Buda frecuentemente continuaba su prédica, diciendo: “Hasta ahora poseísteis la enseñanza de los brahmanes que pretenden tener su origen en Brahma mismo; afirman que son superiores a los demás hombres porque ellos tienen tan noble Origen. Dicen que el valor del hombre depende de su descendencia. Yo, en cambio, os digo: el valor del hombre depende, no de su descendencia sino de cuanto él hace de si mismo. El hombre es acreedor de la gran sabiduría del mundo por lo que él, como individuo, hace de si mismo.” El Buda provocaba la oposición del mundo de los Brahmanes al señalar las cualidades del individuo, diciendo: “¡De cierto, os digo, lo que importa no es que uno se llame 'Brahmán, sino que consigáis purificaros por vuestras fuerzas individuales!” Así fue - si bien no literalmente - el sentido de muchas prédicas del Buda y, generalmente proseguía su enseñanza, señalando que el hombre, cuando comprende el mundo del sufrimiento, sentirá piedad, sabrá aliviar el dolor y prestar ayuda, y compartirá el infortunio del prójimo, porque sabe que a él le toca sufrir la misma pena y el mismo dolor.

El Buda, hallándose en su Nirmanakaya, irradiaba sobre el niño Jesús natánico y proseguía su prédica, hablando de boca de Juan el Bautista. Juan hablaba bajo la inspiración del Buda; y realmente suena como una continuación de lo que otrora el Buda había predicado, si Juan dice, por ejemplo: “Vosotros que estáis orgullosos de descender de los que, al servicio de las potencias espirituales, se llaman Hijos de la Serpiente y que invocáis la sabiduría de la Serpiente, ¿Quién os ha enseñado esto?. Os imagináis dar frutos dignos de arrepentimiento, al decir: ¡Tenemos a Abraham por padre...!”. Pero Juan proseguía la prédica del Buda, diciendo: “No digáis que tenéis a Abraham por padre sino sed hombres de la verdad allí donde os encontráis en el mundo. Se podrá crear a un hombre veraz de la piedra misma que vuestros pies están pisando. ¡De cierto os digo que de estas piedras Dios puede dar vida a hijos de Abraham!”. Y luego, decía, continuando verdaderamente la prédica del Buda: “¡El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene!”. Y las gentes le preguntaban: “Maestro, ¿Qué debemos hacer?”... exactamente como otrora los monjes preguntaban al Buda: “¿Qué debemos hacer?”. Las palabras de Juan se parecen a las del Buda, o son cual una continuación de éstas.

Así, en el curso de los tiempos, aparecen estas entidades sobre el plano físico, y así comprendemos la conformidad de las religiones y de las revelaciones espirituales de la humanidad. No llegamos a saber lo que fue el

Buda si sólo nos atenemos a lo tradicional, sino únicamente si nos enteramos de lo que él mismo; nos comunica. ¡Buda habló cinco a seis siglos antes de nuestra era; pero él no ha cesado de hablar!. Habla sin estar incorporado, cuando inspira por medio del Nirmanakaya; y a seis siglos después de haber vivido en el cuerpo físico, Juan el Bautista nos transmite lo que aquél comunicaba a la humanidad. Esta es la “conformidad de las religiones”, pero en cada religión tenemos que buscar, no lo muerto sino lo viviente, pues todo está en constante evolución. Lo que vive en el germen de una planta, a su tiempo llegará a florecer; y lo viviente del sermón de Benarés, llegó a florecer en la prédica de Juan el Bautista en el Jordán.

Lo que antecede nos ha dado a conocer la esencia de otra individualidad, la que se nos presenta en aquel tiempo y de la que nos habla el Evangelio de Lucas en forma tan impresionante. Sólo conoceremos los Evangelios si nos decidimos a tomar cada palabra en su verdadero sentido. Al principio, Lucas nos dice que nos transmite lo que le enseñaron “los que lo vieron por sus ojos”. Pero esos videntes vieron las verdaderas condiciones, tal como éstas se revelaban en el curso de los tiempos, no solamente lo ocurrido sobre el plano físico. Quien viera esto solamente, podría decir: cinco a seis siglos antes de nuestra era vivió en la India un hombre que fue el hijo del rey Suddodana y que fue llamado el “Buda”; y más tarde vivió un hombre llamado “Juan el Bautista”; pero no se daría cuenta de lo que vincula a éste con aquél, porque esto sólo se revela en el mundo espiritual. Lucas dice que su relato se basa en lo que han visto los “videntes”. Es necesario, no sólo leer las palabras de las Escrituras, sino aprender a interpretarlas en su justo sentido. Para ello es preciso tener una clara visión de las respectivas individualidades, con conocimiento de todo cuanto se ha volcado en ellas.

También hemos dicho que cualquier individualidad que descienda a la Tierra, deberá desarrollarse en el sentido de las facultades que el cuerpo en que se encarna le permite desenvolver; lo que tal entidad debe tener en cuenta. Si en nuestros días quisiera encarnarse una entidad superior, no podría contar sino con las condiciones inmanentes a un cuerpo de nuestra época. Sólo el vidente puede conocer lo que tal individualidad realmente es, porque él ve cómo en el interior de ellas se entretejen los hilos de su verdadero ser. Semejante entidad de un alto nivel de sabiduría, desde la niñez deberá madurar su cuerpo para que en determinado momento pueda evidenciarse lo que ella había sido en encarnaciones anteriores. Si ella ha de despertar en los hombres ciertos sentimientos, su encarnación terrenal deberá realizarse en un cuerpo capaz de soportar las exigencias de su misión. Si una entidad quiere proclamar

la liberación del sufrimiento y de la pena, deberá ella misma experimentar toda la profundidad del sufrimiento para que pueda encontrar las palabras adecuadas al sentir humano. Lo que más tarde diría la entidad que hemos de imaginarnos detrás del cuerpo del Jesús natánico, es el anunciamiento a dirigirse a toda la humanidad de que ella debe superar todo el anterior parentesco consanguíneo; no hacerla desaparecer, no suprimir los vínculos entre padre e hijo, entre hermano y hermana, sino agregar el amor general hacia el prójimo al amor por consanguinidad, para que haya amor de alma a alma, amor que supera al amor por consanguinidad. La entidad que más tarde apareció en el Jesús natánico, debió enseñar el ahondamiento del amor el que nada tiene que ver con los vínculos por la sangre. Para cumplir con esta misión, la entidad que entonces vivió en el cuerpo del Jesús natánico, primero debió experimentar sobre la Tierra lo que significa no sentir ningún vínculo, no tener relaciones por consanguinidad, para poder sentir lo que sólo atañe a lo puramente humano, libre de los vínculos por la sangre y hasta de la posibilidad de tales vínculos. La individualidad del Jesús natánico debió aparecer en el mundo, no sólo “sin patria” como el Buda, que había emigrado de su país, sino separada de toda relación familiar, de todo vínculo sanguíneo. Debió sentir todo el profundo dolor del renunciamiento a todo cuanto comúnmente une a los hombres entre sí; debió hablar desde la absoluta soledad, desde el aislamiento de los vínculos familiares. ¿Quién fue esta entidad?

Sabemos que fue la entidad que hasta los doce años de edad ha vivido en el Jesús salomónico, hijo de los padres de la línea salomónica. El padre había muerto temprano, de modo que el adolescente fue huérfano por parte de padre; tenía hermanos, varones y mujeres, en esta familia en la que vive mientras en su cuerpo alberga a Zoroastro. A los doce años, su alma abandona a esta familia; deja a la madre, deja a los hermanos, para pasar al cuerpo del Jesús natánico. La nueva madre también muere y, más tarde, también el padre. Cuando tuvo que empezar a obrar en el mundo, había dejado a todo cuanto tiene que ver con parentesco consanguíneo. No sólo había quedado huérfano y había dejado a todos sus hermanos, sino que como entidad-Zoroastro también había tenido que renunciar a ser padre de familia, ya que la entidad-Zoroastro no sólo había dejado a sus padres y hermanos, sino también el propio cuerpo, por haber pasado al cuerpo del Jesús natánico. Esta entidad pudo entonces prepararse para albergar en sí misma a otra entidad aún superior: la que en el cuerpo del Jesús natánico se preparó para su gran vocación, es decir, a predicar el “amor general a la humanidad”. Y cuando se le decía: “tu madre y

tus hermanos están fuera y quieren verte”, pudo responder de todo corazón, sin lugar a mala interpretación, pronunciando las palabras ante la multitud y sin faltar a los sentimientos de respeto: “¡ellos no lo son!” Pues como entidad Zoroastro había dejado hasta el cuerpo vinculado con esta familia. Y señalando a aquellos con quienes estuvo unido en libre comunidad de almas, pudo decir: “¡Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la ejecutan!”.

¡Hasta tal grado, los documentos religiosos hay que tomarlos literalmente!. Para predicar el amor general hacia la humanidad, fue necesario encarnarse en un cuerpo que daba la posibilidad de experimentar el estar abandonado de todo cuanto sobre la base del parentesco consanguíneo puede fundarse.

Nuestros sentimientos se orientan hacia esa figura, acercándonos, como hombres, a la entidad que desciende desde grandes alturas espirituales, y da expresión a lo experimentado y sufrido como hombre terrenal. Es por ello que desde el fondo del alma, nos unimos a esta entidad, y cuanto más espiritualmente lleguemos a comprenderla, tanto más profunda será nuestra comprensión, y tanto más íntimamente nos sentiremos atraídos y nos uniremos a ella con todas las fuerzas de nuestro corazón.

CAPÍTULO VII

LOS DOS NIÑOS JESÚS

VISHVA KARMAN – AHURA MAZDAO – CRISTO

En los últimos días hemos tratado de formarnos una idea acerca de las entidades más importantes de que nos habla el Evangelio de Lucas, y hemos adquirido conceptos que abarcan lo fundamental de este documento. Más aún nos hace falta estudiar la ulterior evolución de la entidad principal de los Evangelios y, con ello, de la entidad principal de nuestra Tierra, el Cristo Jesús mismo. En primer lugar, hemos de recordar lo que ya hemos dicho, o sea que el Cristo Jesús, del cual trata el Evangelio, nació, por decirlo así, físicamente como el Jesús natánico de la casa de David. Este niño llega a los doce años y, en el momento de haber cumplido su desarrollo hasta tal edad, penetra en su cuerpo la yoidad que en tiempos pasados se había incorporado en la entidad que inauguró la cultura persa; de modo que a partir de los doce años de edad se nos presenta el Yo de Zoroastro en el cuerpo del Jesús natánico. Y ahora nos incumbe seguir exactamente la evolución de esta entidad. Para tal fin, hemos de recordar algo que comprenderemos por nuestras anteriores contemplaciones científico-espirituales.

Sabemos que en el desarrollo normal del ser humano hay un periodo importante desde el nacimiento hasta los siete años de edad; otro periodo importante transcurre desde los siete hasta la edad de catorce años aproximadamente, es decir, hasta la madurez sexual; después sigue el periodo de los catorce hasta los veintiún años, al que siguen los que terminan a los veintiocho y a los treinticinco años de edad, respectivamente. Se entiende que estos periodos no hay que tomarlos minuciosamente de manera que siempre terminen exactamente al cumplirse los años respectivos, sino que la importante transición que se produce por el séptimo año, ha de considerarse como coincidente con la segunda dentición. Esto significa que dicha transición no se produce de golpe sino gradualmente dentro del tiempo de la segunda dentición. De un modo similar, los demás pasajes también se cumplen paulatinamente. Sabemos que (según lo expuesto más extensamente en mi escrito “La educación del niño desde el punto de vista de la Ciencia Espiritual”) al término de los siete años ocurre, espiritualmente, algo similar a

lo que físicamente ocurre al dejar el niño el seno de la madre; esto es, se produce una especie de nacimiento etéreo. A los catorce años, con la madurez sexual, tiene lugar un nacimiento astral; se independiza entonces el cuerpo astral del hombre. Pero el desarrollo humano se presentará todavía más complicado, si, con los ojos del espíritu, lo estudiamos más exactamente. Tal como el hombre suele observar las cosas de la vida, se le escapan las importantes diferencias dentro del curso de toda la vida, las cuales se producen incluso en los años avanzados de la vida. Hoy día se considera que a partir de determinada edad ya no tiene lugar sino muy poco de importancia en el organismo humano. Sin embargo, esta opinión se basa en una observación grosera, pues en verdad, si observamos más exactamente, notaremos ciertas diferencias en el desarrollo del hombre, hasta en los años avanzados.

Al desprenderse el niño de la envoltura física materna, resulta que en realidad no nace sino el cuerpo físico del hombre, de modo que es el cuerpo físico que en los primeros siete años de la vida se presenta libremente. Naturalmente, para el educador es de suma importancia tener conocimiento de este hecho. Después, al separarse la envoltura etérea, también el cuerpo etéreo se presenta libremente y, a los catorce años, al desprenderse la envoltura astral, queda libre el cuerpo astral. Empero, solo comprenderemos exactamente la entidad humana si tomamos en consideración la estructura dada en mi libro *TEOSOFÍA* en que figura la ulterior división de los vehículos anímicos de la naturaleza humana. Allí se describe que después del cuerpo vital tenemos el llamado “cuerpo sensible”, y es éste que, frente al mundo externo, queda totalmente libre - hablando con exactitud - en el periodo de los catorce a los veintiún años de edad. A los veintiún años, va haciéndose libre lo que se llama el “alma sensible”; a los veintiocho años, el “alma racional”; después el “alma consciente”. Así sucede en el ser humano de nuestra época. El que observa la vida humana según los conocimientos de la Ciencia Espiritual, sabe muy bien que esos estados evolutivos existen, y los grandes conductores de la humanidad saben, además, que el trigésimo quinto año es de extraordinaria importancia en la vida del hombre. Dante también sabía por qué se refirió expresamente a la edad de treinta y cinco años en que tuvo las grandiosas visiones cósmicas que forman el contenido de su gran poema universal. Lo señala al comienzo de la “Divina Comedia” que esas visiones las tuvo a la edad de treinta y cinco años. Es la edad en que el desarrollo del ser humano llega a la capacidad de utilizar plenamente, como sus instrumentos, las facultades que dependen del cuerpo sensible, del alma sensible y del alma racional.

En todos los tiempos, las grandes individualidades, al hablar de la evolución del hombre, siempre se referían a esa división. No obstante, en Oriente los períodos son algo distintos, de modo que, para la cultura oriental, no se hacían las mismas diferencias en cuanto a la división; pero en Occidente siempre había que hacerlas. Los griegos, por ejemplo, empleaban otras palabras para designar lo mismo que nosotros. Para describir lo anímico, empezaban con lo que nosotros llamamos “cuerpo vital”, denominándolo Treptikon; para el “cuerpo sensible” usaban un término significativo: Estetikon; el “alma sensible” la llamaban Orektikon, y el “alma racional” Kinetikon. El “alma consciente” que en nuestros tiempos es el tesoro más valioso del ser humano, la llamaban Dianoétikon. Esta es, exactamente señalada, la evolución del ser humano.

Ahora bien, debido a ciertas condiciones que luego vamos a elucidar, el desarrollo del Jesús natánico se había adelantado y esto, por otra parte, fue posible porque en aquel territorio la pubertad se producía más temprano. Hubo, además, otras causas particulares, por las cuales, lo que generalmente se produce a los catorce años, sucedió para él a los doce años; y lo que, por lo común, se produce a los veintiún años, sucedió para él a los diecinueve; y los procesos que comúnmente tienen lugar a los veintiocho y a los treinta y cinco años, ocurrieron en su vida a los veintiséis y a los treinta y tres años, respectivamente. También hay que tener presente que físicamente tenemos al “Jesús natánico” hasta la edad de doce años, pero que a partir de esta edad vive en su cuerpo el Yo de Zoroastro. ¿Qué significa esto?. Esto quiere decir que a partir de los doce años aquel Yo maduro estuvo activo para formar el cuerpo sensible, el alma sensible y el alma racional del Jesús natánico de tal manera como sólo pudo hacerlo un Yo tan maduro, el cual, durante las más diversas encarnaciones había experimentado los destinos del Yo de Zoroastro. Así se nos presenta el hecho maravilloso de que a los doce años se incorporó el Yo de Zoroastro en el cuerpo del Jesús natánico para desarrollar en su alma todas las facultades de la manera más perfecta. Se formó, pues, un cuerpo sensible capaz de elevar la mirada hacia el cosmos y de recibir la impresión de la entidad espiritual del antiguo Ahura Mazdao; en su alma sensible surgió la sabiduría que sólo pudo desarrollarse sobre la base del conocimiento relacionado con el Ahura Mazdao; se formó, además, un alma racional capaz de *comprender*, es decir, de formarse conceptos claros de lo que, anteriormente, la humanidad sólo había recibido desde afuera a través de las corrientes espirituales. De esta manera se desarrolló el Jesús natánico, con el Yo de Zoroastro en su ser, hasta cerca de los treinta años de edad. Surgió

entonces otro acontecimiento. Volvió a producirse, pero ahora de una manera más universal y más importante, el fenómeno que en cierto modo había tenido lugar a la edad de doce años del Jesús natánico, cuando lo más íntimo de su ser se había compenetrado de un nuevo Yo. Vemos que, al llegar a los treinta años, el Yo de Zoroastro ha terminado de cumplir su misión para con el alma del Jesús natánico, habiendo desarrollado sus facultades de la manera más sublime y habiéndole infundido todo cuanto había adquirido en el curso de sus encarnaciones pasadas. De modo que pudo decir: “Ahora he cumplido mi misión: El Yo de Zoroastro dejó entonces el cuerpo del Jesús natánico.

Hasta los doce años de edad, el Yo de Zoroastro había vivido en el cuerpo del Jesús salomónico; éste, después de abandonarle el Yo de Zoroastro, no pudo seguir su desarrollo terrenal, el cual quedó detenido. Ciertamente había alcanzado una madurez extraordinaria, debido a que poseía un Yo tan elevado. Quien hubiera observado exteriormente al niño Jesús salomónico, habría comprobado que poseía una madurez espiritual precoz en el más alto grado; pero su desarrollo quedó interrumpido al abandonarle el Yo de Zoroastro. Y, al acercarse el momento - relativamente temprano - de la muerte de la madre del Jesús natánico, o sea el hecho de que su entidad espiritual fuera elevada al mundo espiritual, sucedió que ella llevó consigo los valores eternos y las fuerzas creadoras del niño Jesús salomónico, el que también murió, aproximadamente al mismo tiempo que la madre del Jesús natánico.

Fue una envoltura etérea muy valiosa la que se separó del cuerpo del Jesús salomónico. Sabemos que el cuerpo etéreo del hombre alcanza su principal desarrollo entre los siete años de edad y la madurez sexual. En este caso, se trató del cuerpo etéreo evolucionado por las fuerzas del Yo de Zoroastro. También sabemos que en el momento de la muerte, el cuerpo etéreo deja el cuerpo físico y que normalmente queda desprendido todo lo no utilizable para la eternidad; sólo una especie de extracto del cuerpo etéreo llevase al mundo espiritual. En el caso del Jesús salomónico, la mayor parte de su cuerpo etéreo resultó utilizable para la eternidad, y la madre del Jesús natánico llevó la totalidad del cuerpo vital de aquel niño al mundo espiritual. El cuerpo etéreo del hombre forma y construye su cuerpo físico. Podemos imaginarnos que entre el cuerpo etéreo del Jesús salomónico que fue llevado al mundo espiritual, por un lado, y el Yo de Zoroastro, por el otro lado, hubo efectivamente una profunda afinidad, ya que ambos estaban unidos durante la vida terrenal hasta los doce años y, cuando el Yo de Zoroastro dejó el cuerpo de Jesús de Nazareth, volvieron a hacerse valer las fuerzas de afinidad entre el Yo de Zoroastro y el cuerpo etéreo que perteneciera al niño Jesús salomónico.

Uno y otro volvieron a reunirse para formarse entonces un nuevo cuerpo físico. El Yo de Zoroastro poseía tal madurez que no le hacía falta volver a pasar por el mundo espiritual, sino que después de relativamente breve tiempo, mediante el cuerpo etéreo que acabamos de caracterizar, pudo formarse un nuevo cuerpo físico. Así vino a nacer, por vez primera, aquel ser que después volvió a aparecer siempre de nuevo, con relativamente breves intervalos entre cada muerte y un nuevo nacimiento. Esta entidad que de la manera descrita ha vuelto a reunirse con el cuerpo etéreo que había dejado, transita desde entonces por la historia de la humanidad, habiéndose convertido, como es de imaginar, en la más grande ayuda de todos los hombres que buscaron la comprensión del magno acontecimiento palestinense. Esta individualidad que pasa por la transición de los tiempos, es llamada el Maestro Jesús. Así vemos que Zoroastro, después del reencuentro de su Yo con su cuerpo etéreo, empezó, como “Maestro Jesús”, a tomar su camino por la evolución de la humanidad; y desde entonces vuelve a encarnarse, siempre de nuevo, sobre nuestra Tierra con la misión de dirigir la corriente espiritual del cristianismo; él inspira a aquellos que buscan la comprensión de la evolución viviente del cristianismo, inclusive en las Escuelas Esotéricas, para el continuo cultivo de las enseñanzas del cristianismo. Inspira a las grandes figuras espirituales del cristianismo, enseñándoles sin cesar lo que significa el magno acontecimiento de Palestina.

El Yo de Zoroastro ha dado sus fuerzas al cuerpo del Jesús natánico desde los doce a los treinta años de edad. Después de haberlo abandonado, otra entidad penetró en dicho cuerpo. El bautismo en el Jordán es caracterizado en todos los Evangelios como el momento en que, en lugar del Yo de Zoroastro, un “Yo supremo” penetró en el Jesús natánico. En otra oportunidad, ya hemos señalado que en aquellos tiempos antiguos el “bautismo” había sido algo muy distinto de lo que fue más tarde, cuando llegó a ser un mero símbolo. Juan Bautista también lo ejecutó de un modo distinto, pues los bautizados fueron sumergidos en el agua con todo su cuerpo. Por lo expuesto en otras conferencias antroposóficas sabemos que en tales casos puede ocurrir algo muy importante. Incluso en la vida común, cuando una persona está por ahogarse y sufre un “shock”, puede suceder que se le presenta la imagen de toda su vida pasada cual un extenso cuadro. Esto acontece porque se produce, por un instante, lo que comúnmente sólo ocurre después de la muerte: el cuerpo etéreo se separa del cuerpo físico y queda libre de las fuerzas de este último. Esto también ocurrió en la mayoría de las personas bautizadas por Juan, y principalmente sucedió en el bautismo del Jesús

natánico cuyo cuerpo etéreo fue quitado del cuerpo físico. En ese mismo instante pudo penetrar y posesionarse del cuerpo de Jesús la suprema entidad a la que damos el nombre de Cristo; de modo que desde el momento del bautismo ejecutado por Juan, la entidad del Cristo mora en el Jesús natánico. Esto es el significado de las palabras que así figuran en los primitivos Evangelios: “¡Este es mi hijo amado, hoy lo he engendrado!”; quiere decir que ahora se ha engendrado al *Hijo del Cielo*, al *Cristo*, fecundado por la Divinidad Unitaria que compenetra el Universo y concebido por el cuerpo y toda la organización del Jesús natánico al que se había preparado para recibir de las Alturas el germen del futuro fruto. “¡Este es mi Hijo amado, hoy lo he engendrado!”, así figura en los Evangelios primitivos, y así, verdaderamente, debiera figurar en los Evangelios que conocemos.

¿Quién es la entidad que en aquel momento se unió con el cuerpo etéreo del Jesús natánico?.

Es la entidad del Cristo cuya naturaleza no es comprensible si únicamente se toma en consideración la evolución terrestre. Pues el Cristo es la entidad a la que tenemos que llamar el ductor de las entidades espirituales que, al separarse el Sol de la Tierra, se retiraron de ésta conjuntamente con el Sol y se crearon un escenario superior, a fin de obrar desde el Sol, o sea desde afuera, sobre la Tierra. Por consiguiente, si nos remontamos a los tiempos precristianos, abarcando todo el período desde la separación del Sol de la Tierra hasta la aparición del Cristo sobre la Tierra, hemos de decirnos: cuando el hombre elevaba la mirada hacia el Sol, tendría que haber sentido, según la madurez de sus sentimientos, lo que enseñaba el gran Zoroastro, esto es, que la luz solar y el calor que nos llegan del Sol, no son sino la vestidura física de las supremas entidades espirituales, rayos poderosos espirituales que desde el Sol penetran la Tierra. Y el ductor de todas esas entidades que desde el Sol transmiten a la Tierra su obrar benéfico, es precisamente la entidad que más tarde fue llamado el “Cristo”. Por lo tanto, en los tiempos precristianos había que buscarla no sobre la Tierra, sino en el Sol. Con razón, Zoroastro la llamaba “Ahura Mazdao” que vivía en el Sol y decía: “Sobre la Tierra no encontramos a este Espíritu-Luz, pero si dirigimos la mirada hacia el Sol, se nos presenta la entidad espiritual que es el Ahura Mazdao, y la luz que de allí fluye a nosotros, es el cuerpo del Espíritu Solar, Ahura Mazdao, al igual que el cuerpo físico humano es el cuerpo del espíritu del hombre.” Pero gracias a los grandes acontecimientos cósmicos, esta suprema entidad iba acercándose, cada vez más, a la esfera de la Tierra. En cierto modo, la facultad clarividente pudo percibir, más y más, el acercarse del Cristo a la Tierra. Cuando Moisés,

el gran precursor del Cristo Jesús, recibió su revelación en el fuego, sobre el Monte Sinaí, fue el reconocimiento de este mismo Cristo.

¿Cuál fue el significado de estas revelaciones recibidas por Moisés?

Decían que la entidad del Cristo que se acercaba a la Tierra, se revelaba primero cuál una imagen de reflejo, comparable al fenómeno que nos presenta la Luna en cada noche de luna llena. Es luz solar lo que fluye hacia nosotros, si bien la llamamos luz de la luna, debido a que la luz solar nos es reflejada por la luna. En el zarzal ardiente y en el fuego sobre el Sinaí, Moisés vio al “Cristo”. A través de un reflejo percibió al Cristo en forma análoga a como se percibe la luz solar reflejada por la luna. Así como decimos “luz de la luna” cuando percibimos la luz solar reflejada por la luna, así también se llamó Jehová al “Cristo”. Jehová es, por lo tanto, el reflejo del Cristo, antes de que éste apareciera sobre la Tierra. De esta manera, el Cristo se manifestaba indirectamente a la sabiduría humana que aún no podía verlo en su verdadera naturaleza; del mismo modo que la luz solar se manifiesta a través de los rayos lunares, durante una noche de luna llena que sin ella quedaría oscura. Jehová es el Cristo, no directamente percibido, sino como luz reflejada.

Estaba previsto que, cada vez más, el Cristo debió acercarse al conocimiento y a la percepción del hombre, y que El mismo debió venir a la Tierra, por un tiempo; vivir como hombre entre hombres, copartícipe de la existencia humana sobre la Tierra, tal como antes, desde el cosmos, Él se había revelado a los iniciados. Los que poseían la sabiduría del mundo siempre sabían que el Cristo existe, y como Él se revelaba de la manera más diversa, también se le daban los nombres más diversos. Zoroastro le llamó “Ahura Mazdao”, porque se le revelaba en la vestidura de la Luz Solar. Los grandes maestros de la humanidad de la antigua India, los santos Rishis, sabían, como iniciados, de la existencia de esta entidad; pero también sabían que, con la sabiduría terrestre de aquella época, no fue posible alcanzarla. Por ello se decía que esa entidad vivía más allá de la región de los siete Rishis y se le llamaba “Vishva Karman”. “Vishva Karman” y “Ahura Mazdao” son distintos nombres para la entidad que desde las Alturas espirituales, desde sitios cósmicos, se acercaba lentamente a la Tierra.

Empero, fue necesario preparar la evolución de la humanidad para que un cuerpo pudiera dar cabida a ese ser. Para ello, una entidad como la que vivió en el gran Zoroastro debió llegar a la madurez por la evolución a través de sus encarnaciones, para poder desarrollar las facultades del cuerpo sensible, del alma sensible y del alma racional dentro de un cuerpo tan puro como lo fue el de Jesús de Nazareth. Esto debió prepararse paso a paso, pues para el

debido desarrollo del alma sensible y del alma racional, debió primero pasar un Yo por todas las experiencias y vivencias por las que pasó Zoroastro; y éste Yo debió transformar las facultades del Jesús natánico. Esto no hubiera sido posible en tiempos anteriores, pues para el desarrollo del niño Jesús natánico debieron obrar no sólo el Yo de Zoroastro sino también la suprema entidad que hemos caracterizado como el Nirmanakaya del Buda, la que principalmente obraba desde afuera, a partir del nacimiento hasta los doce años de edad. Pero esto también necesitaba su preparación, ya que el Bodisatva mismo debió primero elevarse a la existencia del Buda, a fin de posibilitar el desarrollo del cuerpo espiritual del Nirmanakaya y para que éste pudiese obrar en el niño Jesús natánico desde el nacimiento hasta los doce años.

Cuando la humanidad realmente llegue a comprender las grandes sabidurías contenidas en las antiguas leyendas, podrá verificar que de una manera maravillosa esas leyendas contienen todo cuanto nosotros desciframos de la Crónica del Akasha. Se nos relata, y con razón, que ya en la antigua India se conoció la entidad del Cristo, como ser cósmico, allende de la esfera de los siete santos Rishis. Ellos sabían que esa entidad vivía en las Alturas y que paulatinamente se acercaba a la Tierra. Zoroastro también sabía que debía dirigir la mirada desde la Tierra hacia el Sol; y el antiguo pueblo hebreo estaba preparado, gracias a las cualidades y facultades a que en la conferencia anterior nos hemos referido, para percibir la reflexión de la entidad del Cristo. Otra leyenda nos relata que el Buda, cuando se preparaba para elevarse del Bodisatva al Buda, tuvo contacto con el Vishva Karman al que más tarde se llamó el Cristo. Dicha leyenda relata que al emprender la importante salida de su palacio, en que hasta tal momento estaba protegido, el Buda vio primero a un anciano, luego a un enfermo, y finalmente un cadáver, conociendo así los infortunios de la vida; después vio a un monje el que se había retirado de la vida en que rigen la vejez, la enfermedad y la muerte. Y el Buda se decidió - así lo relata la leyenda que expresa una gran verdad - a no salir inmediatamente sino a volver una vez más al palacio. La leyenda también nos dice que durante dicha salida, el Buda fue ataviado, desde las alturas espirituales, con la fuerza que Vishva Karman, el Artista Divino, el cual le apareció, envió a la Tierra. El Bodisatva fue ornado con la fuerza del Vishva Karman mismo, al que más tarde se le llamó el "Cristo". De modo que para el Bodisatva, el Cristo fue todavía un ser que se hallaba fuera y que aún no estaba unido con él. Había llegado a casi los treinta años de edad; pero en aquel tiempo aún no hubiera podido promover la acogida del Cristo en un

cuerpo humano. Para ello debió alcanzar la debida madurez, y fue precisamente su existencia como Buda la que le dio esta madurez. Después, cuando apareció en su Nirmanakaya, fue con la misión de influir en el cuerpo del Jesús natánico, en el cual él mismo no se incorporó, para darle la madurez de acoger al Vishva Karman, el Cristo. De esta manera obraron, en su conjunto, las fuerzas de la evolución terrestre a fin de preparar el magno acontecimiento.

Ahora hemos de preguntarnos: ¿Cuál es la relación que existe entre el Cristo, el “Vishva Karman”, y tales entidades como lo son los “bodisatvas”, uno de los cuales ha sido el que más tarde se convirtió en “Buda”?

Esta pregunta nos aproxima a uno de los más profundos misterios de nuestra evolución terrestre. Para el sentir del hombre de nuestra época generalmente será muy difícil formarse una idea siquiera aproximada de lo grandioso que se esconde detrás de este misterio. Dentro del conjunto de nuestro cosmos al que pertenece la Tierra, existen en total doce Bodisatvas semejantes al que, cinco a seis siglos antes de nuestra era, se convirtió en Buda y que tuvo la misión de traer a la humanidad la gran doctrina de la piedad y del amor. Así como él tuvo esta misión, así también cada uno de los demás tiene su misión específica la que debe cumplir dentro del periodo terrestre que le corresponde. El Buda se halla íntimamente vinculado a la misión de la Tierra porque el desenvolvimiento del sentido moral es justamente la misión de nuestra época, a contar desde el tiempo del Buda, cinco a seis siglos antes de *nuestra* era, hasta que el nuevo Bodisatva llegue a vivir sobre la Tierra, como el Maitreya-Buda. Así, precisamente, progresa la evolución de la Tierra: de tiempo en tiempo descienden los Bodisatvas para infundir a la evolución lo que es el objetivo de su misión. Si pudiéramos abarcar con la mirada a toda la evolución terrestre, encontraríamos a doce Bodisatvas que pertenecen a la poderosa comunidad de entidades espirituales que de tiempo en tiempo tiene que enviar a la Tierra a uno de los Bodisatvas como misionero especial, uno de los grandes maestros. Existe, en cierto modo, una Gran Logia de doce Bodisatvas la que rige toda la evolución de nuestra Tierra. Esencialmente, podemos compararlos con lo que - en un nivel inferior - conocemos como “maestro”. Son maestros, grandes inspiradores dentro de una u otra esfera de lo que la humanidad ha de conquistar.

¿De dónde reciben los Bodisatvas lo que en las distintas épocas deben transmitir?

Quien pudiera echar la mirada al grupo de los doce Bodisatvas, la Gran Logia Espiritual, notaría que en medio de los doce está sentada una

decimotercera entidad a la que no podemos llamar maestro en el mismo sentido que a los doce Bodisatvas, sino que hemos de llamarla el ser del que *substancialmente fluye* la *sabiduría misma*. Por ello, es correcto y se expresa un hecho real si decimos: Los doce Bodisatvas se hallan sentados en la Gran Logia Espiritual, sumergidos en la “contemplación” de la suprema entidad que se halla en el centro y que hacia ellos hace fluir todo aquello que, como la misión de cada uno, deben transmitir a la evolución terrestre. Del decimotercero fluye lo que los doce tienen que enseñar. Ellos son los “maestros”, los inspiradores; el decimotercero es, como entidad en sí, lo que los demás enseñan, y ellos son sus mensajeros, de época en época. El es la misma entidad a la cual los antiguos Rishis llamaron “Vishva Karman”, a la que Zoroastro llamo “Ahura Mazdao”; es la entidad a la que nosotros llamamos el *Cristo*. El contenido de las enseñanzas de todo el coro de los Bodisatvas es la enseñanza de lo que es el Cristo, ¡lo que fue el Vishva Karman!. Así se entiende que el Buda ha sido ornado con las fuerzas del Vishva Karman; pero aquel que como el Jesús natánico había acogido en sí mismo al Cristo, no solo fue “ornado” sino que fue “ungido”, esto es ¡compenetrado del Vishva Karman, del Cristo!.

En todas partes donde los hombres tuvieron la noción, o el conocimiento adquirido por la iniciación, de estos grandes misterios de la evolución de la humanidad, hubo algo como un símbolo, una imagen de tal misterio. Así, por ejemplo, en los poco conocidos enigmáticos Misterios del Norte de Europa - los Misterios de los Trotos - ha sido creado, ya antes del advenimiento del cristianismo, un símbolo terrenal de la Logia de los doce Bodisatvas. En esos Misterios de los antiguos tiempos europeos, siempre hubo una comunidad de doce maestros los que enseñaban dentro de la evolución espiritual, y entre ellos el décimo tercero el que no enseñaba sino que, por su misma presencia, irradiaba la sabiduría que los demás recibían. Esto fue, sobre la Tierra, la imagen de un hecho celeste. Otro ejemplo nos da el poema “Los Enigmas” donde Goethe se refiere a su inspiración rosacruz y relata que doce hermanos se hallan sentados en torno del decimotercero, el que no necesariamente tiene que ser un gran maestro; pues el muy sencillo hermano Marcos ha de ser designado el decimotercero, después de la muerte del que está por dejarlos. Pues el elegido no será el portador de una enseñanza sino que ha de representar la substancia espiritual misma. Así fue en todas partes donde se tenía noción o el conocimiento de estos profundos hechos.

Resulta, pues, que el bautismo en el Jordán marca el momento de la evolución de la humanidad en que el “Decimotercero” celestial apareció como

la sustancia espiritual misma de la Tierra, de la cual debieron hablar y enseñar todos los demás, los Bodisatvas y Budas; y para que esa entidad pudiese incorporarse en un cuerpo humano, fueron necesarios todos aquellos inmensos pasos previos. En ello consiste el misterio del bautismo en el Jordán, y esa es la entidad que se describe en los Evangelios: Vishva Karman, Ahura Mazdao o el Cristo en el cuerpo del Jesús natánico. Hombre entre hombres, debió vivir sobre la Tierra durante tres años, en el Ser terrenal que, hasta la edad de treinta años, había sufrido todo cuanto hemos descrito en el curso de estas conferencias. Este Jesús natánico estuvo compenetrado e iluminado por la entidad que anteriormente estaba escondida en la luz y en los rayos del Sol que irradiaban desde el cosmos, esto es, la misma entidad que con el Sol, en tiempos remotos, se había separado de la Tierra.

Además, podemos preguntarnos: ¿Por qué esta entidad se ha reunido tan tarde con la evolución de la humanidad sobre la Tierra?. ¿Por qué no descendió antes para penetrar en un cuerpo etéreo humano como lo hizo en el bautismo del Jordán?.

Lo podemos elucidar si llegamos a comprender exactamente el acontecimiento que en el Antiguo Testamento se describe como el “pecado original” y que consiste en que ciertas entidades que habían quedado retrasadas sobre el nivel evolutivo de la antigua Luna, penetraron en el cuerpo astral humano durante el período terrestre de la Lemuria. Entidades luciféricas penetraron entonces en el cuerpo astral humano. La Biblia lo relata simbólicamente en la imagen del pecado original en el Paraíso. Por el hecho de que estas fuerzas penetraron en su cuerpo astral, el hombre ha quedado más enredado en las vicisitudes terrenales de lo que, de otro modo, hubiera sucedido. Sin este influjo luciférico, el hombre en cierto modo hubiera realizado su evolución terrenal en esferas más elevadas, no tan atado a la materia terrestre; quiere decir que debido a ello descendió a la Tierra antes del tiempo originariamente previsto. Ahora bien, si más tarde no hubiera acontecido nada más que lo anteriormente expuesto, todo el efecto de las fuerzas luciféricas arraigadas en el cuerpo astral, igualmente se habría extendido sobre el cuerpo etéreo humano. Esto es algo que las potencias cósmicas debieron impedir y, por esta razón, debió producirse algo particularmente importante. (Todo el significado de estos hechos se comprenderá más claramente por el contenido de mi “Ciencia Oculta”). Después de haber penetrado las fuerzas luciféricas en el cuerpo astral del hombre, se habían creado condiciones que no debían mantenerse, había que preservarlo de la influencia en su cuerpo etéreo de las fuerzas luciféricas. Esto

se logró por medio del hecho de hacerlo incapaz de utilizar la totalidad de su cuerpo etéreo; una parte de éste fue sustraído al libre uso del hombre. Sin esta ayuda benéfica de parte de los dioses, es decir, si el hombre se hubiera quedado con toda la fuerza sobre su cuerpo etéreo, jamás habría encontrado, de la manera correspondiente, su camino por la evolución terrestre. Determinadas partes del cuerpo etéreo debieron quitarse al hombre a fin de conservarlas para tiempos posteriores. Tratemos de examinar espiritualmente de qué partes se trataba.

El organismo humano se constituye, en primer lugar, de substancias que también observamos en el mundo exterior; a saber: de lo “térreo” o sólido; de “agua” o sustancia líquida; y de “aire” o sustancia gaseiforme. Estos son los elementos que componen el cuerpo físico del hombre, al igual que todo lo físico. Lo etéreo comienza con el primer estado etéreo al que llamamos el estado del éter del fuego, o simplemente “fuego”. Fuego o calor, lo que la física de nuestros tiempos no considera como algo substancial, sino meramente como movimiento; este es el primer estado del éter. El segundo es el éter de la luz, o simplemente “luz”; el tercer estado es el que al hombre no aparece en su forma primitiva; pues en el mundo físico sólo percibe un reflejo, cual una sombra de este éter, en forma de sonido. Pero a lo que, exteriormente percibido, es “sonido”, corresponde algo que es más sutil, etéreo, espiritual; de modo que al tono físico lo tenemos que considerar como un reflejo o sombra del tono espiritual, esto es, del éter del sonido o éter numérico. El cuarto dominio del éter es el éter de la vida, en el cual se basa todo lo que realmente es “vida”. En concordancia con lo que actualmente es el hombre físico, su “ser anímico” se expresa en su corporalidad física y en su cuerpo etéreo; pero a todo lo anímico corresponden determinadas substancias de lo etéreo. Lo que llamamos voluntad, se expresa en el elemento etéreo del “fuego”. Quien posea un poco de sensibilidad para ciertas correlaciones, podrá sentir que, en cierto modo, se justifica decir que la voluntad, que físicamente se expresa en la sangre, vive en el elemento fuego de lo etéreo. Físicamente se expresa en la sangre, o bien el movimiento de la sangre. Lo que llamamos sentimiento, se expresa en la parte del cuerpo etéreo que corresponde al “éter de la luz”. Así se explica que el clarividente ve los impulsos volitivos del hombre cual llamas de fuego que cruzan su cuerpo etéreo e irradian en su cuerpo astral; los sentimientos los ve como formas luminosas. Además, lo que el alma experimenta en el pensar y lo que expresamos con “palabras”, como sombras del pensar, tiene su órgano en el “éter del sonido”. Nuestras palabras se basan en los pensamientos, son formas de expresión de los pensamientos. Estas

Rudolf Steiner – El Evangelio Según San Lucas

formas de expresión llenan el espacio etéreo mediante oscilaciones que atraviesan el éter del sonido. Lo que se manifiesta como “sonido”, es meramente la sombra de las oscilaciones del pensar. Mas lo íntimo de nuestros pensamientos, lo que les confiere sentido, pertenece, por su estado etéreo, al “éter de la vida”.

Sentido	-	Éter de la vida.
Pensar	-	Éter del sonido.

Sentimiento	-	Éter de la luz.
Voluntad	-	Éter del fuego.

Aire.
Agua.
Tierra.

En el periodo de la Lemuria, después de la influencia luciférica, solamente *las dos inferiores* de las cuatro categorías del éter se dejaron a la libre disposición del hombre, o sea, el éter del fuego y el éter de la luz; en cambio, le quedaron sustraídas las dos superiores. En este hecho radica el verdadero sentido de cuanto se nos dice: después de haber alcanzado, por la influencia luciférica, el discernimiento entre el Bien y el Mal - dicho simbólicamente: por comer del “árbol del conocimiento”- le fue vedado al hombre comer del “árbol de la vida”. Esto significa que le fue sustraído lo que libremente hubiese compenetrado el éter de los pensamientos y el éter del sentido. Por consiguiente, el hombre debió desenvolverse de la siguiente manera: el hombre ha quedado libre en cuanto al empleo de su voluntad, la puede hacer valer como algo “personal”, como así también sus sentimientos. Sentimiento y voluntad han quedado libres para el actuar personal del hombre; de ahí se explica lo individual del mundo de los sentimientos y de la voluntad. En cambio, lo individual, cesa de manifestarse tan pronto como el hombre se eleve del sentimiento al pensar, o ya al elevarse a la palabra como expresión del pensamiento, durante la vida física. Los sentimientos y la voluntad de todo hombre son algo individual, mas al elevarnos al mundo de las palabras y de los pensamientos, entramos en algo general. No es posible que cada uno se forme sus propios pensamientos, pues no podríamos entendernos mutuamente si los pensamientos tuviesen el mismo carácter individual que los sentimientos. El pensar y el sentido fueron sustraídos al libre empleo del hombre y, por un tiempo, conservados en la esfera de los dioses, para que más

tarde fuesen dados al hombre. Es por esta razón que a la redonda de toda la Tierra encontramos a hombres individuales, es decir, con sentimientos e impulsos volitivos individuales; en cambio, en todas partes existe igualdad de los pensamientos y, en cada pueblo, igualdad de lenguaje. Donde hay un idioma común, existe también una deidad del pueblo en común. Esta esfera se sustrae al arbitrio del hombre; en ella obran, por ahora, los dioses.

Cuando Zoroastro alzó la mirada hacia el reino de lo espiritual, pudo decir a sus discípulos: “Desde el cielo fluye el calor, el fuego; desde el cielo fluye la luz; ellos son la vestimenta de Ahura Mazdao; pero detrás de ella se oculta lo que aún no ha descendido, lo que ha quedado en las alturas espirituales, lo que sólo ha proyectado una sombra en los pensamientos y en las palabras del hombre físico.” Detrás del calor y de la luz del Sol se oculta lo que vive en el sonido y en el sentido y que sólo se anunció a los que pudieron ver lo que hay detrás de la luz y cuya relación con la palabra del mundo físico es comparable a la relación que existe entre el Verbo Celeste y aquella parte de la vida que fue preservada de la influencia humana. De ahí que Zoroastro decía: “Elevad la mirada a Ahura Mazdao quien se manifiesta en la vestimenta física de la luz y del calor. Detrás de ella se halla el Verbo Divino Creador que va acercándose a la Tierra”.

¿Qué es Vishva Karman?. ¿Qué es Ahura Mazdao?. ¿Qué es el Cristo en su verdadera naturaleza?.

¡Es el **Verbo Divino Creador**!. Es por ello que en la doctrina de Zoroastro se nos comunica que él ha sido iniciado para percibir a Ahura Mazdao a través de la luz, pero asimismo al “Verbo Divino Creador”, llamado **Honover**, que debió descender a la Tierra y que, en el momento del bautismo en el Jordán, por primera vez descendió en un cuerpo etéreo humano. El Verbo Espiritual que desde la época de la Lemuria había quedado retenido, desde las alturas etéreas penetró en ese momento en el cuerpo etéreo del Jesús natánico. Una vez cumplido el bautismo, ¿Qué había sucedido?. ¡El “Verbo” se había **hecho carne**!.

Como videntes, Zoroastro y los que estaban iniciados en sus misterios, siempre han hablado del “Verbo” que se oculta detrás del calor y de la luz. Ellos fueron “Ministros del Verbo”, y el autor del Evangelio de Lucas escribió lo que transmitieron quienes “lo vieron por sus ojos” y, por ello, se hicieron ministros del Verbo.

Este ejemplo nos muestra nuevamente que los Evangelios deben tomarse en el sentido propio de la palabra. Lo que, debido al principio luciférico, durante tan largo tiempo se había negado a la humanidad, se ha

hecho carne, al descender a la Tierra, y vivió sobre la Tierra como arquetipo y ejemplo para aquellos que llegarán a comprender su naturaleza. Nuestra sabiduría terrestre ha de orientarse por el ejemplo que los Bodisatvas nos dieron, cuya misión es, en cada época, transmitir a la humanidad lo que es el Decimotercero entre ellos. A nosotros nos corresponde profundizar nuestra Ciencia Espiritual y emplear nuestra sabiduría, nuestros conocimientos y los resultados de la investigación espiritual para comprender la esencia y la naturaleza del Vishva Karman, del Ahura Mazdao - ¡y del Cristo!.

CAPÍTULO VIII

LAS FUERZAS ESPIRITUALES DE LA HUMANIDAD EL ADVENIMIENTO DE CRISTO

En las conferencias anteriores hemos tratado de formarnos una idea acerca del fundamento de los primeros capítulos del Evangelio de Lucas. Lo que el autor de este Evangelio nos da como una especie de “historia previa” del gran acontecimiento de Palestina, sólo puede descifrarse si se conocen los hechos que tuvieron lugar dentro de la evolución de la humanidad, de los cuales tuvimos que ocuparnos tan extensamente. Y esto nos permite saber *quién* fue la entidad que a los treinta años de su vida acogió en sí mismo aquel principio cósmico que también hemos caracterizado: *el principio Cristo*. Para mejor comprensión de lo que el autor del Evangelio de Lucas nos relata sobre la personalidad y el actuar del Cristo-Jesús, esto es de la individualidad que durante tres años, en un cuerpo humano, estuvo actuando en el mundo como el “Cristo”, es menester dibujar a grandes rasgos la evolución de la humanidad, tomando en consideración pormenores de esta evolución, de los cuales los hombres de nuestra época apenas pueden formarse un concepto adecuado. Referente a muchas cosas se juzga con miras estrechas y se cree que siempre haya habido lo que hoy o en el curso de los próximos dos o tres siglos sucede, como asimismo las leyes de la evolución humana. Principalmente se piensa que lo que hoy es considerado como desconocido, siempre haya sido “desconocido”. Es por esta razón que ahora se tiene tanta dificultad para comprender sin prejuicios los relatos que se refieren a los tiempos pasados como por ejemplo la época en que el Cristo vivió sobre la Tierra.

De lo que el Cristo Jesús realizó sobre la Tierra, el autor del Evangelio de Lucas nos habla de tal manera que, si concebimos el sentido de sus relatos, hemos de formarnos un concepto cada vez más claro de lo que fue, en aquel tiempo, la evolución de la humanidad. Para comprenderlo mejor, es preciso llamar nuevamente la atención sobre lo dicho en otras oportunidades; esto es que el origen de nuestra humanidad actual se remonta al tiempo de la catástrofe atlante, y que nuestros prístinos antecesores o sea nuestras propias almas, vivieron en la antigua Atlántida, aquel continente que hemos de situar entre Europa y África, por un lado, y América, por el otro. El gran cataclismo

atlante originó la transformación de la faz de la Tierra. Los pobladores de la Atlántida emigraron hacia el Este y hacia el Oeste, estableciéndose en los distintos territorios de la manera que hemos descrito para los tiempos post-atlantes. Así surgieron las civilizaciones que también hemos caracterizado: la cultura de la antigua India, la antigua cultura persa, la egipcio-caldea, la greco-romana y nuestra cultura actual.

Sería un concepto erróneo acerca de la evolución de la humanidad creer que durante todo el tiempo de la evolución post-atlante la naturaleza del ser humano siempre haya sido igual a la de ahora. Por el contrario, aquélla se ha modificado constantemente a tal grado que el ser humano ha sufrido enormes cambios. Los documentos históricos exteriores dan cuenta de pocos milenios solamente. Tan sólo el documento inaccesible a la investigación exterior que ya hemos caracterizado y al que hemos llamado la “Crónica del Akasha”, nos informa sobre la evolución transcurrida desde la catástrofe atlante. Nos enteramos pues que después de dicha catástrofe, primero se ha desarrollado la antigua cultura india durante la cual el hombre vivía aún más identificado con su cuerpo etéreo y no tan fuertemente unido con su cuerpo físico como más tarde sucedió. La gran mayoría de la población india ha sido nebulosamente clarividente, sin haber desarrollado la clara conciencia del Yo, como la que hoy conocemos. Su conciencia se parecía a la nuestra del ensueño, pero abarcó las profundidades de la existencia, con la visión del mundo espiritual. Para el hombre actual es de suma importancia tener conciencia - incluso para su futura evolución - de lo relacionado con el conocimiento y la forma del conocimiento. Siempre hacemos notar cómo nuestros antecesores de la antigua India veían el mundo, y que eran mucho más clarividentes que los hombres de tiempos posteriores. Pero si queremos comprender el Evangelio de Lucas, también hemos de hablar de otra particularidad de aquella época.

Debido al hecho de que el cuerpo etéreo sobresalía todo el cuerpo físico, encontrándose, a la vez, menos unido con éste que en nuestros tiempos, resultó que todas las fuerzas y cualidades anímicas del hombre tuvieron mayor poder sobre el cuerpo físico. Pero cuanto más el cuerpo etéreo penetraba en el físico, tanto menos poder ejercía sobre éste. En los antiguos atlantes, la parte del cuerpo etéreo que corresponde a la cabeza, aún sobresalía en mucho el cuerpo físico. En cierta medida, todavía fue así en los hombres de la antigua India. Esto les permitía, por una parte, desenvolver la conciencia clarividente y, por otra parte, ejercer un gran poder sobre los procesos del cuerpo físico. En la época actual, el cuerpo etéreo ha penetrado lo más profundamente en el cuerpo físico; y ya hemos llegado casi al extremo en que el cuerpo etéreo

volverá a salir, para liberarse e independizarse del cuerpo físico. A medida que la evolución de la humanidad transcurre hacia el porvenir, el cuerpo etéreo irá separándose, cada vez más, del físico. Actualmente, la humanidad ya ha pasado un tanto el punto más bajo, el de la mayor conjunción de los cuerpos etéreo y físico. Si comparamos un cuerpo humano de la antigua India con el actual, podemos decir que en aquel tiempo el cuerpo etéreo se hallaba relativamente libre, y el alma desplegab fuerza que ejercían su efecto sobre el cuerpo físico. En tal caso, la organización etérea, por estar menos atada a lo físico, acoge las fuerzas del alma y, por su dominio sobre el cuerpo físico, resulta que todas las influencias que el alma recibe, influyen también en gran medida en el cuerpo. Así se explica que, si en la época de la antigua India alguien lanzaba una palabra de odio contra otra persona, fue como un “pinchazo” que se sintió hasta en la conformación física. Pues el alma influía en el cuerpo etéreo y éste en el cuerpo físico. Por otra parte, una palabra de amor producía en el prójimo amplitud, calor y le abría el corazón, efectos que se sentían también en el cuerpo físico. Tanto las palabras de amor como asimismo las de odio influían en los procesos del cuerpo. Estas influencias iban disminuyendo en la medida en que el cuerpo etéreo penetraba en el físico. Todo esto se presenta ahora en forma distinta. Las palabras que se emiten, influyen ante todo en el alma, y ya son pocas las personas que sienten una palabra de odio como algo que les oprimiese hasta en lo físico; ni tampoco que una palabra de amor ampliase y beneficiase todo su ser. Aquellos singulares efectos de las palabras de amor o de odio que hasta en nuestros días sentimos físicamente en nuestro corazón, fueron de enorme intensidad al comienzo de la evolución post-atlante, y ello también permitía hacer uso de ellos de un modo muy distinto del de hoy. Ahora, nada depende de cómo se emita una palabra, pues aunque sea con todo el amor y calidez, la actual organización del ser humano, hasta cierto grado la rechaza, no dejándola penetrar. Su efecto depende no solamente de cómo se emita sino también de cómo se acoja.

Resulta pues que hoy no es posible influir directamente en el alma humana de tal manera que ello penetre hasta en toda la organización física. No obstante, en cierto modo si será posible, puesto que nos aproximamos a un tiempo por venir en que lo espiritual volverá a tener la importancia que le corresponde. Ciertamente, en el actual ciclo evolutivo poco podemos hacer en este campo para que el amor, la benevolencia y la sabiduría se transmitan directamente de nuestra alma al alma del prójimo y que en ésta adquieran la fuerza de obrar hasta sobre el cuerpo físico. Hemos de resignar y decirnos que esto sólo se logrará paso a paso. Sin embargo, esta influencia espiritual vuelve

a abrirse paso. Comenzará justamente sobre el terreno en que se arraigue la Ciencia Espiritual, puesto que la cosmovisión antroposófica es, a la vez, el comienzo del aumento de las influencias sobre el alma. Actualmente, raras veces será posible que de una palabra emanen efectos hasta en lo físico; pero es posible que, trabajando juntos, los hombres se dediquen a acoger en su alma una suma de verdades espirituales. Estas verdades espirituales van a ganar en vigor y adquirir poder en las almas, y con ello la fuerza para influir incluso en la organización física a fin de formarla conforme al contenido de esas verdades. De esta manera, lo anímico-espiritual volverá a ganar en el porvenir una fuerza poderosa sobre lo físico para formar éste cual una imagen refleja de aquél.

En los tiempos antiguos de la primitiva cultura india, lo que se llama “curar” también ha sido otra cosa que en los tiempos posteriores; pues todo esto se vincula con lo que acabamos de exponer. Con la influencia en el alma también se ejercía un enorme efecto sobre el cuerpo y, debido a ello fue posible, mediante la *palabra* compenetrada del adecuado impulso volitivo, influir en el alma de otra persona de tal manera que esta alma transmitía el efecto sobre el cuerpo etéreo y éste, a su vez, sobre el cuerpo físico. Así fue posible ejercer el efecto adecuado sobre el alma y, de la referida manera, sobre el cuerpo físico a fin de sanar la organización enferma. Si nos imaginamos que el médico de la antigua India poseía estas facultades en el más alto grado, comprenderemos que en aquel tiempo todo “curar” ha sido un proceso mucho más espiritual de lo que hoy puede ser, y subrayo: de lo que *puede ser*. Pero ya estamos acercándonos a la posibilidad de semejante manera de obrar. Lo que desde las alturas cósmicas espirituales traemos como una cosmovisión, como una suma de verdades que concuerdan con el contenido espiritual del mundo, se verterá en las almas humanas y, en el curso de la evolución de la humanidad, se convertirá en un medio de curación conforme a la más íntima naturaleza del hombre. En la vida, desde ahora hacia el porvenir, la Ciencia Espiritual será el gran remedio terapéutico para las almas. Con todo, hemos de comprender que la humanidad se encontraba en un camino de evolución descendiente, porque las influencias espirituales estaban en decadencia; y que ahora estamos en el punto más bajo de la evolución, de modo que solo lentamente podremos volver a elevarnos a las alturas en que antaño estábamos.

Las influencias que en la antigua India existían tan extensamente, se perdieron lentamente. Algo parecido, un influjo anímico, existió aún en la antigua cultura egipcia. Cuando más nos remontamos dentro de los tiempos de

la cultura egipcia, tanto más encontramos que hubo un influjo directo de un alma en otra, influencia que luego se transmitía sobre la organización física. Mucho menos existió tal influencia en el antiguo tiempo persa (anterior a la cultura egipcia) pues la cultura persa tenía otra misión; estaba llamada a dar el primer impulso para la penetración en el mundo físico. En lo relativo a las cualidades caracterizadas, la cultura egipcia ha tenido más afinidad con la antigua india que con la persa. En el pueblo persa, el alma comienza a encerrarse en si misma y a tener cada vez menos poder sobre la organización física, porque tenía la misión de ir desarrollando la autoconciencia. Es por esta razón que la cultura que se había conservado el dominio de lo espiritual sobre lo físico, debió confluir con otra corriente que principalmente estuvo destinada a engendrar la autoconciencia; y esas dos corrientes encuentran una especie de compensación en la cultura greco-romana la que fue el cuarto período dentro de las culturas post-atlantes. En esta última cultura la humanidad ya ha descendido tanto al mundo físico para producir una especie de equilibrio entre lo físico y lo anímico-espiritual. Se puede decir que en esta cuarta cultura el espíritu y el alma tuvieron aproximadamente el mismo dominio sobre el cuerpo que éste, a su vez, tuvo sobre el alma. Se ha producido algo así como un equilibrio entre ambas fuerzas.

Pero la humanidad debe pasar por una prueba ante el mundo a fin de capacitarse para volver a ascender a las alturas espirituales; y por esto sucedió que desde el tiempo greco-romano ella descendió aun más en la materialidad física. En nuestro tiempo de la quinta cultura post-atlante, el hombre tuvo que descender *debajo* de la línea del equilibrio; sólo pudo entonces elevarse en su interioridad y adquirir la conciencia del mundo espiritual, en forma más bien teórica. Debió fortalecerse interiormente.

Vemos pues que durante la cultura greco-romana hubo un estado de equilibrio, mientras que en nuestros tiempos lo físico predomina sobre lo espiritual-anímico, de modo que en cierto sentido lo espiritual-anímico ya no tiene poder, y sólo es posible acogerlo teóricamente. Durante siglos, la interioridad del hombre tuvo que limitarse a fortalecerse en sí misma de un modo que no abarcaba la conciencia exterior. Pero deberá volver a cobrar nuevas fuerzas y desarrollar una nueva conciencia. En la sexta cultura post-atlante, esta conciencia habrá alcanzado cierto poder: el hombre habrá entonces adquirido una cierta suma de espiritualidad la que, en vez de lo meramente teórico, le dará sabiduría y verdad *vivientes*. Lo espiritual será entonces tan potente que ejercerá el dominio sobre el cuerpo físico; pero no desde afuera, sino desde su propio ser interior.

Desde tal punto de vista ¿Cómo podemos explicar la misión de la Ciencia Espiritual, la Antroposofía, para con la humanidad?. Si en nuestros tiempos la Ciencia Espiritual se hará en el alma humana cada vez más viviente, la capacitará no sólo de obrar sobre el intelecto, sino que irá dándole calor; y el alma adquirirá el dominio sobre lo físico. Naturalmente, esto sólo será posible a través de ciertas etapas y mediante pasos que incluso puedan parecer retrasos y hasta daños. Pero se tratará de formas transitorias que prepararán el camino hacia un estado en que el hombre acogerá lo espiritual en sus ideas, un estado que significará el dominio de lo anímico-espiritual sobre lo físico-material. Todo hombre que ahora no sólo se interese por la sabiduría de la Ciencia Espiritual porque ella satisface su intelecto, sino que pueda entusiasmarse de las verdades de dicha ciencia, porque éstas le dan una íntima y viviente satisfacción, será un precursor de una humanidad que habrá conquistado el adecuado dominio del alma sobre el cuerpo. En nuestros tiempos ya podemos exponer las grandes verdades, así como lo hemos hecho en las conferencias anteriores, a saber: los grandiosos acontecimientos del confluir del budismo con el zaratustrismo, los sucesos palestinos al principio de nuestra era, y el hecho de que la sabiduría de la evolución del mundo ha creado las dos figuras del Jesús natánico y del Jesús salomónico.

Podría haber una doble manera de contemplar lo expuesto. Alguien podría decir: “Al principio, todo me parece algo fantástico para la ciencia actual; sin embargo, si considero los efectos exteriormente visibles, todo se me presenta bastante comprensible; y se aclara el contenido de los Evangelios si se presume que es correcto lo que se extrae de la Crónica del Akasha”. En cuanto a las figuras de los dos niños Jesús, se podría decir: “Ahora me explico mucho de lo que antes no pude comprender.” Otro más podría decir: “Si considero todo cuanto la investigación oculta me dice sobre el maravilloso actuar del Nirmanakaya del Buda que se vincula con el anuncio a los pastores, y si también contemplo la otra corriente en que el astro guió a los sabios de Zoroastro, cuando su jefe volvió a descender a la Tierra; todo este confluir me da la impresión de una indescriptible *belleza* dentro del devenir del mundo”. Efectivamente, se puede recibir la impresión de algo maravilloso, grandioso y poderoso que en verdad puede enardecer a nuestra alma y entusiasmarla por los procesos de la evolución del mundo.

Esto es lo mejor que de las grandes verdades podemos ganar. Las “pequeñas” verdades podrán satisfacer nuestra búsqueda de conocimientos; las “grandes” verdades, a su vez, darán calor a nuestro ánimo y diremos: lo que observamos en los procesos de la evolución del mundo, ¡Es de una belleza

maravillosa!. Y lo maravilloso y grandioso echará raíz en nuestro ser y nos eleva sobre la mera comprensión teórica. Aquí citamos lo que dice el Cristo, según el Evangelio de Lucas.

El sembrador salió a sembrar su simiente; y sembrando, una parte cayó junto al camino, y fue pisoteada; y las aves del cielo la comieron. Y otra parte cayó sobre la roca; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. Y otra parte cayó entre las espinas: y creciendo las espinas juntamente, la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y cuando fue nacida, llevó fruto centuplicado. (Lucas, 8, 5-8).

Así también ocurre con la cosmovisión antroposófica; a ella podemos aplicar lo que el Cristo Jesús dijo a sus discípulos para explicarles esta parábola. La semilla representa el reino de los dioses, el reino del cielo y del espíritu. Este reino del espíritu es la semilla que debe verterse en las almas humanas para dar sus frutos sobre la Tierra. Pero hay hombres que con sus fuerzas del alma restringidas rechazan la cosmovisión espiritual, el reino de las entidades divino-espirituales. Los obstáculos del alma lo devoran. Esto es el caso de muchos respecto las palabras del Cristo-Jesús, y lo es también referente la actitud de muchos frente a lo que la Antroposofía quiere dar al mundo; es como si las aves lo comieran sin dejarlo penetrar en el suelo. Hay otras almas que solo comprenden que se trata de verdades plausibles, pero verdades que no compenetran su propia sustancia y naturaleza. Serán capaces de transmitir a otros la sabiduría, pero sin haberse identificado con ella. Estas almas se parecen a los granos que cayeron sobre la roca. Otros granos cayeron entre las espinas que no los dejan crecer. Esto significa que Cristo Jesús habla de personas las que, si bien son capaces de comprender la palabra de la verdad espiritual, sus preocupaciones e intereses habituales hacen las veces de las espinas que no les dejan compenetrarse de las verdades espirituales. Hoy en día hay muchísimas almas que gustosamente aceptarían las verdades de la ciencia espiritual, pero la vida exterior las absorbe de una manera que no pueden sobreponerse a ella. Muy pocos son los hombres capaces de desenvolver en si mismos dichas verdades con absoluta libertad; son los que se parecen a la semilla que cae en buena tierra. Sienten el elemento antroposófico como verdad viviente, lo acogen en el alma y viven enteramente con él. Ellos son a la vez los precursores del eficiente obrar de las verdades espirituales en el porvenir. Pero nadie podrá convencerse de la eficacia de las

verdades espirituales, sin haber conquistado la debida confianza y la fuerza persuasiva a través de la propia fuerza interior del alma.

No es prueba en contra de la eficiencia de la verdad espiritual si en unas u otras personas aún no se nota su efecto sobre lo físico. Por el contrario, se puede decir que se debe considerar como una prueba de lo sano de la verdad espiritual el hecho de que frecuentemente ejerce un efecto negativo en poderosos cuerpos físicos. Así, por ejemplo, cuando un niño de débil salud física, porque desde muy temprano solo haya respirado el aire contaminado de una gran ciudad, no recupera la salud si de repente cambia a la atmósfera sana y fresca de las montañas, sino que podrá enfermarse aún más, justamente porque no resiste tal influjo. Así como esto no constituye un argumento contra lo sano del aire de montaña, así tampoco sería una prueba contra el efecto de los conocimientos espirituales si éstos, al penetrar en ciertas naturalezas humanas, pueden causar perjuicios temporales; pues esos conocimientos chocan con lo que desde siglos y milenios ha venido heredándose en los cuerpos humanos, y esto es algo que no concuerda con esas verdades.

En el mundo físico aún no podemos buscar las pruebas para estos hechos; debemos compenetrarnos de esos conocimientos, y así quedaremos convencidos de su verdad. Si bien puede haber pruebas de indicios en el mundo exterior, es preciso penetrar en las profundidades para ganar la convicción de que si los conocimientos antroposóficos parecen ser chocantes, es porque se enfrentan con condiciones malsanas dentro de la humanidad. La sabiduría espiritual es sana, lo que no siempre puede decirse de los hombres. Por esta razón es comprensible que ahora no se revele todo el contenido de esa sabiduría, ya que, de otro modo, haría demasiado daño; los hombres de cierta naturaleza quedarían con sus fuerzas quebrantadas, del mismo modo que la salud física por efecto del aire de montaña. Sólo paulatinamente pueden revelarse las grandes sabidurías, y esto conducirá a mejor salud de la humanidad.

Esta es la misión del “movimiento científico-espiritual”. Con él, los hombres volverán a conquistar lo que debieron perder; esto es, el dominio de lo espiritual-anímico sobre lo material. Lentamente, a partir de la cultura de la antigua India hubo aún hombres que, como herencia de tiempos antiguos, poseían el cuerpo etéreo parcialmente fuera del cuerpo físico siendo, por ello, susceptibles de influencias anímico-espirituales. Por esta misma razón, el Cristo debió venir justamente en esa época. Si hubiera venido en la nuestra, no habría podido obrar de la misma manera como en aquel tiempo, ni tampoco dar el gran ejemplo como lo hizo entonces. En nuestra era tropezaría con

organismos humanos mucho más identificados con la materia física. El Cristo mismo tendría que incorporarse en una organización física que ya no permitiría ejercer como en su tiempo, el poderoso efecto de lo anímico-espiritual sobre lo físico.

No solamente el Cristo sino también otras entidades tendrían que contar con esas condiciones, y la evolución de la humanidad sólo es comprensible si se la considera desde tal punto de vista. Tomemos el ejemplo de la misión del Buda: él dio a la humanidad la suprema doctrina del amor y de la piedad, como asimismo lo que se describe como el sendero de ocho etapas. Pero no hay que pensar que el Buda, si apareciera hoy, lo podría hacer de la misma manera, pues en nuestro tiempo no sería posible ofrecerle al Buda una organización física como instrumento adecuado de su evolución. El organismo físico del ser humano cambia continuamente, por lo que fue necesario observar exactamente el momento en que el Buda pudiera encontrar esa organización modelo para realizar el grandioso hecho del sendero de ocho etapas, destinado a ejercer su influencia y hacerla comprensible espiritualmente. Podría parecer extraño, sin embargo es así: todo cuanto la humanidad ha podido realizar posteriormente en lo filosófico y en lo moral, representa tan sólo un débil comienzo por el camino de alcanzar lo que las enseñanzas del Buda contienen. Por más que la gente admire toda clase de filosofías, como el kantianismo y otros sistemas; todo esto no es más que un principio elemental, comparado con los amplios fundamentos del sendero de ocho etapas; y la humanidad tardará mucho en elevarse a la comprensión de todo su contenido. El Buda actuó en su tiempo y dio al mundo la doctrina del amor y de la piedad como un hito de orientación para las futuras generaciones que por sus propias fuerzas deberán llegar a la comprensión de las verdades del sendero de ocho etapas. En la sexta cultura habrá un apreciable número de personas capaces de comprenderlas. Ciertamente, hemos de recorrer un camino muy largo hasta que el hombre pueda decirse: “Por las fuerzas del alma propia hemos llegado a conquistar lo que el Buda ha expuesto del sexto al quinto siglo antes de nuestra era; ahora, en nuestra alma, nos parecemos al Buda”.

Lentamente, la humanidad ascenderá a la cúspide. Los primeros exponentes son los que juntos con la respectiva individualidad forman parte de una gran era y que traen a la humanidad los elementos para comprender la nueva enseñanza. Los demás ascienden lentamente, y mucho más tarde alcanzan lo que se les indica como la meta. Finalmente, cuando cierto número de personas habrá alcanzado el grado de desarrollo para emprender el sendero

de ocho etapas, no como algo simplemente relatado en los libros del budismo, sino como algo propio, alcanzado por la cognición de su alma, esas mismas personas, también habrán llegado bastante lejos en cuanto a otro elemento de su desarrollo. En mi libro “¿Cómo se adquiere el conocimiento de los mundos superiores?”, dícese cómo se relaciona el desenvolvimiento de la flor de loto de dieciséis pétalos con el sendero de ocho etapas. Por el sendero de ocho etapas el hombre desarrollará el loto de dieciséis pétalos; entre ambos hay una íntima relación. Para el que penetra en el sendero de la evolución de la humanidad existe un indicio para conocer el grado de esta evolución: concuerda con el grado de desarrollo de la flor de loto de dieciséis pétalos, la cual será uno de los primeros órganos del que el hombre podrá servirse en el tiempo por venir. Una vez desarrollado este órgano, habrá cierto dominio de lo anímico-espiritual sobre lo físico. Únicamente el que se decida a buscar el desarrollo en sentido esotérico, podrá decir que realmente ha tomado el camino que es el sendero de ocho etapas. Los demás lo “estudiar”, lo cual, naturalmente, es muy útil, y les ayudará a evolucionar.

Por lo que antecede, también comprenderemos que lo espiritual-anímico sólo puede ejercer su influencia en las personas que ya hayan comenzado a compenetrar orgánicamente su alma propia de lo que reciben como sabiduría espiritual. En la medida en que el sendero de ocho etapas llegue a convertirse en vivencia del alma, obrará, a su vez, sobre lo físico. Los muy inteligentes materialistas podrán objetar, por cierto, que hayan visto a un hombre que había comenzado un desarrollo espiritual y, a pesar de ello, murió a los cincuenta años. Esto demuestra, dirán ellos, que la sabiduría espiritual muy poco ha contribuido para prolongar la vida. Sin embargo, no se aporta el argumento contrario, esto es, cuánto tiempo ese hombre hubiera vivido sin haber pasado por el desarrollo espiritual; pues podría ser que en tal caso sólo habría llegado a la edad de cuarenta años. Lo esencial es que las cosas se consideren de esta manera, en vez de verificar solamente lo sucedido, sin prestar atención a lo que no esté a la vista.

Hemos visto que lentamente la humanidad perdió el dominio de lo espiritual-anímico sobre lo físico, evolución que duró hasta dentro de la cuarta cultura en que el Cristo vino a la Tierra y en que aún había bastante personas que evidenciaban la influencia de lo espiritual en lo físico. Aquel fue el momento en que el Cristo debió venir a la Tierra; pues en caso de haber venido más tarde, no hubiera sido posible evidenciar las cosas en la misma forma en que fueron realizadas. Todo debió hacerse en ese preciso momento.

¿Qué es lo que significa la venida del Cristo al mundo?.

Significa que el hombre, al comprender correctamente la naturaleza del Cristo, va aprendiendo a servirse de su autoconciencia, con todo el poder de la conciencia de su Yo, y que este Yo va ganando el absoluto dominio sobre todo su ser. Mediante este Yo, consciente de sí mismo, será posible recuperar todo cuanto la humanidad había perdido en el curso de los tiempos. Pero así como el Buda tuvo que traer por primera vez las verdades del sendero de ocho etapas, así también, antes de concluir los tiempos antiguos, fue necesario dar el ejemplo del dominio del principio del Yo sobre todo cuanto en el mundo pueda existir de procesos de la corporalidad. Si el principio del Cristo entrara ahora al mundo, ya no sería posible ejercer los grandiosos efectos terapéuticos como en aquel tiempo. Esto sólo se pudo hacer porque aún había hombres con su cuerpo etéreo suficientemente elevado sobre el cuerpo físico para que aquél, mediante la mera palabra, o el mero tocar, pudiese recibir tan poderosa influencia de la que hoy, en el mejor de los casos, sólo puede haber la más débil reminiscencia. La humanidad empezó a desarrollar el Yo para que ante todo pudiese comprender la naturaleza del Cristo, como punto de partida para reconquistar lo que en tiempos pasados había perdido. En los últimos hombres de la característica anterior debió evidenciarse cómo el Yo, que en su plenitud existió en el Cristo Jesús, tal como existirá en todos los hombres al final de la evolución terrestre, obró poderosamente sobre todo el ser humano de aquel tiempo. Esto lo describe el autor del Evangelio de Lucas a fin de mostrarnos: “El Cristo trae al mundo un Yo que penetra los cuerpos físico, etéreo y astral de manera tal que sus efectos se hacen sentir en toda la organización corpórea”. Con ello quiso mostrar lo que sigue. Cuando el hombre, en el curso de cientos de miles de años, se haya apropiado de toda la fuerza que puede emanar del Yo del Cristo, entonces del Yo de cada uno podrán emanar efectos como los que del Cristo irradiaron hacia la humanidad. Esto se mostró en todas las esferas para la humanidad de aquel tiempo.

Se mostró, por ejemplo, que hay enfermedades que tienen su origen en el cuerpo astral del hombre y que se manifiestan según la naturaleza de todo el organismo humano. Hoy en día puede ser que las deficiencias morales de una persona queden limitadas al ámbito del alma misma. Puesto que, actualmente, el alma no posee el dominio sobre el cuerpo como en la era del Cristo, resulta que el pecado no ha de convertirse tan fácilmente, en enfermedad física. Pero, paso a paso vamos acercándonos nuevamente al estado en que el cuerpo etéreo sobrepasa el físico. En consecuencia, comienza una época en que habrá que poner sumo cuidado que los defectos anímicos en lo moral e intelectual, no se conviertan en enfermedades físicas. Ya estamos al comienzo de este nuevo

tiempo; y muchas enfermedades que se consideran como en parte anímicas, en parte corpóreas, esto es, las enfermedades “neuróticas”, señalan el comienzo del nuevo tiempo. Debido a que en sus percepciones y en su pensar el hombre actual haya sufrido la influencia de lo discordante del mundo circundante, se manifiestan las consecuencias en forma de “histerismo” y cosas parecidas. Pero esto se vincula con las peculiaridades de nuestra evolución en lo espiritual la que se inicia y que tiene que ver con la separación del cuerpo etéreo. Cuando el Cristo vino a la Tierra, había muchos hombres en los cuales sus pecados, principalmente pecados caracterológicos originados en deficiencias del pasado, encontraban su expresión en enfermedades. Lo que en el Evangelio de Lucas se llama “endemoniado” es, en el fondo, un pecado arraigado en el cuerpo astral, manifestándose como enfermedad. Son estados en que el hombre atrae seres extraños a su cuerpo astral, en el cual, mediante sus buenas cualidades, él no domina a toda su naturaleza humana. En las personas en que el cuerpo etéreo estaba aún separado del cuerpo físico, sucedía en aquellos tiempos que las deficiencias morales ejercían una influencia como la que el autor del Evangelio de Lucas nos relata como una clase de enfermedades que se expresan como el hallarse endemoniado. Y el Evangelio nos dice que semejantes personas se curaron al acercarse al Cristo Jesús y por las palabras de Él, de manera que se echó fuera lo malo que en esas personas obraba. Esto se da como un preanuncio de que al final de la evolución terrestre las cualidades del Bien ejercerán su efecto saludable sobre todas las demás.

Generalmente no se descubre lo que es menos llamativo, lo que se esconde detrás de otros aspectos; pues se hace también referencia a otras enfermedades, como las que se mencionan en el capítulo sobre la “curación del paralítico”. En aquellos tiempos aún se sabía que semejante enfermedad tiene su origen en las propiedades del cuerpo etéreo. El relato de que el Cristo Jesús cura también a los paralíticos significa, pues, que las fuerzas de su individualidad ejercen su influencia no sólo en el cuerpo astral, sino incluso en el cuerpo etéreo, de modo que también las personas con deficiencias en el cuerpo etéreo pueden ser curadas por las influencias descriptas. Justamente cuando el Cristo habla del “pecado más hondo” arraigado en el cuerpo etéreo, emplea una expresión singular que nos evidencia que ante todo hay que eliminar la causa espiritual de la enfermedad. Pues al paralítico no le dice: “¡Levántate y anda!” sino que alude a la causa que influye hasta en lo etéreo, y le dice: “¡Tus pecados te son perdonados!”. Esto quiere decir que primero hay que eliminar lo que como un pecado había penetrado el cuerpo etéreo. Los

exegetas de la Biblia generalmente no prestan atención a este discernimiento y no se dan cuenta de que aquí se evidencia que la influencia del Cristo se extendía no sólo a los enigmas del cuerpo astral sino también a los del cuerpo etéreo. Es más, se extendía hasta a los enigmas del cuerpo físico.

¿En qué sentido se hace referencia a los enigmas del cuerpo físico los que en cierto modo son los más profundos?.

En lo externo de la vida se manifiesta claramente la influencia que se ejerce de cuerpo astral a cuerpo astral: mediante una palabra llena de odio se puede herir a una persona; ella oye tal palabra y la siente en su cuerpo astral como un dolor. He aquí la correlación entre cuerpo astral y cuerpo astral. Más escondida se halla la correlación entre cuerpo etéreo y cuerpo etéreo, pues se trata de efectos sutiles de hombre a hombre que hoy día ni siquiera se tienen en cuenta. Pero las influencias más escondidas son las que afectan el cuerpo físico, porque éste, más que los otros, corre un velo ante la influencia de lo espiritual, debido a su densidad material. Para comprender cómo el Cristo ejerce el dominio sobre el cuerpo físico, hemos de referirnos a algo totalmente incomprensible para el pensamiento materialista de nuestros tiempos, pues ello presupone ciertos conocimientos de la Ciencia Espiritual.

El Cristo Jesús demuestra que le es posible mirar a través de la corporalidad física y ejercer su influencia hasta dentro de ella misma, y que de esta manera puede, con sus fuerzas, curar las enfermedades que tienen su origen en el cuerpo físico. Pero para ello es necesario conocer las influencias enigmáticas del cuerpo físico de una persona en el cuerpo físico de otra. Si se considera al ser humano como delimitado por la epidermis, no es posible actuar espiritualmente. Muchas veces hemos dicho que un dedo de nuestra mano es más inteligente que nosotros mismos, pues sabe que la sangre no podría circular en él, si no circulase ordenadamente por todo el cuerpo y que, separado del organismo, tendría que secarse. Del mismo modo, si el hombre tuviera conocimiento de las condiciones de su cuerpo, sabría que por su organización física pertenece a toda la humanidad y que constantemente se producen influencias de uno en el otro; además que la propia salud física no puede considerarse separada de la salud de toda la humanidad. Ciertamente lo reconocerá en lo superficial, no así en los efectos sutiles; pues ignora los hechos. Aquí en el Evangelio de Lucas se alude a estos efectos sutiles, como lo expresa el octavo capítulo:

Y aconteció que volviendo Jesús, recibióle la gente; porque todos le esperaban. Y hubo un hombre, llamado Jairo que era príncipe

de la sinagoga, y cayendo a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa, porque tenía una hija única, como de doce años que se estaba muriendo. Y yendo, le apretaba la multitud. Y una mujer, que tenía flujo de sangre hacía ya doce años, la cual había gastado en médicos toda su fortuna, y por ninguno había podido ser curada, al acercarse por las espaldas, tocó el borde de su vestimenta; y luego se estancó el flujo de su sangre.

Al Cristo se le ruega curar a la hijita de Jairo, de doce años. ¿Como será posible, estando ella por morir?. Sólo lo comprenderemos si tenemos presente que su enfermedad física hallase en relación con un fenómeno en otra persona, y que no es posible curarla sin tomar en cuenta aquel otro fenómeno. Pues, al nacer la que ahora tiene doce años, hubo un vínculo profundamente kármico con otra persona. Es por esta razón que se nos relata que por las espaldas se acercaba a Jesús una mujer que desde hacía ya doce años tenía cierta enfermedad y que ella tocaba el borde de su vestimenta. Había un vínculo kármico entre la niña de doce años y la mujer que desde doce años atrás estaba enferma. Es por ello que se nos presenta el enigma numeral: a Jesús se acerca una mujer con una enfermedad que ya duraba doce años; ella encuentra la salud - y sólo ahora entra Jesús a la casa de Jairo y puede curar a la niña de doce años que ya se había considerado muerta.

Para comprender el karma que obra de hombre a hombre, hay que contemplar lo profundo de tales vínculos, y así se comprenderá la tercera de las maneras de obrar del Cristo Jesús: la que abarca todo el organismo humano. Y con ello se proyecta una luz sobre el supremo obrar del Cristo, según el Evangelio de Lucas.

Así se nos enseña claramente cómo el Yo del Cristo con toda su esencia influyó en los distintos principios del ser humano. Esto es lo esencial; y el autor del Evangelio de Lucas que en los respectivos capítulos enfoca especialmente los efectos terapéuticos, quiso mostrar que éstos representan el desenvolvimiento de las fuerzas del Yo en el apogeo de la evolución de la humanidad. Se nos enseña, pues, que el Cristo debió influir en el cuerpo astral, el cuerpo etéreo y el cuerpo físico del organismo humano. En cierto modo, Lucas señala el gran ideal de la evolución de la humanidad, diciendo: “mirad vuestro porvenir. Vuestro Yo, tal como se ha desarrollado hasta ahora, aún está débil; poco dominio puede ejercer. Pero con el correr de los tiempos llegará a dominar y a transformar los cuerpos astral, etéreo y físico. El Cristo os ha enseñado el gran ideal de conquistar este dominio”.

Estas son las verdades en que se basan los Evangelios y que sólo pudieron transmitir los que no se apoyaban en documentos exteriores, sino en el testimonio de los que “lo vieron con sus ojos” y que fueron “ministros del Verbo”. Paso a paso, la humanidad alcanzará la comprensión del contenido de los Evangelios. Con ello se apropiará las verdades de los documentos religiosos con tal intensidad y con tanta fuerza que esas verdades influirán realmente en todos los principios de la organización humana.

CAPÍTULO IX

LA FUERZA DEL SINAÍ

LA FUERZA DEL AMOR

Por la conferencia anterior resulta que un documento como el Evangelio de Lucas sólo puede comprenderse si se considera la evolución de la humanidad en un sentido superior, tal como lo provee la Ciencia Espiritual, esto es, si se toman en cuenta los cambios que en el curso de la evolución han tenido lugar en toda la organización del ser humano. Si queremos comprender el cambio fundamental que se ha producido con el advenimiento del Cristo (lo que es necesario para la comprensión del Evangelio de Lucas), conviene compararlo con el proceso que en nuestros tiempos visiblemente se realiza, aunque no tan rápidamente sino más bien paso a paso.

Para verlo claramente, debemos deshacernos del juicio que, por ser el más cómodo, frecuentemente se emite: se afirma que en la Naturaleza, o en la evolución, no se producen “saltos”, quiere decir que no sobrevienen cambios repentinos. ¡Nada más equivoco que esto!. En la Naturaleza continuamente se producen “saltos”, y lo esencial es precisamente que haya cambios repentinos. Obsérvese, por ejemplo, cómo se desenvuelve el germen de una planta: cuando nace la hojita cotiledónea, es un salto muy importante. Otro salto importante se produce cuando la planta va de la formación de hojas a la flor; y otro importantísimo se produce en el desarrollo del fruto. Continualmente se producen saltos, y quien no lo tome en cuenta, no podrá comprender la Naturaleza. Contemplando la evolución de la humanidad, se podría creer que si ella, en el curso de un siglo, va al paso de tortuga, tuviera que seguir al mismo ritmo en tiempos posteriores. No obstante, puede suceder que en determinada época la evolución prosiga lentamente, de igual manera que la planta va de la primera a la última hoja antes de pasar, por un salto, a echar la flor. Así también, en la evolución de la humanidad, se producen saltos; y uno de estos saltos importantes ocurrió cuando el Cristo vino a la Tierra. Sucedió entonces que, en relativamente breve tiempo, se transformaron la antigua clarividencia y el dominio de lo espiritual sobre lo físico, y luego restó muy poco de la fuerza clarividente y de la influencia de lo anímico-espiritual en lo físico. Antes de producirse este cambio, fue necesario reunir lo que, como

herencia de tiempos antiguos, había quedado; y esto formó la base del obrar del Cristo Jesús. Luego pudo acogerse lo nuevo como punto de partida de una lenta y paulatina evolución.

En nuestro tiempo, y en otra esfera, también se produce un “salto”; si bien no tan repentino, pues se realiza dentro de un periodo relativamente largo, pero en forma concebible para quien trate de comprender nuestra época. Hay personas que ahora, partiendo de este o aquel ámbito espiritual, vienen a escuchar una conferencia de la ciencia espiritual. Por ejemplo, un representante de una comunidad religiosa escucha una disertación antropológica sobre la naturaleza del cristianismo. Puede ocurrir que él diga: “Todo lo escuchado está muy bien y, en el fondo, no contradice lo que nosotros, desde el púlpito o la cátedra, también decimos; pero sin embargo, nosotros hablamos de tal manera que todo el mundo puede comprenderlo; en cambio, lo que aquí se expone, es de tal naturaleza que sólo uno que otro puede comprenderlo”. Quien hable así, o quien piense que del cristianismo tan sólo habría que hablar como él mismo lo concibe o lo predica, no toma en consideración que es obligación de cada uno no juzgar según su criterio personal sino de acuerdo con los *hechos*. En una oportunidad tuve que responder a semejante personalidad: “Usted cree acaso que predica las verdades cristianas para *todos*. Sin embargo, lo decisivo en este caso son los hechos, no la creencia. ¿Es que todos frecuentan la iglesia suya?. Pienso que los hechos prueban lo contrario; para los que en su iglesia encuentran lo adecuado, no se presta la Ciencia espiritual, sino que ella está para los que buscan algo distinto”. Generalmente, la gente tiene mucha dificultad para juzgar en concordancia con los hechos y para discernir entre su criterio personal y los hechos.

Ahora bien, si no fuere posible contrarrestar la opinión de esa gente de que ella está en lo cierto, por lo que recusa a todo aquel que tenga una opinión distinta y si, finalmente, la vida espiritual no pudiere sostenerse contra tal fuerza contraria: ¿Qué sucedería entonces?. Resultaría que a cada vez mayor número de personas quedaría cerrado el acceso a la difusión de las verdades de esta o aquella corriente espiritual. Serían cada vez menos los que acudirían a los lugares donde podrían escuchar semejantes cosas espirituales. Y de no existir ninguna corriente científica espiritual, los interesados no podrían satisfacer sus inquietudes espirituales, decaerían en fuerzas por falta de nutrición espiritual. Empero, no depende de la voluntad personal el modo de formarse el alimento espiritual sino del curso de la evolución. Hemos llegado al punto en que el hombre busca la satisfacción de sus inquietudes espirituales,

la interpretación de los Evangelios, etc.; pero lo que importa no es como nosotros queremos dar la alimentación espiritual, sino como el alma humana la *exija*. En el alma humana ahora se ha suscitado el anhelo hacia la ciencia espiritual, y los que intenten enseñar algo distinto, encontrarán cada vez menos oyentes. Vivimos en una época en que el alma humana se aviene cada vez menos a tomar el contenido de la Biblia tal como en el curso de la evolución cultural europea de los últimos cuatro a cinco siglos ha sido tomado. O la humanidad acoge la ciencia espiritual y, por medio de ella, una nueva comprensión de la Biblia, o llegará a un punto en que perderá la aptitud de leerla, como ya está sucediendo en el caso de muchos que no conocen la Antroposofía. La humanidad perdería la Biblia, la que tendría que desaparecer, con lo cual se perderían inmensos tesoros espirituales: ¡los más importantes valores espirituales de nuestra evolución terrestre!. Es preciso comprenderlo. Ha llegado el momento de tal “salto” en el curso de la evolución: ***el corazón humano exige la interpretación antroposófica de la Biblia***. Si la humanidad la obtiene, la Biblia subsistirá a su beneficio; de otro modo, la Biblia se perderá. Así podemos caracterizar el salto que ahora se está realizando en la evolución de la humanidad. Quien tenga presente estos hechos, se mantendrá firme en el cultivo de la corriente espiritual antroposófica, como una necesidad para dicha evolución.

Con todo, lo que ahora sucede es, considerado de un punto de vista más elevado, de relativamente poca envergadura, si lo comparamos con lo acontecido cuando el Cristo Jesús vino a la Tierra. En aquel tiempo, el estado de la evolución de la humanidad fue de tal característica que en cierto modo existieron aún los últimos signos de la evolución que ha tenido lugar desde los tiempos más remotos e incluso desde el anterior estado planetario de nuestra Tierra. Fue una evolución que esencialmente abarcaba los cuerpos físico, etéreo y astral del hombre. Ciertamente, él ya poseía su Yo; pero este Yo desempeñaba entonces un papel secundario: su plena autoconciencia estaba aún eclipsada por las tres envolturas, los cuerpos físico, etéreo y astral, estado que perduró hasta el advenimiento del Cristo Jesús.

Supongamos que el Cristo no hubiese venido a la Tierra. En tal caso, ¿Qué hubiera sucedido?. Con la prosecución de la evolución humana, el Yo del hombre se hubiera desenvuelto plenamente; pero en la medida en que el Yo se hubiera manifestado en su plenitud, todas las anteriores facultades significantes de los cuerpos astral, etéreo y físico, como asimismo la antigua clarividencia y el dominio del alma y del espíritu sobre el cuerpo, se hubieran desvanecido, por una necesidad de la evolución. El hombre se hubiera

convertido en un Yo auto-consciente, pero, con el tiempo, éste le hubiera conducido al egoísmo y a la extinción del amor sobre la Tierra. Los hombres hubiesen sido “Yoes”, pero totalmente egoístas. Esto es lo esencial. La humanidad había llegado a la madurez de desenvolver su yoidad; pero con ello había dejado los tiempos de la antigua influencia en su ser. En la antigua cultura hebrea, la Ley del Sinaí pudo ejercer su influencia, porque el Yo aún no se había independizado, de modo que la influencia se ejercía en el cuerpo astral como principio más elevado al que se daba la orientación para el correcto actuar. La Ley del Sinaí fue, en tal sentido, una especie de preanuncio, pero un *último* preanuncio dentro del período previo a la total emancipación del Yo.

Dar a este Yo su contenido, impulsarlo a un desarrollo para hacer fluir la fuerza del amor desde el propio Yo, esto ha sido lo que el Cristo realizó sobre la Tierra. Sin la venida del Cristo, el Yo se hubiera convertido en un recipiente vacío; en cambio, por el advenimiento del Cristo tenemos el Yo como un receptáculo que más y más se llena de amor. Por esto, a los que le rodeaban, el Cristo pudo decir: “cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís que vendrá la lluvia. Y cuando sopla el viento del sur, decís que habrá calor. Sabéis juzgar el tiempo según los indicios exteriores; mas no reconocéis los signos de la época. Pues si supierais juzgarlos, podríais saber que Dios debe penetrar en el Yo, y no diríais: podemos vivir con lo que se conserva de los tiempos pasados. Lo que se origina en los tiempos pasados, es lo que os dan los escribas y los fariseos con la intención de conservar lo anticuado, y para que no se agregue nada a lo que los hombres recibieron en el pasado; pero esto es un fermento que ya no surtirá ningún efecto que pudiese favorecer la evolución de la humanidad. Quien diga: yo quiero quedarme con lo que nos ha dado Moisés y los Profetas, no comprende los signos de la época; no se da cuenta de la transición por qué pasa la humanidad”. Con palabras significativas, el Cristo dijo a los que le rodeaban que tornarse hombre crístico no depende del afecto de cada uno sino de la necesidad de proseguir la evolución de la humanidad. Con lo relativo a los “signos de la época”, el Cristo quiso hacer comprender que ya no basta el fermento en manos de los escribas y fariseos que tratan de conservar lo antiguo, y que sólo niega este hecho quien juzgue según su afecto y no de acuerdo con las necesidades del tiempo. Sólo podrían creer que ese fermento sea útil, quienes no sepan juzgar según las necesidades del tiempo, en vez de hacerlo de acuerdo con sus inclinaciones personales. Por esta razón, el Cristo caracterizó

de hipocresía, o más bien de “contrario a la verdad”, lo que decían los escribas y los fariseos.

Para comprender la fuerza del sentimiento de las palabras del Cristo, podemos compararlas con lo que en nuestros tiempos sucede. ¿No existe, acaso, ahora algo parecido a los “escribas”? Ciertamente, existe: son los que rehúyen la profunda interpretación de los Evangelios, los que se contentan con la explicación, sin tomar en cuenta los conocimientos con que la ciencia espiritual profundiza el estudio de las Escrituras. Sólo por medio de la ciencia espiritual será posible obtener la verdad acerca del contenido de los Evangelios. Así se explica lo desconsolador y la frialdad de la actual investigación, comparándola con la efectiva búsqueda de la verdad. Y hay algo más: aparte de los “escribas” y “fariseos” tenemos ahora una tercera categoría de personas, y éstas son los representantes de la ciencia natural; de modo que podemos hablar de tres categorías de hombres que excluyen todo cuanto pueda conducir a lo espiritual, a las facultades que pueden adquirirse para investigar los fundamentos espirituales de los fenómenos naturales. Pero son ellos quienes ocupan las cátedras y quienes dominan en cuanto a la explicación de los fenómenos naturales, denegando el criterio espiritual. Son ellos quienes entorpecen el progreso de la evolución de la humanidad, puesto que este progreso se detiene donde se deja de reconocer los signos de la época. En nuestros tiempos, para actuar en sentido de la imitación de Jesucristo, se requiere la valentía de enfrentarse a todos aquellos que, al oponerse a la interpretación antroposófica de las Escrituras y de los fenómenos naturales, entorpecen el progreso de la humanidad. Enfrentándose a los que sólo reconocían a Moisés y a los Profetas, el Cristo nos ha dado el ejemplo. Las palabras del Cristo, según el Evangelio de Lucas, tendrían que llegar al corazón de los que entorpecen el progreso de la evolución.

Una de las más hermosas y más profundas parábolas en dicho Evangelio, es la que comúnmente es llamada la del “mayordomo infiel” (Cap. 16). Allí se relata que un hombre rico tenía un mayordomo acusado de disipar los bienes de aquél, por lo que resolvió despedirle. Consternado de ello, el mayordomo dijo dentro de sí: ¿Qué haré para que mi señor no me quite el puesto?. Cavar, no puedo; mendigar, me daría vergüenza; y se le ocurrió una escapatoria, diciéndose: hasta ahora, siempre he salvaguardado los intereses de mi señor, sin cuidar los intereses de los deudores; tengo que hacer algo para que ellos me acepten en sus casas, a fin de no quedarme arruinado. Al primer deudor preguntó: ¿Cuánto debes a mi señor?. Y le rebajó la mitad de la deuda. Otro tanto hizo con cada uno de los demás. Así trató de ganar la simpatía de

los deudores para que, en caso de ser despedido, éstos le dieran empleo y no tuviera que morir de hambre. El Evangelio continúa diciendo - de lo que muchos lectores podrían quedar sorprendidos - "...y alabó el Señor al mayordomo malo por haber hecho discretamente". Entre los que hoy en día explican los Evangelios, hubo quienes se preguntaron a cuál señor se refiere esto, a pesar de que se dice claramente que Jesús mismo elogió al mayordomo por su sagacidad. El texto continúa: "porque los hijos de este mundo son, en su generación, más sagaces que los hijos de la luz." Así figura en la Biblia desde hace siglos. ¿Nadie se habrá preguntado qué es lo que quiere decirse con esto: los hijos de este mundo - en su generación - son más sagaces que los hijos de la luz?. En todas las traducciones de la Biblia figura: "en su generación". Si alguien, con solo cierto grado de conocimiento del griego, hiciera la traducción, tendría que llegar al sentido correcto: "¡Porque los hijos de este mundo, *de su manera*, son más sagaces que los hijos de la luz!". De su manera, quiere decir, según su modo de comprenderlo, son más sagaces. Esto es el sentido de las palabras del Cristo. Los que desde hace siglos tradujeron este pasaje, confundieron el término "de su manera" con otro que en el idioma griego suena parecido, o sea, la palabra "generación" (parecido a género), puesto que, según las circunstancias, se empleaba tal palabra en lugar del otro término. Parece increíble, sin embargo es así que buenos traductores, como por ejemplo Weizsäcker siempre de nuevo cometieron el citado error. Parecía que tales personas se olvidasen de sus más primitivos conocimientos adquiridos en el colegio, cuando se empeñan en escudriñar la correcta conformación de los documentos bíblicos.

Es tarea primordial de la ciencia espiritual antroposófica procurar que el mundo reciba los documentos bíblicos *en su forma correcta*, pues en la forma actual es como si no la tuviera, y nadie tiene la posibilidad de representarse su verdadero contenido. Voy a explicarlo más exactamente.

¿Qué es lo que quiere decirnos esta parábola del "mayordomo infiel"?. Este hombre pensó: si me echan de mi puesto, tendré que ganar la simpatía de los demás, pues comprendió que no se puede servir a dos señores". "Debéis comprender" - les dijo el Cristo a los circundantes - "que vosotros tampoco podéis servir a dos señores; a saber, al que como Dios ahora ha de vivir en vuestro corazón, y a ese otro al que se referían los escribas con su interpretación de los Libros de los Profetas. No podéis servir al Dios que como principio del Cristo deberá vivir en vuestras almas, el cual hará progresar la evolución de la humanidad y, al mismo tiempo, al dios que entorpecería esta evolución". Es una verdad que todo lo bueno y justo de los tiempos acabados,

se convierte en obstáculo para la futura evolución. En cierto modo, la evolución se basa en que lo adecuado para determinada época, se convierte en escollo si se lo traslada a un tiempo posterior. A las potencias que dirigen los “obstáculos”, se los llamaba entonces - con un término técnico - el **Mammón**. “No podéis servir al Dios que da el progreso y, al mismo tiempo, a Mammón que es el dios de los obstáculos. Mirad al mayordomo que como hijo de este mundo comprendió que ni con el Mammón común se puede servir a dos señores. Así también debéis comprender que, para convertirnos en hijos de la luz, no podáis servir a dos señores”.

En nuestros tiempos, también hemos de comprender que no es posible conciliar la corriente del dios Mammón, representada por los escribas de nuestra época y los ilustres de la ciencia natural, con la ciencia que hoy tiene que dar a la humanidad el alimento adecuado. En esto reside el concepto del verdadero cristianismo; con otras palabras: así hemos de traducir lo que Cristo Jesús quiso decir mediante la parábola de que no se puede servir a “dos señores”.

La ciencia espiritual ha de dar vida a todo de que ella se ocupa, y el Evangelio tiene que ser algo que se convierte en nuestras facultades espirituales. No basta con que hablemos mucho de que en los tiempos del Cristo Jesús hubo que repudiar a los escribas y fariseos; antes bien, hemos de enterarnos cómo cobra vida y en qué consiste ahora lo que el Cristo, para su época, denominó el “dios Mammón”. En esto consiste la viviente comprensión, y esto es, a la vez, lo que en el Evangelio de Lucas es de singular importancia. Con la mencionada parábola; la que no figura sino en el Evangelio de Lucas, se vincula uno de los más importantes conceptos de todos los Evangelios. Para elucidarlo, hemos de referirnos, una vez más, pero en sentido algo distinto, a la relación del Buda y su aporte a la evolución de la humanidad, con el advenimiento del Cristo Jesús. Hemos dicho que el Buda ha dado a la humanidad la magna doctrina de la piedad y del amor. Este es uno de los casos en que lo expuesto por el ocultismo debe entenderse con toda exactitud, pues alguien podría objetar: “Una vez nos has dicho que el Cristo habría traído el amor a la Tierra, y en otra oportunidad se nos dice que el Buda ha traído la doctrina del amor”. ¿No es lo mismo en ambos casos?. Por el contrario, hay una gran diferencia, pues una vez digo que el Buda ha traído a la Tierra la **doctrina del amor**; en otra oportunidad, en cambio, se afirma que el Cristo haya traído a la Tierra el amor como **fuerza** viviente. Cuando se trata de lo más profundo que atañe a la humanidad, hay que fijarse con exactitud para que nadie nos diga: “se nos habla de dos entidades que nos habrían traído

el amor, y así se trata de satisfacer a todos”. Sin embargo, estas importantes verdades se presentan bajo su verdadera luz, si logramos comprenderlas realmente.

Sabemos que el contenido de la gran doctrina de la piedad y del amor, como el Buda la dio, encuentra su expresión en el sendero de ocho etapas, y nos preguntamos ¿A qué meta nos conduce este sendero?. Dicho de otro modo: ¿A qué grado evolutivo llega el hombre que de lo hondo de su alma considera el sendero de ocho etapas como el ideal de su vida, diciéndose: “¿Cómo llego al desarrollo más perfecto?, ¿Cómo purifico mi Yo de la manera más perfecta, y qué debo hacer para que mi Yo actúe en el mundo de la manera más perfecta?”. La respuesta será: “Si observo todo lo que dicho sendero exige, mi Yo alcanzará la máxima perfección, pues todo tiende a la purificación y el ennoblecimiento del Yo, todo consiste en el trabajo de mi Yo para alcanzar su perfeccionamiento”. Por consiguiente, si la humanidad desarrolla todo lo que el Buda hizo rodar como la “Rueda de la Ley” - así es el término técnico -, llegaría a saber lo que es el Yo más perfecto. En sus pensamientos y como sabiduría la humanidad llegaría a tener los Yoes más perfectos. Con otra; palabras: Buda dio a la humanidad la sabiduría del amor y de la piedad, y si hacemos de nuestro cuerpo astral un producto del sendero de ocho etapas, sabremos en qué consisten las leyes de la doctrina de este sendero. Empero, existe una diferencia entre la *sabiduría*, el “pensamiento” y la activa *fuerza viviente*. Son dos cosas distintas: saber cómo el Yo debe ser, por un lado, y, por el otro, la fuerza viviente que fluye en el Yo y del Yo hacia el mundo, tal como la fuerza que emanaba del Cristo actuaba sobre los cuerpos astral, etéreo y físico de las personas en torno suyo. Lo que el Cristo dio al mundo, fue, ante todo, la fuerza viviente, no una “doctrina”; El mismo se ha dado al mundo, ha descendido a la Tierra, para fluir no solamente en el cuerpo astral sino en el Yo del hombre, para que este Yo tuviera la fuerza de irradiar la *sustancia esencial del amor*; el *viviente* contenido del amor, no solamente la “sabiduría” del amor.

Han pasado más de mil novecientos años y cinco siglos; aproximadamente, desde que el gran Buda vivió sobre la Tierra; y la sabiduría oculta nos revela que a partir de ahora transcurrirán otros tres mil años, hasta que un número apreciable de hombres serán capaces de desarrollar, por la fuerza de su propia moralidad, de su alma y corazón, el sendero de ocho etapas, la sabiduría del Buda. Del obrar del Buda sobre la Tierra emanó la fuerza que, con el tiempo, los hombres desarrollarán como sabiduría del sendero de ocho etapas y, finalmente, lo tendrán como algo propio - al cabo de

tres mil años, a contar de ahora -. El hombre mismo podrá realizar este desarrollo, no solamente recibir su conocimiento desde afuera; éste fluirá de él mismo, como sabiduría de la piedad y del amor. Al final de su evolución, el hombre, lleno de sabiduría, sabrá qué es el contenido de la piedad y del amor; esto lo debe al Buda. Tendrá, al mismo tiempo, la facultad para derramar el amor, desde su Yo a la humanidad entera; esto lo debe al Cristo.

De esta manera, ambos debieron obrar conjuntamente, y así hemos de exponerlo con el fin de contribuir a la comprensión del Evangelio de Lucas. También lo vemos si logramos interpretar correctamente las palabras que nos da este Evangelio. Los pastores acuden para recibir la anunciación; en la Altura está la multitud de los ángeles, como expresión espiritual imaginativa del Nirmanakaya del Buda. ¿Qué es lo que se les anuncia?. Es “la revelación desde las Alturas de la sabiduría de Dios”. Esto lo anuncia el Nirmanakaya del Buda que como multitud de los ángeles se halla sobre el niño Jesús natánico. Pero se agrega algo más: “y paz a los hombres de la Tierra que estén compenetrados de buena voluntad”; esto quiere decir: a los hombres, en los cuales nace la verdadera fuerza viviente del amor. Esto es lo que, por el impulso del Cristo, ha de realizarse sobre la Tierra; El agregó la fuerza viviente a la “revelación desde las Alturas”. La vertió en todo corazón humano, pero no solo como doctrina que se acoge como pensamiento e idea, sino como fuerza que del alma humana fluye hacia el mundo; es la misma fuerza que en el Evangelio de Lucas, como asimismo en los demás, es denominada la *fuerza de la fe*. Esta es la fe en el sentido de los Evangelios. Tener fe significa acoger al Cristo en sí mismo, para que el Cristo viva en el hombre, y para que el Yo no sea simplemente cual un recipiente vacío, sino que tenga un contenido sobreabundante que fluye hacia afuera, contenido que no es sino el amor.

El Cristo fue el primero en “hacer rodar la rueda del amor” - no la rueda de la “Ley” - lo que significa que El pudo “curar por la fuerza de la palabra”, como libre facultad y fuerza del alma humana, por medio del amor supremo y sobreabundante que se derramó en los que venían para ser curados. La palabra que El pronunciaba, ya sea levántate y vete” o “los pecados te son perdonados”, o bien otra palabra, emanó del amor que de su interioridad se derramó. El Cristo llamó “creyentes” a los que fueron capaces de compenetrarse de este hecho. Es preciso que con el concepto “fe” no relacionemos otro pensamiento sino el que acabo de caracterizar, porque se trata de uno de los más importantes en el Nuevo Testamento. “Fe” es la capacidad de elevarse sobre sí mismo, lo que emana del Yo por

sobreabundancia de las fuerzas que conducen a su perfeccionamiento. El Cristo que se incorporó en Jesús natánico, donde se reunió con la fuerza del Buda, no pregunta: “¿Como ha de perfeccionarse el Yo?” sino: “¿Cómo puede el Yo elevarse sobre sí mismo y derramar su sustancia?”. Muchas veces lo dice con palabras sencillas, y las palabras del Evangelio de Lucas, en general, hablan a los corazones sencillos; así por ejemplo: “No basta con que hagáis bien a los que a vosotros hacen bien, porque los pecadores hacen lo mismo. Si ellos saben que todo lo que han dado les será devuelto, no lo han dado por amor sobreabundante. Mas si prestáis, sabiendo que no os será devuelto, lo habréis dado por verdadero amor, por el amor que no está encerrado en el Yo sino que se derrama del Yo como fuerza sobreabundante, la que fluye del hombre”. De la más variada forma habla el Cristo de la fuerza rebosante del Yo con que el hombre debería obrar en el mundo. En el Evangelio de Lucas, las palabras que se refieren al “amor rebosante” son las que más hablan al corazón.

En el Evangelio de Mateo se encuentran en voz latina las palabras que representan una síntesis de la glorificación del amor del Evangelio de Lucas: ***Ex abundantia cordis os loquitur***. “Desde el corazón rebosante habla la boca”. ¡Uno de los supremos ideales del cristianismo!. La boca habla desde el corazón rebosante, o sea, de lo que en el corazón no cabe. El corazón late, impulsado por la sangre, y la sangre es expresión del Yo. “En tus palabras vive la fuerza del Cristo, cuando tú hablas con la fuerza de la fe, que es la fuerza que irradia del Yo rebosante”. Desde el corazón rebosante habla la boca, esta es una sentencia fundamental acerca de la naturaleza del cristianismo.

Con lo que antecede comprenderemos cómo prosigue la evolución de la humanidad hacia el porvenir. La entidad que cinco a seis siglos antes de nuestra era del Bodisatva se elevó al Buda, ascendió al mundo espiritual de tal manera que desde entonces obra como Nirmanakaya; se elevó a un nivel más alto y ya no necesita volver a encarnarse en un cuerpo físico. Al ascender de Bodisatva a Buda transmitió la misión correspondiente a otra entidad la que fue su sucesor como nuevo Bodisatva. Hay una leyenda budista que lo expresa por algo que representa una profunda verdad del cristianismo. Se nos relata que, antes de descender a la Tierra a fin de convertirse en Buda, la individualidad del Bodisatva habríase quitado la tiara celeste y la habría puesto al Bodisatva sucesor. Este último sigue obrando con una misión algo distinta. El también está destinado para convertirse en “Buda”. Esto sucederá justamente cuando cierto número de hombres, por su propio poder, habrán

desarrollado la doctrina del sendero de ocho etapas, es decir dentro de tres mil años, aproximadamente. Su misión le fue confiada cinco a seis siglos antes de nuestra era, y él se convertirá en Buda a los tres mil años, a contar de ahora. La doctrina oriental lo llama el *Maitreya-Buda*. Habrá entonces un número apreciable de hombres tan sabios que les será posible desarrollar, por la fuerza del propio corazón, la doctrina del sendero de ocho etapas; y el nuevo Bodisatva traerá entonces al mundo una fuerza nueva.

Si hasta entonces no se realizaran otros progresos, este Bodisatva encontraría, por cierto, hombres que, al reconcentrarse en sí mismos, podrían encontrar la doctrina del sendero de ocho etapas, pero que, en lo más íntimo de su alma, no estarían dotados de la fuerza del amor sobreabundante, del viviente amor. Esta fuerza viviente del amor deberá afluir, para que el Maitreya-Buda encuentre hombres que no solo comprendan lo que es el amor, sino que posean la *fuerza* del amor. Para que esto se haga posible, el Cristo tuvo que venir como entidad que solo tres años estuvo sobre la Tierra y que antes, nunca se había incorporado físicamente. En el obrar del Cristo sobre la Tierra, durante tres años, desde el bautismo en el Jordán hasta el Misterio del Gólgota, reside la causa de que, desde entonces en adelante, el amor pueda fluir en el corazón y en el alma, o sea, en el Yo humano; para que el hombre se compenetre, cada vez más, de la fuerza del Cristo, de modo que, al final de la evolución terrestre, se halle enteramente compenetrado del Cristo. Así como el Bodisatva primero tuvo que dar la doctrina de la piedad y del amor, así también, desde las alturas celestes, el Cristo tuvo que traer a la Tierra la esencia del amor, para que el propio Yo pudiese hacerse dueño de ella. No es que anteriormente el amor no haya existido; sin embargo, no hubo el amor como patrimonio del Yo humano, sino el amor inspirado que el Cristo había fluir de las alturas cósmicas y que, inconscientemente, penetraba en el ser humano, del mismo modo que antes - el Bodisatva, también de manera inconsciente, hacia penetrar la doctrina del sendero de ocho etapas. Es un punto esencial que para el Cristo el incorporarse en un cuerpo humano significó un progreso. Los instruidos de la ciencia espiritual conocen muy bien al sucesor del Buda que ahora obra como Bodisatva y que más tarde será el Maitreya-Buda. Llegará el día en que será posible hablar de este hecho más extensamente y en que también se podrá revelar el nombre de este Bodisatva; por ahora hemos de contentarnos con los hechos ya señalados. Cuando finalmente el nuevo Bodisatva aparezca sobre la Tierra para convertirse en el Maitreya-Buda, encontrará el fruto de la siembra del Cristo, en los hombres que afirmarán: “No basta con que mi cabeza esté llena de la sabiduría del

sendero de ocho etapas; poseo no solamente la doctrina y la sabiduría del amor; mi corazón está compenetrado de la substancia viviente del amor que se derrama y que irradia hacia el mundo”. Y el Maitreya-Buda asumirá entonces su misión ulterior para proseguir la evolución del mundo.

Así confluyen las distintas corrientes, y sólo así comprenderemos lo profundo del Evangelio de Lucas que nos habla no de una doctrina, sino de la entidad cuya sustancia penetró en los seres terrestres, en la organización humana. En el ocultismo se expresa este hecho con las palabras: Por medio de la sabiduría, los Bodisatvas que se convierten en Budas pueden redimir al hombre terrestre en cuanto a su espíritu; pero jamás pueden redimirlo en su totalidad, puesto que sólo es posible redimir al hombre entero, si toda su organización se compenetra no solamente de sabiduría sino del calor de la fuerza del amor. Dicho de otro modo: traer la “sabiduría del amor”, ha sido la misión de los Bodisatvas y del Buda; dar a la humanidad la “fuerza del amor”, ha sido la misión del Cristo. Hemos de distinguirlo claramente.

CAPITULO X
LOS REINOS CELESTES EN EL
NACIMIENTO VIRGÍNEO.
EL EVANGELIO DEL AMOR,
LA FE Y LA ESPERANZA

En esta conferencia, como resultado de lo expuesto en las anteriores sobre el Evangelio de Lucas, llegaremos a la cumbre de nuestras contemplaciones, a ocuparnos del “Misterio del Gólgota”.

En las conferencias anteriores hemos tratado de explicar lo que realmente aconteció en aquel momento de la evolución de la humanidad en que el Cristo, durante tres años, vivió sobre la Tierra; además, hemos caracterizado cómo ese acontecimiento pudo tener lugar gracias a la confluencia de las corrientes espirituales a que nos hemos referido. La misión del Cristo sobre la Tierra, la llegaremos a comprender mejor si somos capaces de apreciar el contenido del Evangelio de Lucas bajo la luz de los conocimientos adquiridos a través de la Crónica del Akasha.

Ahora, alguien podría preguntar: Basándonos en el hecho de que la corriente espiritual del budismo se entreteje orgánicamente con el cristianismo, ¿Cómo se explica entonces que dentro de la doctrina del cristianismo no se haga referencia alguna a la gran Ley del “karma” la que rige la compensación del destino en el curso de las distintas encarnaciones del ser humano?. Empero, sería un malentendido creer que ese Evangelio no contuviera las verdades que la ley del karma nos enseña. Ciertamente, las contiene; no obstante, si queremos comprenderlo correctamente, hemos de ver con claridad que en distintas épocas, el alma humana también tiene necesidades distintas. Los grandes misionarios de la evolución del mundo no siempre pueden dar a la humanidad la verdad absoluta en forma abstracta; puesto que los hombres, en sus distintos grados de madurez, no serían capaces de comprenderla, sino que esos misionarios tienen que hablar de tal manera que los hombres reciban lo adecuado de cada época. Lo que el Buda ha dado a la humanidad, contiene toda la sabiduría que, en relación con la doctrina de la piedad y del amor y su aplicación por el sendero de ocho etapas, conduce a la profunda comprensión de la idea del karma; y sólo es preciso admitir que el

alma humana contiene todo cuanto pueda conducirla a la idea del karma y la reencarnación.

En la conferencia anterior hemos dicho que dentro de tres mil años a contar de ahora, gran parte de la humanidad ha de llegar al grado de desarrollo en que, por las fuerzas de su propia interioridad, será capaz de alcanzar la doctrina del sendero de ocho etapas y - hoy podemos agregar - también la del karma y la reencarnación. Pero este desarrollo ha de producirse lentamente, paso a paso, pues, así como la planta no produce flores, una vez colocada la semilla en la tierra, sino que primero tiene que desarrollar las hojas, según leyes inherentes, así también es necesario que la evolución espiritual de la humanidad vaya de grado en grado y que, a su debido tiempo, aparezcan los resultados correspondientes. Quien, dotado de las facultades que la ciencia espiritual le puede dar, profundice la contemplación anímica, necesariamente encontrará la idea del karma y la reencarnación. Sin embargo, hay que tener presente que la evolución va por etapas, y que realmente es así que sólo en nuestros tiempos las almas llegaron a la madurez para encontrar en sí mismas la idea del karma y la reencarnación. No hubiera sido conveniente que, exotéricamente, esta doctrina se hubiese dado a conocer algunos siglos antes de nuestra era; tampoco hubiera sido conveniente que, un par de siglos antes de nuestra era, el contenido de nuestra ciencia espiritual, tan hondamente anhelada por las almas humanas y vinculada con la investigación del fundamento de los Evangelios, abiertamente hubiese sido dado a la humanidad. Para ello, ha sido necesario que las almas tuviesen sed de recibir ese contenido y que desarrollasen las facultades para acoger la idea del karma y la reencarnación; también ha sido necesario que esas almas hayan pasado por encarnaciones anteriores, incluso dentro de la era cristiana, con el fin de adquirir la madurez de comprender dicha idea. Sólo en nuestros tiempos, la humanidad alcanzó la madurez para acoger el contenido espiritual del karma y de la reencarnación. Por esta razón, no es de extrañar que en lo que, desde hace siglos, ha sido transmitido a la humanidad como contenido de los Evangelios, figure mucho que en realidad da una imagen enteramente tergiversada del cristianismo. En cierto modo, el Evangelio fue dado a los hombres prematuramente, puesto que sólo ahora están llegando a la madurez para desarrollar en el alma las facultades que pueden conducirlos a la comprensión del verdadero contenido de los Evangelios. Ha sido absolutamente necesario que la forma de hablar de Cristo tuviera en cuenta el estado del alma humana de aquella época, de modo que no correspondía dar una doctrina abstracta de reencarnación y karma, sino hacer fluir en el alma

humana los sentimientos que paulatinamente la hiciesen madurar para acoger aquella doctrina. Dicho de otro modo: en aquella época hubo que transmitir lo que paso a paso condujese a la comprensión del karma y de la reencarnación; en cambio, no correspondía dar la doctrina misma.

Si queremos saber si el Cristo y los que le rodeaban hablaron así, hemos de examinar el Evangelio de la correcta manera; y si lo hacemos con la debida comprensión, veremos en qué forma se pudo entonces hablar de la ley del karma.

Lucas 6, 20-23: Bienaventurados vosotros los pobres; porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre; porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados seréis, cuando los hombres os aborrecieren, y cuando os apartaren de sí, y os denostaren, y desecharen vuestro nombre como malo, por el Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos; porque vuestra recompensa es grande en los cielos.

Aquí tenemos la doctrina de la recompensa o “compensación”, sin que se mencione, en forma abstracta, la idea de karma y reencarnación, sino haciendo fluir en las almas el sentimiento de certidumbre de que el hombre que en algún sentido sufra hambre o privación, experimentará la compensación. Sentimientos de esta índole tuvieron que verterse en las almas humanas que entonces vivieron en la Tierra; y las que acogieron la doctrina en esa forma, alcanzaron, en su nueva encarnación, la madurez para recibir la sabiduría de la idea de karma y reencarnación. Al reencarnarse estas almas, había llegado una era totalmente nueva; una época en que el hombre empezó a desarrollar su *Yo*, su autoconciencia, con plena madurez. En tiempos pasados, el hombre recibía las **revelaciones** cuyos efectos obraban en su cuerpo astral, su cuerpo etéreo y cuerpo físico; ahora, en cambio debió alcanzar la plena conciencia de su *Yo*, pero sólo paso a paso, este *Yo* se llenará de las fuerzas que ha de recibir. Únicamente aquel *Yo* que vino a la Tierra con la corporalidad adecuada, la del Jesús natánico en que previamente se había incorporado la individualidad de Zoroastro, sólo este *Yo* pudo realizar en sí mismo el principio universal del Cristo. Los demás seres humanos, paso a paso y mediante la imitación del Cristo, deberán desarrollar en sí mismos lo que en aquel tiempo, durante años, existió sobre la Tierra en aquella única personalidad. El Cristo no pudo dar a la humanidad sino el estímulo, el

germen; y, en el curso de los tiempos, este germen tiene que desenvolverse y crecer. Igualmente, se dispuso lo necesario para que en el curso de la evolución terrestre y en los momentos correspondientes, aparecieran los hombres que trajeran a la humanidad lo que en los tiempos posteriores contribuyese a su mayor madurez. El Cristo dio “la anunciación” en la forma en que la humanidad de su época lo pudo comprender y, además, dispuso lo pertinente para que más tarde aparecieran las individualidades que en lo espiritual contribuyesen al desarrollo de las almas, según la mayor madurez de éstas.

El autor del Evangelio de Juan nos describe de qué manera el Cristo preparó lo que debió suceder en los tiempos posteriores al acontecimiento del Gólgota. Nos relata cómo, en la figura de Lázaro, el Cristo resucitó a la individualidad que más tarde actuó como Juan en la forma descrita en las conferencias sobre el “Evangelio de Juan”. (*El Evangelio según San Juan, del mismo autor*). Además, el Cristo debió disponer lo necesario para que en tiempos aun posteriores pudiera aparecer otra individualidad la que, en sentido de la ulterior evolución, hiciera fluir en la humanidad lo que entonces correspondiese a la madurez más avanzada del ser humano. Con este fin, el Cristo debió resucitar a otra individualidad más. La descripción de este hecho, nos la da fielmente el autor del Evangelio de Lucas. Al decirnos que él describe lo que en aquel tiempo el clarividente imaginativo e inspirado pudo transmitir acerca del acontecimiento de Palestina, nos señala a la vez lo que, en tiempos por venir, otra individualidad dará como su enseñanza. Con relación a este proceso misterioso, el autor del Evangelio de Lucas nos habla en este documento de otra “resurrección”. Lo que allí encontramos sobre la *resurrección del jovencito de Naín*, contiene el misterio del eterno obrar del cristianismo. Mientras que la curación de la hija de Jairo, de la que les hablé en la penúltima conferencia, se relaciona con tan profundos misterios que el Cristo sólo permitió la presencia de muy pocas personas a las que después impone que no lo contasen a nadie; vemos, en cambio, que otra “resurrección” se realiza así que inmediatamente se difunde. En el primer caso se trató de una curación que presuponía el profundo conocimiento de los procesos del cuerpo físico; el otro caso representa una resurrección, una iniciación. La individualidad que estuvo incorporada en el adolescente de Naín, debió experimentar una iniciación de singular característica.

Existen diversas formas de iniciación. Una de ellas consiste en que, inmediatamente después del proceso que conduce a la iniciación, el ya iniciado percibe la luz del conocimiento de los mundos superiores y tiene la

visión de los fenómenos y leyes de los mundos espirituales. Otra forma de la iniciación puede tener lugar de tal manera que, como primer paso, el alma del iniciando tan sólo recibe el germen y que deberá esperar hasta que, en una nueva encarnación, se desenvuelva este germen con el resultado de que en esa encarnación posterior llegará a la iniciación en su verdadero sentido. Semejante iniciación se hizo efectiva en la individualidad del adolescente de Nain. En los tiempos del acontecimiento de Palestina, su alma resultó transformada; aún no tenía la conciencia de haberse elevado a los mundos superiores. En la encarnación posterior se desarrollaron las fuerzas que en aquel momento quedaron introducidas en esta alma.

Aquí, en una conferencia exotérica no pueden darse los nombres históricos; solamente podemos señalar que esa misma individualidad apareció a su tiempo en un poderoso maestro religioso; de manera que, en una época posterior, surgió un nuevo representante del cristianismo, con las fuerzas que fueron vertidas en el alma del adolescente de Naín.

En los tiempos venideros, esta misma individualidad estará llamada a introducir en el cristianismo, cada vez más, la doctrina de reencarnación y karma; o sea, unir con el cristianismo las enseñanzas que en los tiempos en que el Cristo vivió en la Tierra, no pudieron darse como sabiduría concreta, pues debieron verse en las almas como fuerzas del sentimiento. El Cristo dio a comprender que la *plena conciencia del Yo* entró como algo totalmente nuevo en la evolución de la humanidad, y señaló - esto lo verá quien sepa leer con la debida atención - que en tiempos pasados el hombre no vivenciaba el mundo espiritual con plena conciencia de su Yo, sino que lo espiritual le penetraba por medio de los cuerpos físico, etéreo y astral, y que ello siempre estaba acompañado de un cierto grado de inconsciencia. Anteriormente, el hombre debió recibir la Ley del Sinaí que solo hablaba a su cuerpo astral. Esta ley obraba en él, pero no directamente por las fuerzas de su Yo las que solo pudieron obrar en los tiempos del Cristo Jesús, porque solo entonces el hombre alcanzó la conciencia de su Yo. El Cristo lo da a entender, según el Evangelio, cuando dice que, para acoger un principio totalmente nuevo, era necesario que el alma humana llegase a su plena madurez; lo da a entender al hablar de su precursor, Juan el Bautista.

¿Como vio el Cristo a la individualidad de Juan?

Dijo que Juan, antes de la aparición del Cristo, era llamado a caracterizar, en la forma más pura y más noble, el contenido de la antigua doctrina de los Profetas. Para el Cristo, Juan fue la figura que, como por última vez, represento, en la forma más pura y más noble, lo que pertenecía a

los tiempos *antiguos*. Hasta el tiempo de Juan prevalecían la “Ley y los Profetas”, y él debió, por última vez, exponer al hombre lo que la antigua doctrina y el antiguo contenido del alma podían darle. Pues, ¿Como obraba este antiguo contenido del alma en los tiempos antes de entrar el principio del Cristo en la evolución?.

He aquí algo que a su debido tiempo se convertirá en conocimiento de la ciencia natural, cuando ella se dejará inspirar por la ciencia espiritual, por más extraño que actualmente se le parezca. Al respecto, tengo que tocar algo, aunque solo de paso, para demostrar hasta qué profundidades de la ciencia natural, la ciencia espiritual es capaz de proyectar luz. Actualmente, mediante las limitadas capacidades del pensamiento humano, la ciencia natural trata de penetrar en los misterios de la existencia humana. Ella expone que por la acción conjunta de los gérmenes masculino y femenino se logra la formación de todo el organismo humano. Mediante el microscopio, cuidadosamente trata de establecer lo que en la sustancia se halla de origen masculino y lo que proviene del germen femenino. Sin embargo, llegará el día en que esta ciencia natural, por su propia investigación, se verá impulsada a reconocer que solo una parte del organismo humano se determina por la acción de los gérmenes masculino y femenino, y que en el actual ciclo evolutivo es, efectivamente así que - por más exactamente que se llegue a definir lo que proviene de los distintos gérmenes - por regla resultará que esto no da la explicación toda. En todo organismo humano existe algo que no se origina en el germen, sino que, en cierto modo, es de “nacimiento virgíneo”; algo que desde otras esferas se vierte en el proceso germinativo. Con el germen humano se reúne algo que no proviene del padre ni de la madre, pero que no obstante le pertenece y que, como destinado a *él mismo*, penetra en su Yo, dentro del cual podrá ennoblecerse si llega a unirse con el Cristo. Lo que en el curso de la evolución de la humanidad se unirá con el Cristo, es la parte que representa el nacimiento virgíneo. Con sus propios medios, la ciencia natural descubrirá que esto se halla en relación con la importante transición que en los tiempos del Cristo tuvo lugar. Antes de esa transición, nada pudo haber en lo interno del ser humano sino lo que provenía del germen; y esto nos hace ver que en el curso de los tiempos realmente se producen cambios con respecto a la evolución del Yo. Acogiendo el principio del Cristo, la humanidad tiene que desarrollar y ennoblecer lo que, desde aquel tiempo, se le va agregando a los componentes del mero germen.

Esta contemplación nos acerca a una sutil verdad. Para el conocedor de la ciencia natural moderna es interesante ver que al investigador de ciertos

fenómenos resulta casi palpable que en el ser humano hay algo que no se origina en el germen. Sería fácil descubrirlo, puesto que las condiciones previas ya existen, sólo que el intelecto del investigador aún no se ha desarrollado lo suficiente como para reconocer correctamente lo que sus experimentos y observaciones le ofrecen. La ciencia natural no llegaría muy lejos si únicamente dependiera de la habilidad de los investigadores. Mientras éstos trabajan en el laboratorio, en la clínica o en otros campos de actividades, las potencias que dirigen al mundo se hallan detrás de ellos y hacen aflorar a la superficie lo que el mismo investigador no comprende y para lo cual él es tan sólo instrumento. Es absolutamente correcto decir que incluso la investigación objetiva es dirigida por los “maestros”, las individualidades superiores; sólo que de esto comúnmente el hombre no se da cuenta. No obstante, estas cosas entrarán en observación tan pronto las facultades conscientes de los investigadores se compenetren de los conocimientos espirituales de la Antroposofía.

Gracias a la evolución que desde la venida del Cristo a la Tierra ha tenido lugar, se ha operado una gran transformación de las facultades del hombre, el que anteriormente sólo pudo valerse de las facultades que surgían de los gérmenes paterno y materno. Durante la vida entre el nacimiento y la muerte, el hombre desenvuelve las facultades inherentes a los cuerpos físico, etéreo y astral. Antes de la época del Cristo Jesús, esas facultades únicamente fueron preparadas de cuanto el mismo germen daba; después se agregó lo que proviene del nacimiento virgíneo y que no se debe al germen. Naturalmente, estas nuevas facultades pueden echarse a perder si el hombre se abandona a la mera concepción material; en cambio, si él acoge el calor que emana del principio del Cristo, las ennoblecerá y las llevará consigo, en forma cada vez más elevada, a las nuevas encarnaciones.

Lo que antecede, presupone que en todas las enseñanzas anteriores al advenimiento del Cristo hubo un elemento determinante que dependía de las facultades provenientes de la descendencia y que el hombre recibía con el germen. Presupone, además, que el Cristo tuvo que dirigirse a las facultades que nada tienen que ver con el germen terrestre sino a las que se unen con el germen que proviene de los mundos divinos. Para hablar a los hombres, todas las grandes individualidades aparecidas antes de la venida del Cristo Jesús no pudieron valerse sino de las facultades adquiridas en su naturaleza terrena a través del germen; todos los profetas, los grandes fundadores e incluso los Bodisatvas tuvieron que servirse de estas facultades. No así el Cristo Jesús; Él habló a aquello en el hombre que no se origina en el germen sino a lo que

proviene del reino de lo divino; y así habló a sus discípulos sobre la naturaleza de Juan el Bautista: “Os digo que no hay mayor profeta que Juan el Bautista, entre los nacidos de mujeres”. Esto quiere decir, entre los cuya naturaleza tiene su origen en el germen masculino y femenino. Pero sigue diciendo: “La más mínima parte de lo que no nació de mujer y que se une con el hombre desde el reino de Dios, es *mayor* que Juan”. ¡Tan profunda verdad se oculta tras estas palabras!. Cuando los hombres estudien la Biblia bajo la luz de la ciencia espiritual, descubrirán que ella contiene verdades *fisiológicas* más grandes que todo cuanto el moderno pensar fisiológico y superficial pueda producir. Las palabras citadas nos inducen a buscar una de las más grandes verdades fisiológicas.

El Cristo lo explica de la más variada manera. Quiere destacar que lo que Él trae al mundo es algo totalmente nuevo, distinto de todo lo anteriormente dado, porque se enuncia con las facultades provenientes de los reinos de los cielos, facultades no recibidas por herencia. Señala también que no será fácil comprender semejante verdad, semejante Evangelio, porque los hombres quieren llegar a la convicción de la misma manera como antes pudieron comprenderlo. Pero el Cristo dice que de la nueva verdad no es posible convencerse de esa misma manera, puesto que el testimonio de la forma antigua no es propio para comprender la nueva. Las formas en sentido de la antigua verdad se comprenden cabalmente si se simbolizan mediante la “señal de Jonás”. Esta señal simboliza la manera antigua de cómo el hombre se eleva al conocimiento de los mundos espirituales, o - con palabras de la Biblia - se convierte en profeta. La antigua manera de llegar a la iniciación ha sido como sigue: a los iniciandos se los preparaba cuidadosamente para que su alma adquiriese la debida madurez de conocer la vida espiritual; después, durante tres días y medio, se los mantenía sustraídos al mundo exterior en un lugar donde sus sentidos exteriores nada podían percibir, y donde su cuerpo se encontraba en un estado parecido a la muerte. A los tres días y medio volvíase a despertarlos, haciendo volver el alma a su cuerpo. Estos hombres poseían entonces la capacidad de recordar la visión de los mundos superiores, obtenida en ese estado, y de hablar ellos mismos de esos mundos. Esto fue el gran secreto de la antigua iniciación, que al alma, después de su intensa preparación, se le mantenía fuera del cuerpo, durante tres días y medio, en un mundo totalmente distinto. Así quedaba aislada del mundo exterior y penetraba en el mundo espiritual. Dentro de los pueblos antiguos, siempre había semejantes hombres que sabían hablar del mundo espiritual, porque habían pasado por lo que en la Biblia es llamado el “estar Jonás en el vientre

del pez”. Cuando estos iniciados aparecían ante el pueblo, ostentaban la “señal de Jonás”, como indicio de que eran capaces de penetrar en el mundo espiritual.

En sentido antiguo no hay, dijo el Cristo, otra señal que la de Jonás, y en el Evangelio lo explica aún más claramente: Existe, por cierto, como herencia de tiempos antiguos, la posibilidad de convertirse en clarividente - en forma opaca, indecisa - sin aquel método de iniciación, sino por revelación directa desde el mundo espiritual. Y el Cristo agregó: Mirad al rey Salomón que fue de la índole de aquellos que, sin preparación previa, por revelación desde las alturas, obtuvieron la visión del mundo espiritual. En este mismo sentido, la “reina de Saba” que vino a encontrarse con el rey Salomón, fue la portadora de la sabiduría revelada desde las alturas y representante de los predestinados a heredar la clarividencia opaca, que había sido el don de todos los hombres de la época atlante.

Existieron estas dos categorías de iniciados, la representada por Salomón, según la imagen de su encuentro con la reina de Saba, la reina del Austro; y la otra que se realizaba bajo la señal de Jonás, o sea, la antigua iniciación obtenida por el aislamiento del mundo exterior, durante tres días y medio. Nuevamente, el Cristo agregó: “Aquí hay más que Salomón y más que Jonás”, con lo cual indicó que hay algo nuevo que entró en el mundo, y que ahora no sólo se habla al cuerpo etéreo por la revelación desde afuera, como en el caso del rey Salomón, ni tampoco por revelación desde dentro, por medio del cuerpo astral el que, en virtud de su preparación, transmite esa revelación al cuerpo etéreo, tal como lo representa el símbolo de la señal de Jonás. El Cristo dijo: “Aquí hay algo en que el hombre, con la madurez de su Yo, se une con lo que pertenece a los reinos del cielo, y las fuerzas de estos reinos se unen con la parte virginea del alma humana; esta parte se echa a perder si el hombre se aparta del principio del Cristo, pero se cultivará si el hombre se compenetra de lo que fluye del principio del Cristo.

Además, el Cristo quiso mostrar que también puede haber hombres los que, antes de morir, serán capaces de ver los reinos del cielo, por medio del nuevo elemento en el mundo. Sus discípulos no captaron de qué se trataba, pero El quiso mostrarles que se refería a *ellos mismos* quienes, antes de morir, o antes de experimentar la muerte de la iniciación antigua, experimentarían los misterios de los reinos del cielo. He aquí el maravilloso pasaje en el Evangelio donde el Cristo habla de la revelación superior, diciendo (Cap. 9, 27): “Os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean los reinos del cielo”. Mas ellos no comprendieron que

eran llamados a experimentar el poderoso efecto del Yo, del principio del Cristo, es decir, elevarse directamente al mundo espiritual, sin la señal de Salomón, sin la señal de Jonás. Preguntémonos ahora si esto se ha realizado.

A continuación de las precitadas palabras del Cristo se describe la escena de la *transfiguración*, donde los tres discípulos: Pedro, Jacobo y Juan se elevan al mundo espiritual, y allí se encuentran con las individualidades - en su existencia espiritual - de Moisés y Elías, percibiendo, asimismo, la esfera espiritual en que vive el Cristo. Por un instante, tienen la visión del mundo espiritual para convencerse de que es posible alcanzar la visión sin la señal de Salomón y sin la señal de Jonás. Mas también se evidencia que los tres son principiantes, pues en seguida se adormecen, después de ser arrancados de los cuerpos físico y etéreo, por la potencia del acontecer. Así, el Cristo los encuentra dormidos. Con todo esto se mostró cuál es la tercera manera de penetrar en el mundo espiritual, aparte de las de la señal de Salomón y de la señal de Jonás. El Cristo sabía que el Yo del hombre debió desarrollarse, que había llegado el momento en que este Yo debió ser inspirado, y que las fuerzas divinas debieron impulsarlo directamente. Sin embargo, también quedó demostrado que el hombre de aquel tiempo, incluso los más avanzados, no fueron capaces de acoger el principio del Cristo. Un primer paso hubo que darse con la transfiguración la que, no obstante, evidenció que los discípulos no poseían suficiente capacidad como para acoger el principio del Cristo. Por esta razón, al querer valerse, momentos más tarde, de este principio, tratando de curar a un enfermo poseído de un demonio, no logran hacerlo; y el Cristo les hace ver que no se hallan sino en el principio del camino, diciéndoles: “Por mucho tiempo aún he de estar con vosotros hasta que vuestras fuerzas puedan fluir en los demás”. El mismo cura entonces al enfermo al que ellos no habían logrado curar. Luego les dice: “Ha de acontecer que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres”; esto quiere decir: está por llegar el tiempo en que paulatinamente ha de fluir en los hombres lo que ellos, por su misión terrestre, deberán desarrollar. Dicho con otras palabras: el tiempo en que el Yo que en su suprema conformación se presentó en el Cristo, será entregado al hombre. “Poned en vuestros oídos estas palabras; porque ha de acontecer que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres. Mas ellos no entendían esta palabra, y les era encubierta para que no la entendiesen.” (Lucas 9, 44-45).

Podemos preguntar: ¿Cuántos hombres la han comprendido hasta hoy?. Ciertamente, serán cada vez más los que comprenderán que en aquel momento el Yo, el Hijo del Hombre, debió entregarse a la humanidad. Además, el

Cristo dio la explicación apropiada para aquel tiempo, diciendo: El hombre actual es, por una parte, resultado de las fuerzas antiguas las que habían obrado antes de la influencia de las entidades luciféricas y, por otra parte, de estas fuerzas luciféricas que arrastraron al hombre a un nivel más bajo de su estado anímico-espiritual. Las consecuencias se manifiestan en las facultades del hombre actual. En lo que surgió del germen originario se entremezcló, en la conciencia del hombre, lo que le hizo descender a una esfera más baja; él es un ser binario: como resultado de la evolución, su conciencia actual se halla compenetrada de las fuerzas luciféricas. Sólo la parte en que reina lo inconsciente, o sea, lo que en cierto modo proviene, como un remanente, de la evolución a través de Saturno, Sol y Luna, cuando aún no existieron las fuerzas luciféricas; únicamente esto fluye en el hombre como su parte virgínea. Sin embargo, esto no puede aunarse con él si no desarrolla en sí mismo el principio del Cristo. El ser humano, como hoy se nos presenta, es, ante todo, el resultado de lo heredado, de lo que proviene del germen; y sólo su elemento de “infancia” contiene aún un remanente de su existencia de antes de la influencia luciférica; el elemento de “edad madura”, en cambio, se halla compenetrado de las fuerzas luciféricas, las cuales hacen valer su influencia desde el primitivo estado embrionario, y ya al niño lo compenetran. En la vida común no se hace visible lo que antes de la influencia luciférica se ha vertido en el ser humano; pero la fuerza del Cristo volverá a despertarlo, al unirse con el elemento que constituye las mejores fuerzas de la naturaleza infantil del hombre. La fuerza del Cristo no ha de vincularse con las facultades que el hombre echó a perder, las que tienen su origen en el mero intelecto, sino con lo que ha quedado de la antigua naturaleza infantil, pues ésta es lo mejor del ser humano.

“Entonces entraron en disputa, cuál de ellos sería el mayor”, lo que significa: quién sería el más apropiado para acoger en sí mismo el principio del Cristo. “Mas Jesús, viendo los pensamientos del corazón de ellos, tomó un niño, y púsole junto a ellos, diciendo cualquiera que recibiere este niño en mi nombre” - quiere decir, quien en el nombre del Cristo se uniera con lo que ha quedado de los tiempos *pre-luciféricos* - “a mí recibe; y quien me recibiere a mí, recibe al que me envió”; lo que equivale a decir: al que envió a la Tierra esta parte del ser humano. Esto es el gran significado del elemento que en la naturaleza humana debe cuidarse y cultivarse: su elemento “infantil”. Podemos esforzarnos en desarrollar las promisorias predisposiciones de una persona la que, probablemente, hará buenos progresos. Sin embargo, hoy en día no se toma en consideración lo que existe en lo más profundo del ser

humano, que es el elemento en que se han conservado las fuerzas infantiles al que ante todo habría que tomar en cuenta, puesto que las nuevas facultades han de despertarse a través de ese elemento, por medio del principio del Cristo. Todo hombre lleva en si mismo dicha naturaleza infantil la que, si es activa, posee también la sensibilidad para unirse con el principio del Cristo. En cambio, si las fuerzas sometidas a la influencia luciférica, por más elevadas que sean, actúan solas, rechazan y se burlan de lo que como fuerzas del Cristo pueda vivir en la Tierra, tal como el Cristo mismo lo ha vaticinado.

El Evangelio de Lucas nos enseña cuál es el sentido del nuevo mensaje. Cuando el antiguo iniciado, con la señal de Jonás en la frente, aparecía ante los hombres, fue reconocido como capacitado de hablar de los mundos espirituales; mas sólo lo conocieron por su aspecto exterior los que habían recibido la instrucción correspondiente, pues se requiere cierta preparación para comprender la característica de la señal de Jonás. Empero, se necesitaba una *nueva* preparación - más allá de la señal de Salomón y la de Jonás - para abrir camino a un nuevo modo de comprender y de madurar al alma humana. Los contemporáneos de Cristo Jesús, normalmente, sólo eran capaces de comprender el modo antiguo; la mayoría de ellos pudieron comprender a Juan el Bautista, pero les causó extrañeza que, para dar algo totalmente nuevo, el Cristo se dirigiera a hombres de apariencia absolutamente distinta de la acostumbrada. Habíanse imaginado que El se sentara al lado de los que hacían los ejercicios antiguos, a fin de proporcionarles su enseñanza. No pudieron comprender que El se dirigiera a hombres por ellos considerados como “pecadores”. Mas El les decía: “Si mi mensaje totalmente nuevo lo transmitiera a la humanidad de la manera antigua, en lugar de elegir una forma enteramente nueva, sería lo mismo que remendar de paño nuevo un vestido viejo; o echar vino nuevo en odres viejos. Más lo que ahora debe darse a la humanidad como algo superior a la señal de Salomón o la de Jonás, habrá que verterlo en odres nuevos, es decir en formas nuevas. Debéis hacer un esfuerzo para comprender de un modo nuevo el mensaje que también es nuevo”.

Debieron comprenderlo, no en base a los conocimientos adquiridos intelectualmente, sino por la potente influencia del Yo, por lo que de la naturaleza espiritual del Cristo se había derramado en ellos. Para esto estaban predestinados, no los instruidos en sentido de las doctrinas antiguas, sino los que, a pesar de haber pasado por muchas encarnaciones anteriores, eran gentes sencillas quienes comprendieron al Cristo, gracias a la fuerza de fe, derramada en ellas. Consecuentemente, ante los ojos del mundo, también hubo que presentarles una “señal”. En el gran escenario de la historia universal debió

realizarse lo que, en el curso de siglos y milenios, se había realizado, como el pasar por la “muerte mística”, en los Templos de los Misterios. Apareció ante el mundo y se evidenció en el Gólgota como acontecimiento absoluto, todo lo misteriosamente realizado en los grandes templos de la iniciación. Con gran intensidad se presentó ante la humanidad lo que antes, en los tres días y medio de la antigua iniciación, sólo se había presentado a los iniciados. Así se explica que el conocedor de los hechos debió describir lo sucedido en Gólgota como la *iniciación antigua* transformada en *hecho histórico* y trasladada al escenario exterior de la historia universal. Lo que anteriormente los pocos iniciados habían experimentado en los templos de los Misterios: el hallarse durante tres días y medio en estado parecido a la muerte - proporcionándoles la convicción de que lo espiritual siempre superará a lo corpóreo y que lo anímico-espiritual pertenece a un mundo superior - eso debió realizarse *una* vez ante los ojos de todo el mundo. El acontecimiento de Gólgota fue una iniciación trasladada al plano externo de la historia del mundo, realizada no sólo para los que lo presenciaron, sino para toda la humanidad. Lo que irradió de la muerte en la Cruz, se extendió de allí hacia toda la humanidad: con cada gota de sangre de las heridas de Cristo Jesús, una corriente de vida espiritual fluyó hacia toda la humanidad. Pues, como *fuerza* debió entonces fluir hacia la humanidad lo que antes, como sabiduría, había emanado de otras grandes individualidades. Esta es la gran diferencia entre el acontecimiento del Gólgota y la enseñanza de los demás fundadores de una religión.

Las facultades del hombre actual no alcanzan para comprender correctamente lo que en el Gólgota sucedió. Al principio de la evolución terrestre, el Yo humano se unió con la sangre como su expresión exterior. De no haber venido el Cristo, los hombres hubieran fortalecido su Yo a tal grado que hubieran desarrollado un egoísmo destructivo, pero el acontecimiento del Gólgota los preservó de tal peligro. Al verterse la sangre de las heridas del Cristo Jesús, se derramó el exceso de la sustancia del Yo, como “señal” de que se estaba sacrificando el excedente de egoísmo de la naturaleza humana. Para comprenderlo, hemos de penetrar más profundamente en el significado espiritual del sacrificio del Gólgota. Esto no es asequible al intelecto y la mirada superficial del químico, pues en un análisis químico de la sangre que se derramó en el Gólgota, se hubieran encontrado las mismas sustancias que la sangre humana generalmente contiene. No obstante, quien examinara esa sangre con los medios de la investigación oculta, encontraría que efectivamente se trataba de una sangre distinta. Sin el inmenso amor que hizo fluir la sangre del Gólgota, la humanidad, debido al exceso de sangre, se

hubiera perdido en el egoísmo; y el investigador oculto descubre ese inmenso amor que penetra la sangre del Gólgota. Particularmente, ha sido la intención del autor del Evangelio de Lucas, describir que por el Cristo llegó al mundo ese inmenso amor que paso a paso ha de expulsar el egoísmo. Cada evangelista describe lo que resulta de su particular intención y tarea; y si examináramos más profundamente todos los hechos, encontraríamos que todos los aspectos contradictorios desaparecen, contradicciones que la investigación materialista pueda encontrar, como por ejemplo las diferencias en cuanto a los acontecimientos previos al nacimiento de Jesús de Nazareth, las que dejan de existir al explicarse lo realmente sucedido. Lucas describe lo que los ministros del verbo, los que lo han visto por sus ojos, pudieron percibir; y también nos habla del *amor que se derrama* y que perdona, incluso en los casos en que en el mundo físico se le hace sufrir lo más espantoso; de modo que desde la cruz, con toda razón, suenan las palabras: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Por su inmenso amor, el crucificado pide perdón para los que le crucificaron. Aparte, ¡vuelvo a afirmar que este es el Evangelio que nos habla de la fuerza de la fe!. Debióse corroborar que en la naturaleza humana hay algo que, por el solo hecho de verse al mundo, es capaz de liberar al hombre del mundo sensorio, por más estrechamente que se halle ligado a él. Imaginémonos a un hombre tan atado al mundo sensorio, por toda clase de crímenes, que la justicia del mundo ejecuta la condena; pero que él, no obstante, háyase guardado lo que en su ser pueda hacer germinar la fuerza de la fe. Tal hombre, comparado con otro que no sea capaz de hacer germinar esa fuerza, se diferenciará de éste al igual que uno de los malhechores del Gólgota se diferenciaba del otro. El primero poseía la fe cual una débil luz que irradia al mundo espiritual; es por ello que no ha de perder el vínculo con lo espiritual y que el Cristo le dice: “De cierto te digo que hoy, puesto que tú sabes que estás vinculado al mundo espiritual, estarás conmigo en aquello que se halla en el paraíso”. De esta manera, en el Evangelio de Lucas, aparte de la verdad sobre el amor, resuenan también, desde la cruz, las verdades de la fe y la esperanza.

Además, desde el ámbito anímico que el autor de este Evangelio nos describe, ha de cumplirse algo más.

El hombre, compenetrado del amor que fluyó de la cruz del Gólgota, dirá: La evolución sobre la Tierra ha de realizarse de tal manera que el espíritu que en mí tiene vida, en el curso del tiempo transformará toda la existencia física terrestre. El principio del Dios Padre, que existió antes de la influencia luciférica, será restituido a ese mismo principio, pero el principio del Cristo

penetrará todo nuestro espíritu, y por nuestras manos se manifestará lo que en nuestras almas vive como una clara imagen. En nuestras manos, creadas por el principio del Dios Padre, fluirá el principio del Cristo. En lo que los hombres, a través de sus encarnaciones, hacen por medio de sus cuerpos, fluirá lo espiritual que proviene del Misterio del Gólgota; de modo que el mundo externo será transformado por el principio del Cristo. La calma que emanó de la cruz del Gólgota conducirá a la suprema esperanza por el porvenir, al ideal: En mi ser germinará la fe, en mi ser germinará el amor; la fe y el amor, al acrecentarse, penetrarán toda la existencia exterior. “La *esperanza* por el porvenir de la humanidad acompañará a la “fe” y el “amor”, y el hombre comprenderá que en el futuro deberá adquirir la calma y la certeza: “Si tengo fe y amor, también puedo tener la esperanza de que lo recibido del Cristo fluirá, cada vez más, hacia fuera”. Así, el hombre comprenderá las palabras que como alto ideal resonaron desde la cruz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Así, desde la cruz, suenan las palabras de la fe y de la esperanza en el Evangelio que nos describe la confluencia en Jesús de Nazareth de las anteriormente separadas corrientes espirituales. Lo que otrora la humanidad había recibido como “sabiduría”, fluyó en ella como *fuerza del alma*, como el elevado ideal del Cristo. Con las verdades espirituales que la ciencia espiritual nos transmite, se desarrollará en nosotros la facultad para comprender que son palabras vivientes las que contiene un documento religioso como el que Lucas ha dado a la humanidad; además la ciencia espiritual nos revela el significado de su contenido oculto.

De esta manera podemos comprender las palabras que resuenan en el momento en que el Nirmanakaya del Buda hace fluir su fuerza en el niño Jesús natánico. Desde los mundos espirituales, la revelación fluye hacia la Tierra y, como amor y paz, esa misma revelación encuentra su reflejo en los corazones humanos, en la medida en que los hombres desarrollan en sí mismos lo que, como buena voluntad, el principio del Cristo hace surgir del centro humano, su Yo. Esto resuena, con claridad y calor, en las palabras del Evangelio de Lucas:

La revelación desde las alturas de los mundos espirituales, y su imagen reflejo en los corazones humanos, trae la paz a aquellos hombres que en sí mismos, en el curso de la evolución terrestre, desarrollan la verdadera buena voluntad.

FIN

